

© 2013, Norma Elizondo Mayer Serra

© De esta edición:

Centro de Estudios para la Cultura y las Artes Casa Lamm, S.A.
Álvaro Obregón 99 Col. Roma Del. Cuauhtémoc C.P. 06700

ISBN: 978-607-96280-4-8

Diseño de libro: WR Servicios Editoriales.

Ilustración: El río.

Autor: Enrique Cattaneo, pintor de Casa Lamm.

Primera edición: noviembre 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra.

Punto muerto

Norma Elizondo Mayer Serra



EDITORIAL LAMM

AGRADECIMIENTOS

Punto muerto es mi tesis del doctorado en Creación Literaria en Casa Lamm. Durante el proceso de escritura me acompañaron y apoyaron Cecilia Urbina y Susana Corcuera. A las dos, muchas gracias por sus comentarios y correcciones. Agradezco, también, la atenta lectura de mis maestros Ramón Moreno e Israel Ramírez.

Para Mauricio, Alejandra y Daniel

ÍNDICE

Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	29
Capítulo 3.....	49
Capítulo 4.....	69
Capítulo 5.....	91
Capítulo 6.....	115
Capítulo 7.....	137
Capítulo 8.....	155

CAPÍTULO 1

“¿Cinco puntos de vista?”

Anuncio del programa Punto muerto.

Por casi un año desde que murió su padre, Claudia ha logrado rodearse de familia o amigos cada sábado. Hoy, parada frente a la mesa con platos y cubiertos para dos personas, no duda que es la primera vez que ella y Román comen solos. Incluso, juraría que esa afirmación —exagerada y casi imposible— es absolutamente verdadera. Es la primera vez que comemos solos un sábado. La primera vez.

El antecomedor de su casa es un cuarto amplio y luminoso con ventanas que se abren a un jardín de árboles centenarios. Los muebles, de madera clara, alegran el mediodía. Los cojines morados de las sillas combinan con los individuales lilas y el mantel a cuadros.

Rompe el equilibrio la enorme televisión de pantalla plana colocada sobre el trinchador. Claudia toma el control remoto, se sienta frente a un plato, y la enciende. Encuentra el canal que busca y observa la imagen del mostrador de un banco. Frente a éste, un hombre armado amenaza a otro a quien ha amarrado a una columna. Una bruma rodea la escena.

Román, recién bañado y oliendo a loción, entra al antecomedor.

—Se me olvidó que hoy era el maratón de *Punto muerto* —le dice ella—, ya pasaron muchos episodios.

—Tantas críticas por la televisión frente a la mesa y, ¿la prendiste? —sonríe él mientras se sienta—. Quería invitarte una copa en la sala.

—Mejor aquí, ¿me servirías un tequila?

—¿Todavía extrañas a Ximena y a Águeda?

—Poco, sobre todo estoy furiosa con mi hermano. Mueren mis papás, él se divorcia y destruye lo que quedaba de la familia.

—Diego tiene derecho a hacer lo que quiera —dice Román—. Me tienes a mí.

—Mira, es cuando el asaltante descubre que una de las rehenes marcó al *nine one one* desde su celular.

Otra escena oscura en el interior del banco. El asaltante le grita a los rehenes quienes tratan de calmarlo. Se escucha la música con la que comienzan los anuncios.

Román le entrega un caballito de tequila a Claudia.

—Diego sí tiene problemas —insiste ella dándole el primer trago al tequila—, anda con la amiga de su hija —mira la televisión—. ¡Ah!, éste es el episodio que se centra en el detective. Conoceremos su punto de vista.

Hoy, desbordada por la ausencia familiar, Claudia elegirá posar su mirada en la imagen de su padre congelada en un sábado lejano. Olvidará así su permanente mal humor, la violenta tensión de las comidas durante su infancia. Tendrá la oportunidad de elegir sus recuerdos, de convertir eso que le gusta, en lo único que exista.

Desde la ventana de la minúscula sala-comedor, se distingue una estrecha franja de pasto amarillento y una pared cubierta de enredadera. La persiana de metal entrecerrada desvía

el sol de la tarde. Los dos sillones, de un color verde bandera que ya no existe, están colocados frente a un televisor atrapado en un elegante mueble laqueado con patas.

Es otro sábado, éste durante los setenta. Van a dar las seis de la tarde. Su papá, Manuel Bilbao, se sienta en el sillón individual frente a la televisión. Aunque a sus 55 años tenga el pelo totalmente blanco, su cutis es terso, sin arrugas. Viste pantalón de dril beige y camisa blanca. Diego de 15 años y ella de 10, se sientan en el otro sillón. Los pantalones Topeka de él son blancos y negros, los suyos, beige y azul claro. Su mamá, Larisa, se los compró, son el último grito de la moda: además del planchado permanente, tienen campana y combinan dos colores. Cuando Claudia recuerda esta escena le gusta traerlos puestos.

Sin sospechar los futuros avances tecnológicos, esperan pacientemente a que se calienten los bulbos de la televisión. El único sonido es el del regulador que la protege de súbitas descargas de voltaje. Cuando aparece la imagen, Claudia se levanta y da vuelta a la perilla hasta el canal cinco.

Se escucha una pegajosa música de acción. Un convertible azul se estaciona frente a un edificio. Se abre la puerta y baja un hombre vestido de traje y corbata de moño. Corre hacia la puerta. Cuando aparece en pantalla el letrero *Get Smart*, se escucha una voz en *off* destinada al público hispanoparlante. El Superagente 86, terrible operario del recontra-espionaje. Manuel ríe. Se transforma en un hombre tranquilo, relajado. Pierde la furia que la asustó toda su infancia. Cuando, después de pasar por siete puertas, el personaje entra en una cabina telefónica que en realidad es un elevador, su papá es un niño. Suenan los

últimos acordes y será otra familia la que ve la televisión. La familia de la que quiere acordarse.

Claudia y su hermano hace muchos años firmaron un pacto silencioso: nunca compartir sus recuerdos. Así, el otro no podrá destruirlos. Las preguntas quedarán suspendidas: ¿será verdad?, ¿sucedió cada sábado o fue sólo una vez?

Se oscurece la imagen de la televisión. El detective espera en una esquina mal iluminada.

—¿Se escapó del banco? Es de noche y está en una calle —dice Román.

—Este episodio gira alrededor de la historia del detective, es una escena de su pasado, un *flashback* —le explica Claudia—. Cada personaje tiene su propia verdad, por eso hay contradicciones.

Una sirvienta uniformada de blanco se acerca a ellos, ¿le sirvo la comida, señora? Román y ella se miran y Claudia dice suavemente, danos por favor otros 15 minutos, Mari.

—Le había dicho que comeríamos a las tres. Se me olvidó.

—Terminemos el tequila.

Román, sin despegar los ojos de la pantalla, toma su mano. Claudia le sonrío. Con ese ligero movimiento, él le dice te amo frente a sus hijas. Hoy, están solos: él podría gritar que la ama, desnudarla, acariciarla; abandonar *Punto Muerto* y huir a la recámara.

Los dos miran la televisión. Al detective se le acerca una mujer. Se abrazan, se besan.

—Por esa mujer, el detective abandonará a su esposa.

—¿Después del asalto?

—No, antes. Los divorcios están de moda.

—Olvídate de tu hermano.

—¿En un año seguiremos casados?

—Quién sabe —susurra Román, apretándole la mano.

Claudia tiene miedo. Poco antes de irse de su casa, andando ya con otra, Diego insistía en que Patricia era perfecta. Después, en minutos, Claudia conoció todos sus defectos. En boca de su hermano, su esposa pasó, sin transiciones, de empeñosa empresaria a floja heredera, de amante apasionada a mujer castrante. Quisiera preguntarle a Román, ¿te acuestas con otras?, ¿te obsesionan los cuerpos jóvenes? Se contiene, no quiere darle a él la posibilidad de preguntarle a ella lo mismo. ¿Le mentiría?

Odia que Román no le haya dicho que nunca se divorciarán, pero aun así su susurro la excita. Pasan los años y lo inmutable es el gusto por su cuerpo perfecto. A los 50, sigue delgado y fuerte. Ella encuentra su esencia en los ojos: los párpados caídos no ocultan la dulzura de la mirada. Una dulzura que quizás sea falsa. Imaginaria. Quiero que me mire con dulzura. Quiero que me atrape.

Es 1989 y Claudia, sentada junto a Diego y a Patricia observa a los amigos de su hermano. Sus esposas, unas señoras con demasiadas joyas, pintadas en exceso y ruidosas, son mayores que ella. Diego la ha obligado a venir a una fiesta de su oficina. Quiere presentarle a su jefe, a quien describe como un hombre formal e inteligente que acaba de terminar su doctorado y tiene un gran futuro político. No hay alguien a quien se me antoje

menos conocer, le informa Claudia, pero Diego insiste que tiene que romper con Sergio y se impone.

Es el único de la familia que conoce su secreto. Un fin de semana, ella, harta de flotar atrapada en un eterno paréntesis, le contó que andaba con Sergio, su director de tesis. Poco a poco le acabó confesando lo obvio, que él estaba casado. Diego, desde entonces, quiere salvarla.

Claudia ha sobrevivido con la fantasía, para ella certeza, de que cuando se vaya a hacer su maestría a Estados Unidos, Sergio dejará a su esposa para irse con ella. Poco a poco ha perdido la esperanza, pues parecería que él no quiere, ni siquiera, que ella acabe su tesis sobre el horrible tema que la obligó a escoger: la inquisición en la Nueva España. Como es su especialidad, ella le ha ayudado hasta a hacer su propia investigación. Todo muy inconveniente.

Está de acuerdo con su hermano que debe terminar con Sergio, pero no le gusta nada ese jefe serio que le quiere presentar. Ese hombre oculto tras unos enormes lentes de aumento. Desde que llegó le explica a gritos, queriendo ganarle al volumen de la música, cuál es el modelo económico adecuado para vencer la crisis perpetua de México. Ella fuma y toma, sin dejar de moverse en la silla. La noche parece eterna, no sabe que pronto conocerá a Román.

Claudia tiene 24 años; él, casi 30. Es difícil que se encuentren, casi impensable que se casarán algún día. Ella termina de estudiar historia en una universidad pública y baila a ritmo de los Kinks en ruidosas fiestas en departamentos sin muebles. Román tiene credencial en todas las discotecas de moda en la

Ciudad de México. Los dos son guapos, pero a esa edad hay muchos otros que también lo son.

Si entonces alguien hubiera realizado una encuesta preguntando quién de los dos era más deseable, Claudia hubiera ganado abrumadoramente. La esencia de su triunfo sería misteriosa: hay muchas más bonitas. Su pelo oscuro contrasta con su piel pálida; es voluptuosa y atlética, pero no son los rasgos físicos los que explican su triunfo. Habría que explorar lo intangible para encontrar la respuesta. Hoy, Claudia sigue siendo una mujer guapa y cuidada, pero perdería estrepitosamente frente a su marido en una nueva imaginaria encuesta. No importa que él encanezca, pierda el pelo y se le arrugue la piel alrededor de los ojos.

Esa noche, sometida por su cuñada, Claudia se pondrá un entallado vestido azul brillante, demasiado escotado y corto. Unos días antes de la fiesta, Patricia la llamó para proponerle que fueran a comprar su ajuar para la fiesta. Claudia se negó, aunque confesó no tener nada que ponerse. Como sí le preocupaba quedar mal con Diego, aceptó usar algún vestido de su cuñada.

Por primera vez, entrará a su impecable y enorme vestidor. Claudia vive en otro mundo, en su estrecho clóset sólo cuelgan pantalones de mezclilla sin planchar y deslavados vestidos hindús. Su cuñada ya ha ordenado los cuatro vestidos que le propone, cada uno combinado con sus accesorios. Todos, menos el azul, tienen enormes crinolinas. Aunque Claudia ya sabe cuál se va a poner, se los prueba. Cuando su cuñada, que no la deja sola un segundo, ve su ropa interior de algodón blanco, le propone llevarla a comprar otra más sexy. ¿Tú crees que el jefe de Diego quiera ver mis calzones? ¡Qué tipo de hombre me van

a presentar!, bromea Claudia. Patricia, enojada, cambia de tema. Le advertí a Diego que tú no sabías arreglarte. Esto es importante para tu hermano, te va a presentar a su jefe. Tienes que dar una buena impresión, le dice, mientras le acomoda una especie de pluma anaranjada, que va con un vestido azul, el favorito de su cuñada, con el que sí se le asoman los calzones blancos.

Claudia, sentada rígidamente en su silla, usa blancos accesorios, aun más feos que el vestido: saco de hombreras, zapatillas y bolsa, broche de moño para el pelo. El labial carmín contrasta con el azul claro de los ojos y las gruesas cejas; fija con spray su largo pelo negro esponjado. Patricia la arregló y la convirtió en otra mujer. Cualquiera otro día, con pantalón de mezclilla y camiseta o vestido hindú, Román no hubiera reconocido su belleza.

Muchos años después le contará a sus hijas una versión de esa noche: la única y verdadera. Román la ve entrar y se enamora de ella. Claudia, en cambio, no se fija en él hasta que la saca a bailar, pero desde ese momento el flechazo instantáneo será eterno. La memoria de esa fiesta se ha mezclado con lo sucedido en muchísimas otras. Claudia reinventa la verdad, pero para la de entonces, aunque hoy lo haya olvidado, esa noche sí tenía un brillo especial.

Cuando entra al salón del San Ángel Inn, ella sí ve y sí le gusta Román parado solo junto a la pista de baile. Vestido impecablemente de traje, mira con aburrimiento a los que bailan. A Claudia los juniors guapos como él le caen gordos y finge no verlos. Desprecia su actitud frente a las mujeres. Sabe que en su radar las hay correctas e incorrectas y sospecha ser una incorrecta con buen cuerpo. No en balde vive en la colonia Nar-

varte. Sus vecinas podrían escribir un manual sobre cómo cazar un heredero de San Ángel o Las Lomas, sobre cómo aparentar ser una niña bien. Ninguna lo ha logrado. La limitada heroína es la que brincó avenida Universidad y aterrizó en la colonia Del Valle. La pobre se quedó a la mitad del camino. A Claudia eso no le interesa, quiere llegar más lejos, a Estados Unidos.

La hunde en su silla el discurso del jefe de Diego, mientras siente la presión de su hermano y, sobre todo, la de su cuñada. Hoy, dudaría de su apreciación de entonces: quizás el jefe no haya sido tan viejo, sino sólo demasiado parecido a Sergio. Envidia a los jóvenes de la fiesta que brincan con energía al ritmo de Timbiriche.

Aburrida, toma cuba tras cuba hasta que descubre unos ojos con párpados caídos revisándola. Son del junior guapo que vio en la entrada. Es alto, le gusta que sea alto, se ve fuerte. Atrapa con los suyos la mirada, la sostiene, quiere besar los párpados. Sólo él existe, ya no escucha los ruidos que despide esa boca que no deja de moverse enfrente de ella. Claudia se ahoga, se disculpa con el jefe y se levanta. Mientras huye hacia el baño, imagina a Diego gritándole. Se estrella contra Román, quien la toma de la mano y la arrastra a la pista.

Brincan y mueven los brazos al ritmo de Timbiriche. Román no esconde su práctica, ágilmente la abraza, la toca, la suelta, la hace sentir expuesta con su minúsculo vestido azul. A Claudia le incomoda la certeza de que él es mejor bailarín. Canta “tus ojos fueron esa noche un destello de amor”, y le parece una frase precisa y profunda. Del otro lado del salón, su hermano la observa acusadoramente.

Varias canciones después, el anfitrión se hartará de voces infantiles y ritmos primitivos. Despedirá la música de su fiesta con otra década, otro estilo, otro ritmo: “Reflections”. Diana Ross and The Supremes y su soul medio sicodélico destruyen en segundos el ambiente. Román y Claudia sí entienden la pureza de la voz, la intensidad del ritmo. Cada semana, la desolada canción de amor es el inicio del que resulta ser su programa favorito, *China Beach*. En una pista vacía, él la pega a su cuerpo y dirige sus movimientos pausadamente.

Cenan con los hijos del festejado, amigo del papá de Román. Claudia se entera que vino obligado por él y que planeaba irse en seguida. Cuando la vio, le susurra, cambió sus planes y se quedó. Claudia, sentada en la silla de otra persona, teme regresar a su mesa con el grupo de Diego. Se siente culpable con su hermano, con su cuñada, con el jefe.

Claudia se inclina sobre la mesa y besa los párpados de Román. Él sonríe y le aprieta la mano. Mari entra cargando una bandeja; les pone enfrente un plato con sopa de verduras. Claudia le echa limón a la suya, sin quitarle a Román la mano que él tiene atrapada.

—¿Te acuerdas de *China Beach*?

—*China Beach*, ¿qué es eso? —contesta Román.

—Si no te acuerdas, es como si el programa no hubiera existido. Ya murió mi mamá quien también lo veía —Claudia lo mira insistentemente—. ¿No te acuerdas, verdad? Era sobre la guerra de Vietnam...

—No tengo tu buena memoria...

—Mi mamá lo veía y lloraba. Se imaginaba que sus sobrinos gringos podían haber muerto en esa guerra si hubiera durado un año más. ¿No tienes idea? Marg Helgenberger era la prostituta —le dice arrebatándole la mano. Come finalmente su sopa—. ¿Ya te acordaste?

—¡Cómo olvidarla! Tenía el mejor cuerpo que he conocido.

—No la conociste.

—Celosa de una actriz de televisión con los pechos más lindos del siglo...

—Olvidas lo importante. Con *China Beach*, la televisión se acercó al cine. En las últimas temporadas se centró en el acto de narrar más que en la narración misma. ¡Por esa serie hice una maestría en comunicación y dejé la historia!

—Recuerdo un cuerpo.

—Te odio.

El volumen de la televisión sube cuando comienza un anuncio de otro programa. Transcurre una escena de *24*, Jack Bauer huye de alguno de sus enemigos. Los dos la miran de reojo.

—No te enojés, seguro *China Beach* era mejor que *Punto muerto* —dice Román acercándose para abrazarla.

—No es lo mismo describir un asalto cometido por un desadaptado, que una guerra que conmocionó a la juventud de Estados Unidos.

A Claudia, cualquier guerra le recuerda la intensidad de su madre. Guerras de otras épocas, de otros lugares acarician los recuerdos de su infancia.

Cuatro platos, tenedor, cuchillo y un vaso del supermercado sobre la austera superficie de madera maltratada. En el centro, un servilletero de plástico transparente, casi vacío, y un salero de vidrio grasoso junto a un viejo pimentero de madera. Claudia y su mamá ponen rápidamente la mesa. Antes, varios años antes, se esmeraban en combinar manteles de tela con servilletas atrapadas por aros de colores. Larisa adornaba la mesa con arreglos de geranios y hojas del jardín. Junto, colocaba con cuidado el salero y el pimentero de madera. Los vasos de vidrio soplado definían otra época. Hoy, las dos quisieran huir: durante toda la comida serán rehenes de Manuel.

Manuel Bilbao, el padre de Claudia, es comunista. Cada vez más comunista. No lucha en la clandestinidad con el partido, no corta caña en Cuba, no lee *El capital*. Es comunista porque repite esa oración frente a su familia. Últimamente, la grita: Soy comunista porque es el modo de producción que acaba con la pobreza; soy comunista y creo en la perfección inapelable de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; soy comunista porque odio a los gringos y al sistema capitalista. Susurra sólo para Claudia: Soy comunista y no te pago esa clase; soy comunista y no te compro ropa; soy comunista y no me gusta tu música. ¡Quítala! Cada vez más comunista, más violento, menos generoso. Ya lo sé, eres comunista: me expropias la palabra. Claudia, aunque quisiera olvidarlo, vivió en carne propia el autoritarismo.

Se somete al espacio sonoro de las comidas, pero pertenece al reino silencioso de su madre. Ella y Larisa, su mamá, pasan mucho tiempo juntas. Larisa, sin darse cuenta, le cuenta sobre un pasado que conscientemente elegiría esconder. Cuan-

do maneja el coche para llevarla a la clase de francés, le describe lo que le han contado sobre los cuadros del departamento de Berlín donde nació antes de irse pocos meses después. Cuando sirven la comida, recuerda el frío del primer invierno en Baltimore cuando ella y sus hermanos tuvieron que usar abrigos agujerados que les regaló el Ejército de Salvación. Lavan los platos, cuenta la historia de cuando la abuela Úrsula huyó de Alemania con los niños y se quedó sin dinero durante la espera eterna de los papeles para subir al barco en Francia. El hambre, la pérdida, el miedo... Guardan la ropa en el clóset, Larisa y su hermana afuera del salón de clases en Maryland. Tienen que deletrear su apellido que sale mal escrito en todos los papeles: el abuelo lo inventó para intentar engañar a los nazis. Claudia tiene casi 15 años cuando reacciona. Es mi segundo apellido, ¿seré judía?.

Larisa cuenta fragmentos de muchos pasados y su hija, que intuye no debe preguntar, ordena la información dispersa como si viera *Punto muerto*. Arma rompecabezas con detalles de diferentes tiempos y personas. En ocasiones, el abuelo es un héroe por traerlos a Estados Unidos buscando una vida sin persecución, en otras, un cobarde que abandonó a los que se quedaron a morir y renunció, para siempre, a ser judío. Larisa, inocentemente, piensa que ha logrado evitar que su hija herede sus temores. Ignora que a la mitad de la calle en la colonia Narvarte, los fantasmas de parientes muertos en campos de concentración brincan la cuerda con su hija y sus vecinas.

A Claudia la acompaña un miedo difuso que está asociado al amor por su madre, a su cercanía. Lo nutre haciendo suyos cambios de idioma, separaciones y muertes. Permite que el pa-

sado de su familia materna invada su presente. Le angustia, sobre todo, el precario equilibrio de su mamá sobre la cuerda floja de la falta de nacionalidad: Berlín, Baltimore, Distrito Federal, ¿cuál es su patria? Su familia fue alemana por más generaciones que los nazis que los decretaron judíos. Larisa creció en Estados Unidos, pero en una visita a México se enamoró de Manuel. Se casó con él, dejó de ser americana y ese marido tan abstraído nunca la integró a lo mexicano. Desde niña, Claudia sabe que a su mamá la persigue el vacío, la soledad.

Claudia se rebelará y gritará: quiero ser mexicana. Anhelará ser libre y ligera, sin tanta carga. Entra a la universidad e intenta confundirse con los otros estudiantes. Cuando conoce a Román, la deslumbra el abrigo de su riqueza, pero, sobre todo, su nacionalismo añejo e inmutable. Envidia su mentalidad criolla, segura, superior. Hoy, después de tantos años de estar casada con él, Claudia ha perdido el miedo. Sus hijas no están cerca de ninguna guerra.

Claudia no cumplió con los planes de Larisa. Ella quería que por medio de la educación huyera del mundo de Manuel, que se hiciera un futuro en la academia. Su madre no hubiera elegido a Román: le molestaba el conservadurismo católico que él traía a cuestas, la esencia de lo que consideraba lo peor de lo mexicano. Como era una mujer inteligente, cuando vio cómo se miraban Claudia y Román supo que no había nada que decir, nada que hacer.

Hoy que Ximena está en Cuernavaca y Águeda en Valle de Bravo, Claudia extraña hasta los pleitos repetidos con su madre. Extraña la preocupación constante de Larisa por el nombre con

“x” de su primera nieta: imposible que lo escriban bien en otro lado. Esa niña está condenada a no salir de México, repetía furiosa como si estuvieran a punto de emigrar a otro país. Se enojó más cuando le puso a su segunda hija Águeda, como su suegra. Empezó la guerra de los nombres. Significa virtuosa, va a resultar falsa como esa mujer. Tú me pusiste Claudia. Fue tu papá. Proponía cada cosa. Por lo menos se escribe idéntico en Estados Unidos. Significa coja. Resulté una mujer que cojea, que le pone Águeda a su hija, para quitarse a su marido de encima.

Mari entra al comedor y se lleva en una bandeja los platos en los que comieron la sopa de verdura. Enseguida les trae platonos con pollo en salsa verde, arroz y ensalada, que coloca en el centro de la mesa. En la televisión continúan los anuncios. Un locutor, con acento sudamericano, ofrece un producto adelgazante que sólo venden en Venezuela y que logra que los flacos del comercial sean aún más delgados.

—El jardín está oscurísimo, ¿crees que llueva? —pregunta Claudia, su esposo no le contesta—. Con la muerte de mis papás comenzó otra época.

—Hoy los extrañas, pero odiabas ir a comer con ellos.

—Veía a mi mamá y a Diego con su familia. Aunque sí, teníamos que soportar los eternos discursos de mi papá..

—Mañana tendrás la suerte de ver a los míos —se burla Román—. ¡Tanta unión familiar!

El ruido de un disparo interrumpe la plática. Los dos voltean a la televisión. El ladrón mató a un vigilante bancario que se desangra en el piso. Los rehenes lo rodean y miran con miedo al asesino. El detective, desde la columna a la que se encuentra

esposado, trata de calmar al asaltante para que no vuelva a disparar. Sin transición alguna, se ilumina la pantalla del televisor cuando la cámara cambia de la escena oscura dentro del banco a otra en una playa soleada. Un cielo azul con nubes de algodón, una arena amarillo brillante, sobre una toalla colorida una pareja madura, pero atractiva, se besa.

—¿Cómo salieron del banco?

—Son el detective y la abogada tres meses después del asalto.

—Qué confuso.

—Sí. La idea del programa es que todos eran rehenes desde antes. Gracias al asalto lo descubren y unidos encuentran un nuevo camino. Ella era novia de un hombre horrible, el fiscal de distrito.

—Ah.

—No te aburras —dice Claudia jugando con el celular.

—¿Por qué tienes encendido el celular?

—Por si hablan las niñas —contesta Claudia, tras pensarlo unos segundos.

—Quizás se sepan el número de teléfono de su propia casa —dice Román.

—Déjame oír, ese *flashforward* es importante.

—¿Por qué? Cada vez que sucede algo interesante, cambian de escena. Nos quedaremos con la duda de si el asaltante mató a más gente.

—Es importante para saber quién es el detective.

—Eso suena importantísimo.

—¿Qué hubiera opinado mi mamá sobre el programa?
—dice ella señalando el aparato. Román la mira esperando su respuesta, Claudia continúa—. Hubiera dicho que la fragmentación era gratuita.

CAPÍTULO 2

*“Arrancarle a cada rehén la pieza del rompecabezas
que esconde.”*

Investigador del asalto en Punto muerto.

Román alterna los tragos de la cerveza y del tequila que tiene enfrente. Lentamente come el pollo acompañándose con una tortilla. Su esposa mira absorta la televisión.

—¿Te gustaría ir a Berlín? Corro el maratón y después paseamos —dice Román.

—Me prometiste que Boston era el último.

—¿Me creíste? Te lo tenía que prometer para que me cargaras la maleta.

—No quisiera volver a regresar empujando una silla de ruedas.

A Román le fue pésimo en el maratón de Boston. Llegó a la meta cojeando bajo la lluvia, luchando contra el viento. Se lastimó un ligamento e hizo el peor tiempo de su vida: cuatro horas y media.

—No volverá a pasar. Si siento dolor me salgo.

—Me asusté tanto cuando te vi llegar arrastrándote. ¿En serio te saldrías?

—En el de Boston no podía. Había calificado para ir. Me clavé en ese momento cuando el dolor se integra al placer de controlar el cuerpo.

—Yo sólo conozco el infinito placer de pasar semanas con un marido que no quiere hacer el amor conmigo
—lo interrumpe Claudia.

—No es que no quiera, no debo.

—No has corrido, ¿te daría tiempo de entrenar? Hasta estás tomando...

—Con los ejercicios del gimnasio ya fortalecí el ligamento. Hoy corrí 6 kilómetros y perfecto — prefiere no decirle que la pierna le dolió.

—Seis kilómetros para ti no es nada.

—Estuve cuatro meses en muletas y tres en rehabilitación. Seis kilómetros es muchísimo. Antes de cumplir 50, tengo que correr otro maratón y Berlín se me antoja —dice Román—. ¿No te gustaría conocer la ciudad dónde nació tu mamá?

—Sí —contesta, mientras mira atentamente la televisión.

Román preferiría ver un partido de fútbol americano, cualquier deporte. Como no quiere pelear con Claudia, continua atento al programa.

—La abogada será fiscal de distrito en el lugar de su ex novio —dice Claudia.

—¡Qué bien!

—Eso les traerá a ella y al detective muchos problemas. El ex novio no se dejará.

—Señora —dice Mari asomándose al comedor—, llamó el sr. Diego. Le dije que estaban comiendo y me dijo que les avisara que venía en camino.

—¿Te dijo si venía a comer?

—No, señora.

—Hay que poner otro lugar, no creo que haya comido —dice Claudia. Cuando sale la sirvienta agrega— ¿Tendrían que ser dos lugares?, ¿traerá a su novia?

—Mejor dale un trago a tu tequila y relájate. Tu hermano puede venir con quien quiera, ya se divorció de Patricia.

—No lo defiendas.

—Trato de ubicarte —dice Román y agrega—. Vas a tener que apagar la televisión.

—No.

—¿Lo vas a poner a ver el programa?

—Sí, no me preguntó si podía venir.

—Perdónalo, amor.

—Anda con la amiga de su hija. ¡Qué lástima! Era uno de los pocos políticos de los que nadie hablaba mal.

—Nadie habla mal de él —le dice Román—. Sólo a ti te importa con quién se acueste. ¿Preferirías que fingiera que sigue amando a Patricia?

Los sábados en la madrugada, Román espera a su papá. Cada hora que pasa se agranda el hueco que siente en el estómago, teme que lo atrape el sueño en la casa oscura y silenciosa. Francisco, su único hermano, tiene 11 años y, aunque sólo sea dos menor que él, invariablemente se queda dormido antes de las 10. Su mamá se encierra en la recámara antes de las ocho de la noche. Como tiene fuertes dolores de cabeza manda a las sirvientas a la zona de servicio para que no hagan ruido. En el cuarto, Román merienda el pan dulce y el Chocomilk que le dejaron desde temprano sobre la bandeja. Los sábados en la noche, la familia y su cena languidecen sin su papá.

Faltan pocos minutos para las 11. Román camina por el pasillo arrastrando una cobija. Lo persiguen las sombras duplicadas de los árboles de la calle. La luna llena les da un aura pla-

teada en contrapunto con los matices color naranja del farol. La única televisión está en el primer piso, se desliza suavemente por la escalera que lo traiciona y rechina. Junto a la ventana del comedor, lo asaltan los animales nocturnos que imagina en el jardín. Sólo tiene permiso de ver dos horas diarias de televisión y nunca después de las diez. *Patrulla juvenil* no es un programa para un niño de 13 años, le dirían si alguien se fijara en él, por eso lo transmiten casi a la medianoche.

La televisión enciende lentamente, ilumina los añejos sillones estilo provenzal francés. Se sienta en el de su padre con la cobija enredada hasta la cabeza. Cada coche que pasa sobre el empedrado podría ser el de su papá. Preferiría un castigo monumental por la desobediencia que la pesadumbre de la espera solitaria. Abre una bolsa de Sugus, mastica uno; el impacto del azúcar desvanece la tristeza.

Escucha la música de persecución, es la esencia de lo *groovy*. Se acelera su corazón cuando aparece el letrero *The Mod Squad*, la voz en off, *-Patrulla juvenil-* y la imagen que introduce la serie: por un oscuro túnel huyen de un peligro inimaginable Pete, Linc y Julie. Ella es la reina de sus fantasías eróticas, el objeto de su deseo. En las noches, huele el largo pelo rubio y acaricia su cuerpo.

Román imagina que es Pete: ese joven guapo y güero de Beverly Hills a quien su familia echó de la casa. Es fuerte y valiente y le gusta a Julie. ¿Un mexicanito mocho podría ser amante de la hija de una prostituta convertida en policía? Ambiciosa, también, ser un agente encubierto.

Algunas tardes ve *La familia Partridge*. Sueña que es novio de Susan Dey, aunque eso lo erotiza menos. Es bonita, pone

esa cara angelical cuando toca el piano, pero no es sexy como Peggy Lipton y su minifalda con la que enseña las piernas perfectas cuando persigue criminales.

Dormita en el sillón con la esperanza de oír llegar a su papá. Jamás lo logra. La familia se reunirá hasta el domingo para ir a misa de una a San Jacinto. Su mamá, milagrosamente recuperada de la migraña, saludará y sonreirá a sus conocidos.

Román se acuerda poco de la angustia de esos años, cuando Francisco y él temían un colapso familiar que ni siquiera podían poner en palabras. Recuerda vívidamente, en cambio, el sabor a Sugus de fresa de los pechos de Julie.

Cuando Ximena y Águeda le preguntan sobre su infancia, Román obedece un acuerdo tácito de su familia. Los Fuentes, sobre todo su mamá, son especialistas en construir imágenes eligiendo las épocas más perfectas. Los recuerdos adornados sucedieron cuatro o cinco años antes que los de Julie y la *Patrulla juvenil*.

Román revive un domingo mítico de finales de los años sesenta. La foto mental inicia cuando se alejan las espaldas de sus padres rodeadas por una intensa luminosidad. Es el instante en que salen de la penumbra de San Jacinto al resplandor del mediodía. Abrazados, caminan delante de él y Francisco; su papá les grita que se apuren y ríe cuando a su esposa se le atorán los tacones entre las piedras. Román arrastra a su hermano menor quien quisiera comer las galletas que venden las indígenas afuera de la iglesia. Como en un pueblo, los caminantes platican apretujados en la estrecha banqueta, mientras otros vecinos los saludan desde sus coches cuando los rebasan sobre

las piedras. Esa es la velocidad de las imágenes de su infancia: 20 kilómetros por hora.

Caminan hacia la casa de los abuelos Fuentes a la vuelta de la iglesia. Ahí se reunirá la familia, nunca hay menos de 50 personas. Los 10 tíos, los abuelos y los primos mayores con pareja formal alcanzan lugar en el enorme comedor. Los que quedan, aunque crezcan, están atrapados en mesas de diferentes tamaños en el jardín. Sobran las primas más pequeñas que acosan a Román a besos y pellizcos y se burlan de su desagrado mientras lo persiguen. No puede acusarlas porque entonces lo regañan por llorón y poco caballeroso. Su mamá no le hace caso, rodeada de mujeres, se esmera en atender a su suegra. El niño escucha las conversaciones de sus primos mayores que imitan a los adultos y discuten sobre el desorden provocado por los estudiantes. Román todavía no sabe que lo hacen desde el pedestal que construye la riqueza de varias generaciones. Ni siquiera lo ven y termina dirigiendo caóticos partidos de fútbol con las primas y Francisco.

En las mesas de los niños, Doña Julia les sirve enchiladas rojas que no pican, arroz y frijoles todos los domingos. Los pasteles son una sorpresa, pues les mandan las sobras de adentro donde el menú sí cambia.

Se acerca la Semana Santa y la temperatura aumenta después de la comida. Las paredes del jardín, cubiertas de enredadera verde oscura con algunos brotes primaverales más claros, son un espejo de calor. Faltan meses para que llegue el alivio de las lluvias y la tarde está impregnada por la reseca amenaza de las tolvaneras que escapan de Texcoco. Los niños se quitan los zapatos y los calcetines, suplican que los dejen mojarse. Fraca-

san. En casa de los abuelos es imposible conseguir ese permiso. Román se tumba en el pasto rasposo, viaja al cielo azul brillante y profundo, es un astronauta en el espacio. No trae reloj, pero calcula que falta poco para la culminación del día, para el inicio del teatro fantástico.

Todos los domingos gana un lugar en el suelo, justo frente a la televisión; los primos sudorosos se sientan alrededor. A las mujeres les tocan los sillones donde terminan conversaciones eternas. En el comedor, sus maridos aprovechan para tomarse la última copa. Hasta ellos guardan silencio cuando se oye el estribillo, *este es el trenecito del chocolate Express, alegre y muy bonito y qué rápido es*. Influidado por el anuncio, Román obligó a su hermano a subirse al tren y abandonar a su héroe, al tocayo Pancho Pantera. Un acto de fidelidad a Cachirulo que no durará mucho: les gusta demasiado el Chocomilk.

Claudia sí vio alguna vez el programa, pero no recuerda los idénticos escenarios de cartón, ni a la bruja Escaldufa o a la princesa Aurora. Ha olvidado a esos personajes que cambiaban de nombre, pero domingo a domingo compartían la misma cara.

¿Existirá esa frontera que inventamos entre la infancia y la madurez? Román, hoy como entonces, sabe que su narración es falsa, al mismo tiempo que la sabe verdadera. En *Punto muerto* se repiten interpretaciones, esa búsqueda de la verdad en la mentira. La visión de la realidad de cada personaje se originará en su propio deseo.

Claudia come lentamente. En la televisión aparece la imagen de varias personas saliendo del banco. El detective negoció, a

cambio de que el asaltante los dejara salir, que los rehenes que se quedan recibieran unas pizzas.

—Ni te apures, tendremos que ver a Diego comer.

—No tengo prisa —dice Román dándole un trago a su tequila.

—Los rehenes pasarán más de dos días encerrados en el banco. Qué desesperación.

—Mmmmm.

Se escucha una estridente música de acción, termina el episodio y sin interrupciones comienza el siguiente.

—¿Vamos a ver el siguiente? —pregunta Román— ¿No te has aburrido?

Claudia le hace señas para que guarde silencio y escuchen el principio del siguiente episodio. En pantalla, el doctor está parado junto a la puerta de vidrio tratando de salir. El ladrón lo amenaza con una pistola y lo aleja de la ventana. La cámara se acerca al doctor y a una mujer —la enfermera, su esposa— que lo mira con desprecio. Le dice: trataste de huir sin mí, nunca pensé que fueras capaz de dejarme aquí sola. Pasan los créditos sobre una imagen aérea del banco rodeado de patrullas y periodistas.

—Este episodio no lo he visto —le informa Claudia—. Con razón la enfermera le pedirá el divorcio al doctor.

Román se sirve otro tequila.

—¿El doctor no anda con otra mujer?

—Sí, después del asalto su novia es la mesera. Esa joven que lo observa recargada contra la pared. Con los *flashbacks* y los *flashforwards* los personajes de la serie se volverán cada vez más complejos.

—Tu programa se puede resumir en un minuto. Un loco asalta un banco. Como la policía lo rodea tiene que tomar a los que están ahí como rehenes. Las víctimas quedan traumatadas y rompen con sus antiguas relaciones. Se acuestan con sus compañeros de encierro con quienes descubren el verdadero amor. Casi una telenovela como las que ve mi mamá.

—Es simple sólo en un primer nivel. Está cuestionando el amor del siglo XXI y tratando de reconstruir diferentes versiones de una misma realidad. Tú y yo muchas veces no nos podemos poner de acuerdo sobre lo que pasó en muchos momentos de nuestro pasado —le sonrío Claudia.

Frente a Román está Claudia cuando tenía 20 años. La sonrisa ilumina su cara abriendo una ventana al pasado. La sobreposición de imágenes crea la ilusión de que no ha pasado el tiempo.

Román espera a Claudia en las escaleras del Sanborns de San Ángel. Quedaron de verse media hora antes. Él ha entrado varias veces, preocupado de que esté en los baños o en los libros, de que no se hayan entendido.

No le gusta quedarse de ver con ella en un lugar así, pero ella insiste. Han salido más de 10 veces y no lo deja recogerla en su casa. Él estaría totalmente dispuesto a poner buena cara, a decir “sí señora” con una encantadora sonrisa, pero Claudia inventa excusas para que no la recoja. Un día pasó por la dirección que le dio la primera noche en el San Ángel Inn. Sospechaba que vivía en un lugar horrible, vio una casa normal. Comprobó lo obvio, que ella no era rica, pero fuera de eso no notó nada raro. Es la primera vez que le pasa, las mujeres y, sobre todo,

sus mamás, lo consideran un gran partido. Está acostumbrado a que traten de atraparlo. Ella parece que le hace el favor de salir con él. A veces siente que a Claudia sólo le interesa su cuerpo.

Es viernes, noche de reventón, así que otras personas se apoyan en los barandales de la escalera. Una mujer madura le coquetea. La revisa abiertamente, detiene su mirada en las nalgas, está buenísima. Como después de media hora es obvio que lo han dejado plantado, ella está lista para aprovechar la oportunidad. Odia a Claudia, ¿y si aceptara la oferta de esa mujer? No, preferiría huir solo, ya no esperar. Evitar que ella lo humille todavía más. Quién se cree. El tráfico de Insurgentes no avanza. Del otro lado, el que va de sur a norte, la ve bajarse de un coche que maneja un hombre. Román duda si ella lo acaba de besar en la boca. La falda negra de Claudia se levanta enseñando las piernas mientras corre entre los coches. Su pelo oscuro contrasta con la piel blanca iluminada por las luces. Despide energía sexual.

A sus 30 años, se cree un especialista en cogerse viejas. Ha desarrollado técnicas para lograrlo, a lo mucho, en cuatro citas. Con Claudia no tuvo que usar ninguna: ella también quería acostarse con él. Una semana después de la fiesta en la que se conocieron, la invitó a bailar. Otra vez se conectaron con la música, como en el San Ángel Inn. Además, tomaron muchísimo y aprovecharon que sus familiares no los observaban. En la madrugada, cuando se subieron al coche, después de un faje interminable en la pista, ella lo besó y lo acarició. A Román le encantó conocer a una mujer joven, seria, con un lado oculto tan caliente y que, además, parecería que lo quiere. La llevó directo

al departamento amueblado que renta a escondidas de su papá. No llegaron al cuarto, se quedaron en un sillón.

Román cree conocer esa situación. En su experiencia, lo que sigue a una cogida así son demandas de las que es necesario huir. Primero preguntan, cuándo nos volvemos a ver. Siguen con qué somos, hacia dónde vamos. Después de un rato, es imposible tener relaciones sexuales sin prometer algo antes. La regla más importante es no ofrecer lo que no vayas a cumplir. Claudia omite por completo esos temas. No le preocupa el futuro, ni le interesa tener un compromiso. Disfruta estar con él, pero lo esconde de su familia y amigos. Como si él le diera vergüenza.

De acuerdo a sus propias tácticas, si no quisiera que fuese su novia ya tendría que haber dejado de hablarle. Diez citas son, por definición, comprometedoras. No sólo no lo ha hecho, sino que se pasa horas recreando cada segundo con ella, como si fuera mujer, analiza cada una de sus palabras. Al trabajar con su papá, él ya se dio cuenta. En la oficina le tiene que repetir las preguntas varias veces. Un pedido importantísimo de persianas llegó dos días tarde por un descuido suyo. Como si fuera un adolescente, quiere tocarla, besarla.

Un domingo, desesperado por estar con ella, la invitó a comer a casa de sus abuelos. Claudia se rehusó: era muy pronto para conocer a la familia. Además, le aclaró, la ponía nerviosa convivir con personas de su mundo social tan serio y formal. A Román ese tipo de comentarios lo confunden. No la siente tan diferente. Recuerda a su hermano Diego como un hombre común y corriente. Sí se comportó antipático con él la primera vez, pero porque estaba enojadísimo con ella. Él pensaría que sus mundos se parecen. El único detalle extraño es que no sea

católica. Aunque no odia la religión como otros de sus amigos, sólo la ignora por completo. A Román le agrada esa actitud, lo fortalece frente a la mochería aplastante de su madre.

Claudia sube corriendo la escalera y llega junto a él. Román la nota alterada. Ella se disculpa. Estaba en la universidad, se le hizo tarde y le tocó mucho tráfico, explica apresuradamente. Román está enojado y celoso, quiere saber quién la trajo. Ella lo observa unos segundos antes de responder. Su director de tesis le dio un aventón. Claudia lo besa. Él siente el calor de su boca y sabe que lo ha desarmado. Todavía espera más tiempo mientras pasa al baño a cambiarse y a pintarse. 20 minutos después, caminan abrazados hacia su coche.

Román y Claudia eligen esa fecha en 1989 como una pieza clave para la crónica oficial de su relación. Sus miradas le dan relevancia, no a los minutos recién narrados, sino a cierta versión de los siguientes. Román no pasó más de media hora en la escalera de un Sanborns, Claudia no bajó del coche de un hombre. Cuando se omite un fragmento de un relato, con el tiempo, ese pedazo termina por desaparecer. Los personajes de *Punto muerto*, los sujetos históricos, los guionistas, novelistas e historiadores practican la reinterpretación. ¿No somos todos, sin excepción, especialistas en el arte del olvido?

Durante el corto trayecto, Román se esfuerza en no reclamarle su tardanza. Claudia supone que van al reventón de alguno de sus amigos. Se entera que van a la fiesta de graduación de la prima Ceci, junto con toda su familia, hasta que se baja del coche.

En la banquetta, Román le presenta a otros invitados: el tío Fausto y la tía Teté. Juntos entran a la iluminada casa de San Ángel.

Román le tendió una emboscada a Claudia, quien lo acompaña como si fuera su novia formal, a una fiesta familiar. Él, feliz, la presenta. Se repiten los nombres de tíos y primos que ella olvida al instante. Sobre la pista de madera, en medio del jardín le reclama. Si me hubieras dicho me hubiera arreglado en mi casa. Ni siquiera estoy bien peinada, me eché agua en el baño de Sanborns. A qué horas habrías llegado, qué bueno que no te avisé. Voy a conocer a tu mamá hecha una garra. Román ríe. Habrías huido. Le acaricia suavemente la cara. Mira como brilla tu piel, eres la más guapa.

Román lleva varios años asistiendo solo a los eventos sociales de sus padres. La familia quiere verlo llegar con alguien. Bromean, le dicen que ya extrañan la época de la colección de novias a quienes apodaron las impresentables. Fue una racha en la que cada una era peor que la anterior. La última se vestía con faldas y camisetitas brillantes, tan entalladas que parecía que no traía nada puesto. Hasta a una boda fue vestida así, pero de color dorado. Durante años han insistido en presentarle a las amigas de las primas o a las hijas de las conocidas de su mamá. A Román no le gustan. Francisco es diferente, se acaba de casar con una niña muy linda y de buena familia. Por lo menos, esa es la opinión de su madre.

Es un avance que aparezca con una mujer correcta. Cuando la saludan se dan cuenta de que es educada. Claudia es más de lo que esperan. La mamá de Román, especialista en resaltar cualquier defecto, nota que se ve bien porque es guapa pero viste ropa corriente y está despeinada. Faltan unos meses todavía

para que conozca a sus consuegros y sepa un poco más de quién es su futura nuera. Los papás de Román felices de que no sea impresentable, la tratan con amabilidad.

Para Román es un alivio haber brincado el primer encuentro. Su madre es una juez implacable, por lo que fue perfecto presentarle a Claudia en un espacio donde estuviera contenida por los otros invitados. Se ahorró contestar las preguntas típicas: de quién es hija, dónde viven, quién te la presentó. Su papá, menos exigente, sí la recuerda de la fiesta en el San Ángel Inn. El espectáculo que dieron en la pista, sólo su mamá se lo perdió.

Los años lo han ido endureciendo, hace mucho que no buscaba la aprobación para una de sus novias. Sabe lo difícil que es que sus papás aprecien a alguien que no sea de su mundo. Eso lo ha llevado al extremo de divertirse buscando justo lo contrario. Del rechazo surgieron las impresentables, pero hasta ese juego se ha vuelto repetido. Se divierte un rato y cambia de novia. Las mujeres que a ellos sí les gustan, a él muy rápido lo aburren. Odia que lo traten de atrapar, que finjan darle gusto. Claudia no se parece a ninguna. Para empezar, lo divierte y tiene un gran sentido del humor. Le encanta que reaccione de forma insólita y muy diferente ante casi cualquier situación.

Claudia tiene algo infantil que la hace entrañable. Después de estar tan enojada, escucha a Timbiriche y brinca con él como si nada hubiera pasado. A ella le encantan ese tipo de fiestas. Román la abraza. Sabe que con la música ella recuperará el buen humor y lo volverá a querer. Le sorprende que le importe tanto. El calor corre por sus venas, lo desborda, siente como si se rompiera un dique dentro de él.

Esta es la parte de la narración que recuperarán e interpretarán. Hoy, Ximena y Águeda saben que esa noche se hicieron novios. Como en película de Disney, su papá se hinca y le declara su amor. Su mamá dice que sí cantando. Desde entonces se aman para siempre. La trama no es nada exacta, Román no le pide esa noche, ni ninguna otra, que sean novios. Pasan semanas hasta que lo son a los ojos de los otros.

Ni Román ni sus hijas conocen la versión que Claudia esconde. Ella recordaría una noche de confusión extrema. Cuando conoce a Román, en la fiesta de Diego, se derrumba su relación con Sergio. Llevan semanas casi sin verse. Él es el que huye, insiste que no tiene tiempo, inventa nuevas excusas. Cuando Sergio se da cuenta que ella pierde interés, todo cambia. Justo esa noche, en una plática eterna adentro del coche, su amante concluye que ella no puede salir con nadie porque él va a dejar a su esposa. Claudia se atreve a decirle que ya no se volverán a ver. Sin intermedio para reponerse, se encuentra saludando a su futura suegra.

Las historias oficiales, por definición, deben tener una parte de verdad. En la fiesta de graduación de la prima Ceci, Román sintió amor y Claudia se abrió a conocerlo. Es un inicio tan realista como los de *Punto muerto*: dos seres imperfectos, con su pasado a cuestas, se encuentran.

Román disfruta que en este episodio del programa haya algo de acción. La enfermera va al baño acompañada por el ladrón que arrastra al doctor con la pistola en la sien. Ella está tan enojada por la cobardía de su marido, que le informa a un desconocido

armado que está embarazada. Así se entera su esposo. La cámara toma en el cuarto de junto a los otros rehenes que cuchichean.

—Ese doctor es un cobarde —dice Román en el anuncio—. Todos los hombres en este programa son medio putos.

—No quería huir, sino traer ayuda.

—Jamás me perdonarías si yo te abandonara en medio de un asalto. Justificas cualquier debilidad moral en la televisión mientras que a los que estamos cerca nos juzgas duramente. A Diego no le perdonas que haya dejado a la bruja de tu cuñada.

—Diego la traicionó. No es lo mismo que lo que hizo el doctor. Además esto es un programa de televisión.

—Claro que no es lo mismo —la interrumpe—, pero tú sí podrías ser la misma.

Román se pregunta ¿qué sucederá respecto a sus propias debilidades? Sospecha que la verdadera moral de su esposa es la que aflora frente a los personajes de *Punto muerto*. Cuando llegue Diego su esposa se va a enterar que unas semanas antes, cuando se acababa de salir de su casa, su hermano fue a verlo a la oficina.

Ese día, la secretaria deja pasar a un hombre destruido. Diego flaco, pálido, casi verde, se desploma en la silla. Le cuenta que en el instante que dejó a Patricia, cambió la relación con su novia. Después de meses de vivir *el amor*, resulta que por fin ella necesita seguridad. Cree estar embarazada y le exige un departamento y un coche. Como Diego ha perdido casi todo su dinero en el divorcio, le pide un préstamo a Román. Él le ofrece el dinero que necesite, pero también le presenta a un abogado tenebroso que, apoyado por un equipo de sórdidos detec-

tives, examina la vida de la amante con lupa. Como tenía que ser, descubre otro novio más joven. Es improbable que el hijo sea de Diego e imposible que lo ame como dice. El abogado le informa a Román.

Varios días después, Román recibe una llamada telefónica de Diego. Cortante, le informa que su novia no anda con otro. El detective se equivocó. Confundió a un amigo de su trabajo con el supuesto amante. Agrega que están muy tristes de que por fin no esté embarazada. Román renuncia a arrancarle la verdad.

¿A qué vendrá hoy? ¿Seguirá jugando al novio feliz?

A su cuñado claramente le faltó experiencia de calle. Estuvo casado 25 años por lo que es lógico que enloquezca con su primera y única amante. Román no puede ayudarle, entre ellos es un tema prohibido. No le puede contar que durante años ha sido un maestro en tener dos vidas, en nunca permitir que se toquen. Se impuso tratar con mujeres de otros mundos. Mientras cumpliera esa regla, no lo considera infidelidad.

Una sola vez la rompió. Entrenando en el bosque se hizo amigo de la esposa de un vecino, una señora estilo Claudia. Justo el tipo de mujer con la que no hay que relacionarse: guapa, inteligente y, sobre todo, de su mismo círculo social. Correr juntos borró la frontera entre sus cuerpos. El esfuerzo físico destruyó sus inhibiciones morales, los acercó. Con las semanas creció la confianza entre ellos, la intensidad. Román habló de su matrimonio, de la distancia provocada por el nacimiento de sus hijas. Poco a poco abrió una puerta.

Corrieron en Chicago, se acostaron acabando el maratón. Comenzó una relación que duró meses. Casi un año. Román rentó un departamento donde se veían todas las mañanas des-

pués de correr. Revivió. Ignora qué hubiera sucedido si ella no le hubiera avisado repentinamente, por teléfono, que nunca se volverían a ver. Por eso entiende a Diego.

Claudia nunca sospechó lo que pasaba. Sólo algún día le preguntó el por qué de tantos regalos. Fue la mamá de Román quien, como bruja de telenovela mexicana, se dio cuenta. Un domingo lo llamó, sin preámbulos y le dijo: Tienes que dejar a la mujer que te está volviendo loco.

Cuando su amante lo abandonó, Román sufrió su ausencia por meses. Adelgazó, se apagó. Otra vez sólo su mamá se dio cuenta. Agradece haber brincado el bache y seguir con Claudia. Los matrimonios se pierden en un instante. Desde entonces Román acata rigurosamente sus propias reglas: lleva a su esposa a todos los maratones.

Román observa a Claudia mientras le da un trago a su tequila.

—Estás guapísima.

—¿Sabías que en otro episodio la enfermera va a ir a ver al ladrón a la cárcel? Le va a platicar que su esposo anda a escondidas con la mesera.

Román no lo sabe, pero, además, no le interesa. En la vida, como con *Punto muerto*, se conforma con conocer el mínimo que le permita funcionar.

—Eso sí es una de las locuras del programa. ¿Por qué lo iría a ver a la cárcel? —continúa Claudia—. Sólo que se hubieran conocido antes, que hubieran sido cómplices...

—El otro día fue Diego a verme a mi oficina.

—¿Qué?

—El otro día fue Diego a mi oficina.

—Ya oí. ¿Por qué no me dijiste? —dice Claudia, renunciando a entender la escena de la televisión.

La pareja guarda silencio cuando oye el sonido del timbre.

CAPÍTULO 3

“*Un instante no puede cambiar el significado de todo.*”

Diálogo entre el doctor y su esposa en Punto muerto.

Diego entra al antecomedor atrás de la sirvienta. A Claudia la duele verlo caminar jorobado. Parece mayor que Román cuando hace unos meses se veía años más joven. Su pelo rubio antes grueso y brillante ahora está grasoso, parecería que comienza a perderlo. Claudia lo besa y abraza, Román se levanta y le da la mano. Diego arrastra una silla para sentarse entre ellos.

—Ustedes como siempre viendo la televisión. Por eso no se divorcian —le sonríe a su hermana—. Deberías escribir un libro de autoayuda: la televisión como un lugar de encuentro para la pareja del siglo XXI.

—Estás muy flaco, ¿te sientes bien? —Ante el silencio cambia de tema—. ¿Ves *Punto muerto*?

—A Patricia y a mis hijas les encantaba, yo sólo he visto algunos pedazos —responde Diego.

—¿Te servimos de comer? —pregunta Claudia—. Mari, le traerías al Sr. Diego un poco de sopita.

—Gracias Clau, ya les interrumpí su comida.

—¿Un tequila?

—No vengo a verlos a ustedes. ¿Dónde se escondieron mis sobrinas?

—Ximena está en Cuernavaca y Águeda en Valle de Bravo. Tendrás que regresar otro día, te han extrañado.

—¿De qué se trata *Punto muerto*? No le entiendo.

—No deberías hacerle esa pregunta a tu hermana. Puede hablar horas sobre el tema. Le encanta explicarle a los que no entendemos.

—Se trata de cómo un asalto puede cambiar la vida de cinco personas —le quita la palabra Claudia—. En cada episodio la cámara se acerca a la visión de alguno de los personajes.

—¿Este es el del doctor?

—Sí.

—Patricia lo veía la noche que me corrió. Estuve ese día con Gabriela y se me olvidó el cumpleaños de mi suegro. Tenía que ir a una comida en mi propia casa. Apagué el celular...

—Te ha de haber llamado mil veces —dice Claudia.

—Imagínate, toda su familia se enteró. Tampoco oí los recados, ni le contesté nunca a mi secretaria. Llegué en la noche como si nada. Ella veía la televisión. Me gritó que era un traidor. ¿Qué hizo el famoso doctor?

—Trató de huir del banco abandonando a su esposa —le explica Román—. Para tu hermana no es un traidor, sino un hombre preocupado por buscar ayuda.

—No seas tonto, Román —lo interrumpe Claudia—, no compares. Diego y Patricia no eran rehenes.

—¿Y si Diego se sentía secuestrado? —ríe Román—. Tu opinión cambia continuamente.

—Recuerden, la televisión debe ser, ante todo, un lugar de encuentro —se burla Diego.

Los tres brindan y le dan un trago a su tequila.

—Con el dinero que me prestaron compré un departamento —les informa.

Claudia lanza miradas asesinas a su esposo. Román volte a ver la televisión como si le interesara el anuncio.

—Gabi y yo nos vamos a casar —continúa Diego—. La boda será en un mes. Desencajada, Claudia sonrío.

—Obviamente queremos que nos acompañen. Son nuestros invitados de honor, claro, con sus hijas. Las mías no pueden ir, su mamá no se los perdonaría —Los acerca para abrazarlos—. Son mi única familia. Quiero que la conozcan —dice él—. Le agradezco a la vida haberme dado una segunda oportunidad para amar.

—No seas ridículo y cursi —lo interrumpe Claudia—. ¡Gabriela tiene la edad de tus hijas!

—Me merezco la felicidad. Le dediqué años a mi familia, me aburrí infinitamente con Patricia. No entiendo cómo aguanté tanto.

—Estabas orgulloso, no te veías como alguien que aguantaba.

Guardan silencio mientras se llevan el plato de sopa. Claudia le sirve el resto de la comida.

—Hace muy poco presumías tu matrimonio perfecto. Patricia descrita por ti era insoportable: la esposa más fantástica del universo.

Román, que está frente a ella, no alcanza a tomar su mano para calmarla.

—Amor, Diego sabe lo que está haciendo.

Mira fijamente a su cuñado quien insiste en ver la pantalla de televisión. Claudia se aleja para que Román no la alcance.

—¿No eres tú el que critica a los hombres del programa que sólo hablan de amor? El famoso doctor —le dice a Diego—,

andaré con esa mesera jovencísima. Tú podrías ser parte del elenco masculino de *Punto muerto*.

—Clau —ríe Diego—, yo no vivo en tu programa de televisión. Tienes que conocer a Gabi. ¿Te acuerdas de la mujer biónica? Es idéntica: alta, delgada, con el pelo rubio larguísimo. Como tú, Román, corre maratones.

—Tu novia, además de ser físicamente idéntica a la actriz, ES la supermujer —Claudia enrojece mientras habla—. Tú escribe el manual de autoayuda: Los personajes femeninos como inspiración para el amor. Puedes resaltar cómo en los años setenta sí había heroínas, a diferencia de en el siglo XXI cuando la constante es la traición.

Los miércoles a las siete de la noche, Claudia y Diego ven *La mujer biónica*. Acostados sobre los sillones frente a la tele, chupan carlosquintos mientras viven los peligros que acechan a Jaime Summers. A Claudia le relaja que en las aventuras de la serie el bien sí exista y siempre venza al mal. Se burla de su hermano cuando se sienta a unos centímetros de la pantalla para estar más cerca de la dulce sonrisa de su amada.

Para Diego, Lindsay Wagner será sinónimo de belleza, para Claudia metáfora de tranquilidad. Su rostro está asociado a la holgura emocional de las tardes que pasa a solas con Diego. La cámara lenta que significa el opuesto, la supervelocidad de lo biónico, es un lente para darle movimiento a su realidad estancada. Semana tras semana, disfrutan de lo prohibido en un programa de televisión para niños.

Porque Claudia y Diego tienen prohibido verlo. Para Manuel Bilbao, el hombre y la mujer biónica son producto de

una de las fantasías más perversas del imperialismo: volver máquinas a las personas para acabar con cualquier diferencia física e ideológica.

Diego es un rebelde tardío. Hasta que cumple 17 años se distancia de su padre. Plasma el enfrentamiento en un amor excesivo por la mujer biónica y como niño, ve el programa a escondidas de su papá y de sus amigos. En el fondo sí sabe que es un poco ridícula su fascinación por la fuerza física y el cuerpo atlético de una supermujer ficticia.

Claudia es cómplice de su hermano y logra que su padre no regrese temprano a casa para que él vea *La mujer biónica*. Cada miércoles le encarga artículos de papelería imprescindibles y extraños. A su papá le encanta ayudarla y cuando cierra la tienda de abarrotes es capaz de ir al centro a buscar arbolitos para una maqueta o a la representación de las Naciones Unidas por banderas de un país de África recién creado. Claudia le diseña a Manuel Bilbao recorridos larguísimos, indispensables para resolver sus trabajos inventados.

Los hermanos no se imaginan que en un futuro lejano, la mujer biónica seguirá formando parte de su vida, que será la fantasía de un hombre de 50 años. Como ignoran la relevancia de esta escena, no organizarán con precisión sus recuerdos. Si hoy lo platicaran, se darían cuenta que resaltan fragmentos totalmente diferentes. Diego acaricia el cabello de Lindsay Wagner moviéndose cuando corre entre las flores. Claudia recuerda las caras metálicas con ojitos redondos de plástico de los robots que aparecían bajo rostros en apariencia humanos. Román conserva otras imágenes. Para él, el centro del programa era Max, el perro biónico que sufrió el rechazo de sus piezas mecánicas.

A finales de los setenta, los programas de televisión ya unían a la juventud del mundo. Los tres podrían recitar imitando el difuso acento de los doblajes: “La siguiente información es clasificada como ultrasecreta. Jaime Summers, sexo femenino, edad 28 años. Empleo anterior, tenista profesional. Empleo actual, maestra de escuela...”

Durante años los papás de Claudia se habían peleado ruidosamente. Fue en esa época, cuando de un día a otro se acabaron los pleitos. Los gritos que comenzaron cuando Larisa ya no quiso pretender que respetaba el comunismo y rompió la regla de oro de su matrimonio, estar siempre de acuerdo con su esposo. El enfrentamiento desquició a Manuel y después de unos meses de ruido constante, Larisa comenzó a llegar cada vez más tarde del trabajo. Acompañada por Diego todas las tardes, en el lento y brumoso ritmo de la niñez, sin narrador adulto que lo explicara, Claudia no registró la ausencia de su madre. En la ignorancia disfruta de la paz.

Si se esforzara, hoy Claudia podría tener varias interpretaciones, pero entonces los excesos laborales de su mamá le parecían verídicos e inapelables. Unos meses después, posa su mirada en la ausencia de Diego, cuando en la cúspide de la rebelión, huye y llega nada más a dormir. Las barreras que la protegen se derrumban, dejándola a solas frente a su padre.

Sin Diego y sin Larisa, su papá intentará atraparla. La querrá convertir en la seguidora comunista que tuvo algún día en su hijo. Necesita un discípulo que lo escuche y ella es la única que queda. Nunca te pintes, el rimel te dejará ciega y debes cuidar tu belleza natural. No veas ese programa, la infiltración imperialista es un dardo que atraviesa la pantalla. Córtate el

pelo, traerlo largo te chupa energía. La moda es la esclavitud del capitalismo. La perseguirán instrucciones constantes. Clau, apaga esa luz. Clau, no te acabaste la leche. Clau, no prendas el calentador, lo saludable es bañarse con agua fría. Clau, no azotes la puerta.

Ella se inscribirá a todas las clases de la tarde en su escuela. Cual robot de *La mujer biónica* jugará básquetbol hasta los sábados. Verá horas la tele en casa de sus vecinas y llegará a dormir hasta que se estacione el coche de su mamá frente al garage.

Pasarán dos años antes de que Larisa regrese a ser parcialmente ama de casa. Su hija tendrá 15. La abundancia invade el mediodía: la mesa puesta, platos y cubiertos para todos los platillos que cocina. Claudia sentirá un enorme alivio de comer sin los codos sobre la mesa, de masticar con la boca cerrada, de estar con ella. Lo que habrá perdido para siempre será la cercanía con su padre. En la suma de su vida, esos dos años serán un instante. Un instante que cambiará el significado de todo.

Diego se separa de la mesa. Silenciosamente, coloca los cubiertos sobre el plato.

—¿Qué tiene que ver la mujer biónica con Gabriela? Interpreta tu vida cuantas veces quieras, húndete y ahógate en nuestra infancia. A mí, déjame en paz.

—No sé por qué me afecta tanto tu divorcio —susurra Claudia.

—¿Qué te dijo Román?

Claudia mira acusadoramente a su marido. Él se levanta de la mesa.

—Regreso en unos minutos. No le conté nada —le dice a su cuñado desde la puerta.

Con la salida de Román los hermanos están frente a frente; a Claudia se le deforma la cara. Podría llorar o gritar. Se controla.

—¿Fuiste a verlo a su oficina? ¿Por qué? Yo soy tu hermana.

—Me juzgas como lo hacía mamá con sus miradas de desilusión.

—Es que te veo perdido, pensando que una joven es tu tabla de salvación.

—Clau, odio estar solo. No lo soporto. Aunque Román no lo crea, Gabi sí me quiere.

Cuando terminan los anuncios, Claudia voltea automáticamente a la pantalla. Regresa la historia al presente suspendido del asalto bancario. El ladrón y la enfermera platican en un rincón. Él muestra una faceta humana nunca antes vista: la trata bien por estar embarazada. A pesar del caos aparente en la narración, sí importa perderse un episodio. Claudia comprende por qué, semanas después, la enfermera visitará al ladrón en la cárcel.

—¿Sabías que estaba embarazada? —le pregunta a su hermano.

—Fue una falsa alarma —responde Diego—. Teníamos tanta ilusión de un hijo. Para Gabi fue muy triste, pero ella es muy joven, hay mucho tiempo.

Claudia no aclara la confusión. Su enojo se disipa. No reconoce a su hermano mayor, al político exitoso, en ese hombre cuya meta es empezar como si tuviera otra vez 20 años. Se equivocó, Gabriela no es la mujer biónica, es la recreación de la

Patricia joven de quien hace años se enamoró. Parecería que, en la búsqueda de la juventud, Diego ha perdido el futuro.

Diego no se da cuenta, pero les gusta a las amigas de Claudia de la preparatoria. Para verlo, pasan muchos fines de semanas en su casa con ella. Fantasean con presumir en la escuela que es su novio. Fracasan. Él las trata amablemente como si tuvieran 10 años, mientras disfruta de las persecuciones de sus compañeras de ciencias políticas, fascinadas con el güero.

Claudia está contenta de que Diego lleve un año sin novia. Su hermano apenas se comienza a reponer de su fracaso amoroso con el último de sus amores, María. A Claudia le gustaría prohibirle que se enamorara. Él conoce únicamente dos circunstancias, ser perseguido por muchas mujeres que no le importan o amar tanto, tan desbordadamente, que la elegida, ahogada, lo traiciona o lo deja.

Cuando terminan sus noviazgos, Diego puede hablar del tema durante semanas. Su mamá ha sido la encargada de escucharlo, pero durante el último, el más dramático de todos, le tocó a Claudia ser la confidente. Una pesadilla, Diego se comportó como un bebé muchos días.

María, la ex novia, era una vecina en teoría la mujer menos peligrosa que existía. Larisa la describía como una niña muy dulce. Quien los veía juntos no dudaba: el guapo, el exitoso era él. Ella la afortunada de tener su amor.

El noviazgo funcionaba al revés. Desde el principio, Diego desayuna, come y cena con la familia de ella, como un huérfano en proceso de adopción. Los pocos momentos que está en

su casa, sólo habla de su novia, la describe como una princesa, una mujer excepcionalmente hermosa e inteligente.

Cuando María deja de tener tiempo para verlo, un Diego adelgazado y maltrecho comienza a recorrer la casa en las madrugadas. Despierta a su hermana para preguntarle ¿por qué no contesta mis llamadas, por qué no puede verme? Se acuesta en la orilla de la cama y abraza sus piernas, mientras habla y habla. Claudia entiende lo que hasta un sordo podría escuchar: María no lo ama. Intenta decírselo a su hermano, pero él no le cree. Ella lo escucha durante días, afinar una nueva interpretación de cada una de las acciones de su amor. Cuando María cambia de opinión y acepta verlo, entonces su hermano desaparece para perseguir migajas que en su obsesión imagina son muestras de amor. Cuando siente un soplo de esperanza, miente, niega haber dudado de la relación y acusa a su hermana de odiar a su novia.

Claudia conoce muchas mujeres convencidas de que el rechazo es amor encubierto. A hombres que pierdan el tiempo hablando así, sólo a su hermano y a los personajes de *Punto muerto*.

Diego aburrió a Claudia y a Larisa con el tema durante un año, esperando, mientras, que María se arrepintiera y quisiera volver a verlo. Su papá fue el único que se salvó de conocer cada instante sus sentimientos. Manuel Bilbao no hubiera aceptado que su hijo hombre fuera un llorón.

Para alivio de las mujeres de la familia, Diego se repondrá de su noviazgo fracasado y vivirá un tiempo en su otra personalidad: la perseguida por las mujeres. La siguiente novia, Patricia, que se verá tan inofensiva como María, será la última. Claudia se sorprenderá de que los defectos sean relativos, que

en una nueva relación amorosa se puedan convertir en virtudes. A la nueva cuñada las persecuciones de su hermano le parecerán muestras de amor, pálidas en comparación de las que ella podría inventar, su comportamiento desbordado, sólo un espejo del suyo. Se casarán antes de que él termine la carrera y los engañarán con su aparente eternidad.

Durante los largos años del matrimonio de Diego, Claudia olvidó su fragilidad. La engañó el hombre modificado por el dueto que formó con Patricia. Hoy suma al recuerdo de su hermano novio adolescente la imagen del futuro esposo cincuentón de una joven. Reconoce el filo de la angustia como un rasgo que comparten ellos dos. A la estampa de su hermano adulto comiendo atropelladamente como si todavía necesitara la proteína del pollo para crecer, se sobrepone la del niño Diego en la mesa escuchando los discursos de Manuel Bilbao. Desde entonces, los hermanos habitan una turbulencia más profunda que la de cualquiera de los personajes de *Punto muerto*. Claudia también viaja en ese remolino de ansiedad, motor de una búsqueda eterna. La infelicidad oprime su corazón como un velo de carencias ficticias. Dos ojos ciegos vuelven transparente lo que sí posee y le impiden contemplar un atisbo de paz. Cualquier tema que se resuelva sólo lleva al siguiente. Claudia transita por el examen constante de la imperfección de su vida.

Cuando conoció a Román, a los 24 años, no podía creer que la amara ese hombre tan guapo. Le atraía que fuera seguro y sólido. Temía que la rechazara al conocer la fealdad de sus dudas y miedos que desde entonces le ocultó. Cuando se casaron, su dinero fue un algodón de protección que pensó la haría para siempre libre. Por un tiempo fue inmensamente fe-

liz. Román era la tierra que la salvaba de ahogarse en su mar de incertidumbre.

Algunas noches aún es su piel la que la libera del abismo. Claudia acerca la cara a su pecho para robar el ritmo pausado de su corazón. En la oscuridad, el sosiego de su voz la relaja. Esa otra cultura —la que no es de ella, la de la tradición y el dinero— articula cada una de sus palabras. Un “gracias, amor” tiene un silbido musical que jamás adornó ninguno de los discursos políticos de su padre. Ni siquiera en los peores pleitos, pierde Román esa caballerosidad que la acerca a la salvación.

Sin embargo, varias veces al año, Román es el culpable de que la desquicien unos celos enfermos. No soporta que correr maratones sea más importante que ella. Claudia odia la entrega de su esposo a ese amor. Se siente abandonada cuando él dedica sus horas al castigo de su cuerpo. A ella le gusta tenerlo a su lado, tomando tequilas y viendo la televisión. Prefiere que le regale dinero a su hermano y lo vea a escondidas en su oficina a que huya a entrenar.

Es injusto, pero común, que una persona acuse a otra mientras olvida por completo sus propias acciones. La memoria archiva en un lugar privilegiado las afrentas que recibe y esconde en el cajón más oscuro las que ejecuta. Como Claudia no es personaje de un programa, su actuación no queda grabada en un DVD para la posteridad. Sin embargo, la complejidad de una vida sencilla, como la suya, supera la simpleza del programa de televisión más complejo. Claudia inventa y reinventa cada segundo de su vida. Podría dedicarse al análisis de una hora y nunca volver a existir fuera de ella. Incluso se da el lujo de enojarse

cuando no le creen una mentira y, con los años, la convierte en una verdad inobjetable.

Inmersa en la subjetividad y atrapada por su propia interpretación, le parece que su reencuentro con Sergio, su amante, es culpa de su marido. Pasará años sin darle relevancia, nunca se sentirá culpable. Todavía hoy su narración se aleja kilómetros de una realidad que finalmente no existe más que en la memoria difusa de los participantes.

Es una historia simple que se puede narrar como le gusta recordarla a Claudia. Así el lector tendrá, por lo menos, algún marco de referencia. La versión de Sergio sería totalmente distinta. Román, inmerso en sus propias historias, ni siquiera sospechará lo que pasó.

Claudia iniciaría la narración con el nacimiento de Ximena. Ese día, siente una comunión con Román que desea eterna. En el momento de expulsar al bebé, con su marido de la mano, se suma a un universo en expansión. Cree comprender el origen de la especie y de la vida. Para ella es una época idílica. Román deja de trabajar algunos días, le ayuda a bañar a la bebé, a tranquilizarla cuando llora por horas.

A los tres meses la sorprende otro embarazo y al año nace Águeda. Cuando regresa del hospital, además de la nana de Ximena, la espera una enfermera. Cinco días después, Román desaparece para correr su primer maratón en Chicago. Su esposo cubre todas sus necesidades, pero nunca está. Ella está segura de que huye del llanto constante de dos niñas. Él no la soporta aburrida, hablando todo el tiempo de lo mismo.

Unos de esos días, en los que a la una de la tarde todavía no logra bañarse, Sergio la llama por teléfono. Le platica que

acaba de regresar de Estados Unidos. Terminó su doctorado y otra vez trabaja en la universidad. Llamó a casa de sus papás y ahí le dieron su nuevo teléfono. Su antiguo amante, como si tuviera un plan maestro, se convierte en su mejor amigo. No se asusta de verla inmersa en mocos, papillas y llantos. La acompaña a parques infantiles. Es la única persona que la escucha durante horas. Incluso le da consejos. Cuando está triste, la abraza y la consuela.

Román entra al comedor. Se ve limpio y huele bien. Se sienta frente a Claudia, sonrío.

—Le decía a Claudia que Gabi perdió el bebé. Estamos muy tristes —dice Diego.

Se oye un disparo y los tres miran la pantalla del televisor. Como si la cámara tuviera un filtro, la toma es difusa. Un francotirador de la policía ha fallado y en vez de matar al ladrón ha herido a uno de los rehenes en el brazo.

—Es la primera vez que veo esta escena —les informa Claudia.

—¿Por qué falló? —quiere saber Diego.

—Veía a Román, no a la tele —Claudia mira a su esposo—. ¿Viste qué pasó?

—Claro que no, amor.

—Miren, lo están repitiendo con otro punto de vista. Es el del doctor. Vio un punto rojo sobre la frente del ladrón. El ladrón distinguió su sorpresa y se movió. Ahora también se va a sentir culpable de la herida de ese hombre.

—Tiene la culpa —la molesta Román.

—Ustedes dos sí que están locos. Pelean por un programa de televisión —ríe Diego.

—No creas, sólo escondemos nuestros problemas. La televisión acompaña nuestras conversaciones sobre otros temas. Tú, por ejemplo, eres el centro de esta discusión. Román piensa que es ridículo que disculpe las acciones del doctor y, al mismo tiempo, no acepte tu divorcio.

Suena el celular de Diego quien, después de ver el número, sale a contestar. Claudia se levanta y se acerca a su marido. Le pega suavemente en el brazo.

—¿Por qué no me dijiste que le habías prestado dinero? —cuchichea.

—Te hubieras enterado que había ido a mi oficina.

—¿Y?

—Lo peor no es lo del dinero. Le conseguí un detective de los de García. Escarbó en el pasado de Gabriela y salió un novio que seguramente era el papá del bebé...

—Seguro que ella cuando se dio cuenta de que Diego sospechaba, le dijo que ya no estaba embarazada. Una mentira más para atrapararlo... —dice Claudia.

Diego regresa y se sienta en su lugar, separándolos. Se atraganta la ensalada que le queda.

—Ahorita nos traen el postre. ¿Quieres café? —le pregunta Claudia, volviéndose a sentar.

—No, gracias, Clau. Era Gabi, me tengo que ir.

Como si no lo hubiera oído, Claudia le pide a la sirvienta les traiga el pastel de zanahoria y café para los tres.

—Miren, el ladrón desamarró al doctor para que le cure la herida al otro. No es tan mala persona.

—Ese ladrón es un idiota —dice Román.

Claudia pretende ver con interés un *flashback*. Es una escena difusa en la que el ladrón trata de ayudar a otro herido, un desconocido.

—Otra vez cambiaron la escena —se queja Román.

—Los programas ahora tienen historias complejas. Si una parte del auditorio no las entiende, no importa. Para ellos es el resumen de cada semana —les dice.

Claudia tiene razón, los guionistas de las nuevas series disfrutan de la ambigüedad moral y se permiten las acciones no resueltas. Técnicamente, el público se ha acostumbrado a que el movimiento de la cámara al hombro contraste con el realismo de los planos largos. No sólo en *Punto muerto* se usa la luz oscura. En el siglo XXI los recursos de la literatura y la televisión se acercan. La mayor diferencia es el público. Los televidentes, acostumbrados a los nuevos programas, se hundirían en la confusión en la quinta página de un libro. A la trama de una serie la adorna la suma de la imagen, la música y la belleza de los actores. La palabra escrita exige mayor concentración. El lector debe estar atento a las sutilezas del argumento.

—Clau, Gabi ya regresó —insiste Diego nervioso—. Fue a ver a su mamá, pero se apuró para estar conmigo. Tengo que irme.

La sirvienta entra con un pastel. Claudia, sin preguntar, les sirve a cada uno un pedazo.

—Cuando termines te vas. Sólo falta el postre. Nosotros... —suenan sus celulares que están en el centro de la mesa.

Claudia lo toma y revisa el número en el identificador de llamadas. Pierde por completo el hilo de la conversación. Deja que avance “Si no es ahora será mañana”. Román y Diego la miran en silencio.

—Contesta, Clau —le dice Diego.

—No quiero.

—¿Le pusiste una canción de Timbiriche a tu celular? Ni que tuvieras 15 años. ¿Quién te llama? —insiste Diego.

—Una señora que me persigue para venderme ropa —tartamudea Claudia.

—¿En sábado? —pregunta Román.

—Ayer, para que me dejara de molestar, le dije que me hablara hoy.

El día anterior se encontró a Sergio en la universidad. Llevaban semanas ocupados sin lograr verse un segundo. Como sabía que sus hijas irían de viaje y que estaría todo el sábado a solas con Román, le pidió que la llamara a las cinco para escaparse un rato. Imaginaba a su marido roncando la siesta durante la tarde. Olvidó su compromiso telefónico cuando el día tomó un rumbo insospechado gracias al maratón de *Punto muerto*. La visita de Diego terminó de distraerla por completo. Ella y su amante jamás se llaman en fin de semana. Cuidan de no cometer errores que llevarían a sus parejas a darse cuenta. Por eso han durado años sin problemas. Es un espacio cuidado, totalmente diferente a su vida cotidiana. Sergio no creería que ella quisiera ver un maratón de *Punto muerto*, un maratón de ningún programa. Como platican durante horas, se la imagina leyendo libros profundos todas las noches. Sergio cumple un pacto silencioso consigo mismo de nunca ver la televisión. Hoy va a

quedar mal con él: imposible que se escape. Ni siquiera puede contestar el teléfono.

Junto a ella, el celular brinca dos veces.

—Te mandaron un mensaje —dice Diego y le pone la mano encima para que no pueda tomarlo.

—¿No será alguna de las niñas? —dice Román, nervioso.

Claudia se lo quita a Diego y lo abre. Es Sergio otra vez. El mensaje de “Rosana” sólo dice, ¿Dónde estás? Ese es el nombre con el que siempre aparece su número. Así tendrá que llamarse, de hoy en adelante, la inexistente vendedora de ropa. Durante un tiempo tuvo otro celular, sólo para él. Hasta sus hijas se daban cuenta de que algo raro sucedía cuando sacaba un aparato diferente de su bolsa.

—No, mi amor, es esa mujer que vende ropa —le aclara Claudia.

Diego se levanta de la mesa, después de atragantarse el pastel y apenas probar el café. Claudia lo abraza y besa, mira la tele mientras Román lo acompaña a la puerta. Cuando regresa su esposo, le quita el volumen a la televisión.

—Cuéntame de Diego —pregunta Claudia.

—Sabes todo. Se quedó sin dinero por el divorcio y me pidió para comprarle un departamento a su novia. Le presté...

—¿Es para su novia?

—Él decidirá, Clau. Lo peor es lo que averiguó García: la mujer lo engaña. Tu hermano no lo acepta. Tú lo viste, atragantándose porque Gabi llegó antes.

—Tan bien que estábamos antes.

—Sólo tú estabas bien. O días que te lo diga, pero Diego no tiene la culpa de que tu mamá te haya dejado sola con tu

papá cuando todavía eras una niña. Ya deja pasar esa historia, a Diego no le tocaba hacerse cargo de ti, era un adolescente. Le debiste reclamar a tu mamá...

—No te debí de haber contado —lo interrumpe Claudia.

—Me lo has contado muchísimas veces, ya no te puedes arrepentir.

—Siéntate aquí conmigo — sonríe ella tocando la silla de junto.

Román se levanta de la mesa. La camisa blanca con rayas verdes, perfectamente planchada, es exacta para su pantalón azul oscuro.

—Te ves muy guapo.

—Subamos al cuarto. Podemos ver la tele acostados en la cama.

—Al rato. Está terminando este episodio y no quiero perderme el inicio del siguiente.

CAPÍTULO 4

“El presente incluye lo que fue y también lo que será.”

Anuncio del programa Punto muerto.

Román se sirve otro tequila para aguantar *Punto muerto*: ha tomado ya demasiado.

—No me gusta tener secretos. Qué bueno que ya sabes que le presté dinero a Diego.

—Aunque me debiste de haber dicho —dice Claudia subiéndole el volumen a la televisión—. Vamos a tener una cuñada de la edad de nuestras sobrinas.

Terminan los anuncios y comienza otro episodio. Por tercera vez escuchan la música inicial del programa.

—Déjame ver en quién se centra. Así sabré si lo vimos —le informa Claudia quien se ha abstraído de la realidad. Es capaz de seguir sentada en una mesa incomodísima con tal de no perderse un segundo de un programa que ya vio—. Román, éste es interesantísimo, cuando al que le balearon el brazo redefine su vida a partir del asalto. Nos fuimos a una cena con los Compean y no lo terminamos de ver. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo de la cena.

Es típico de Claudia estar obsesionada con un tema como el noviazgo de Diego y, de un segundo a otro, suspender la conversación a la mitad. Literalmente le deja de importar. Así ha sido siempre, cambia de intereses en segundos. Cuando se casaron era una mujer moderna y no quería ser una esposa tradicional. Así fue hasta el día siguiente de que nació Ximena.

Román falta a trabajar, es la fecha programada para la cesárea, a pesar de las quejas de Claudia, una semana antes de la fecha prevista. Desde temprano tiene las dos maletas en la cajuela del coche, le da miedo que inicie el trabajo de parto y el bebé continúe sentado con el peligro de que venga con el cordón enredado al cuello. Román sube a buscarla a la recámara y desde la cama Claudia le informa que ya no van a ir al hospital, en el sicoprofiláctico me dijeron que el doctor iba a tratar de hacerme la cesárea.

Claudia eligió asistir a un curso que organizan unas mujeres comprometidas con el parto natural en una vieja casa en Tizapán. Se supone que está avalado por la Asociación Internacional de Lamaze, a diferencia de los “falsos” que dan en los hospitales. Sobre colchonetas polvorientas, las futuras madres practican la respiración. Al final, recostados en el suelo, hombres y mujeres ven películas caseras de sangrientos partos eternos, tolerados sin pizca de anestesia. Román no resiste el adoctrinamiento y la intransigencia. Al final de cada video las maestras relatan las traiciones de otras participantes a la causa: una aceptó una cesárea innecesaria, la otra, cobarde, pidió un bloqueo. Román vive como en pesadilla que Claudia escuche a esas mujeres. No la reconoce.

Sentado junto a ella le acaricia el pelo, le dice, el ginecólogo es un hombre que estudió medicina durante años y te dijo que era más seguro programar el parto. Esas mujeres de la escuela no son doctoras, estás arriesgándote a ti y a nuestra hija. Pueden hacerlo, ellas no tienen ninguna responsabilidad.

Larisa irrumpe sin avisar en el cuarto, perdón, pero me llamó Claudia para contarme y esto es una emergencia. Altera-

da, lo acusa de que como él es hombre le parece normal que una mujer se tenga que ajustar a la conveniencia de la agenda de un doctor. A Larisa no le parece que Claudia corra peligro. Minimiza la situación. Cualquier ginecólogo profesional movería a ese bebé. Meten la mano, le dan la vuelta y ya, le explica. Sugiere llevarla a una ginecóloga feminista que trabaja en un centro de salud en Cuernavaca. Claudia sorprende a su esposo cuando le pide a su madre que los deje solos, promete avisarle en el momento que haya cualquier cambio.

A Román le asusta la transformación física de su esposa. Al final del embarazo su cara está hinchada y su cuerpo es un globo sostenido por dos troncos. Le angustia intuir el terror de su esposa. Imagina un trabajo de parto de dos días con un bebé ahorcado con su propio cordón, sellando herméticamente la salida. Visualiza el descorche de una botella de champaña. Está furioso. Qué importa una cicatriz en la panza, urge que se acabe el peligro. Sólo así recuperará su vida, la de antes del embarazo.

Hoy, Román todavía recuerda los dos años que pasaron solos como los más felices de su matrimonio. Huía del trabajo para pasar las tardes con ella. Quisiera volver a abrazarla durante horas, escuchar la lluvia deslizarse por las ventanas. Desea las noches desnudas, apenas iluminadas por el azul grisáceo robado a la imagen de una televisión silenciosa.

Le tomó meses convencer a Claudia de que se casaran. Ella proponía que se fueran a vivir juntos, que probaran. Él sabía que su familia nunca iba a aceptar esa situación. Negoció, finalmente, no casarse por la iglesia. Puso por encima de su mamá mocha a su suegro comunista. Nunca se lo ha confesado a nadie pero le gustó la sensación. Aunque lo haya hecho

interponiendo a Claudia entre ellos, fue la primera vez que se enfrentó a su madre. A otro tipo de esposa, su madre la hubiera atrapado con sus tentáculos paralizantes.

Claudia, en cambio, ni siquiera le preguntó si quería tener un hijo. Un día amaneció con esa idea. Fue tajante, a los 27 años le preocupaba tener problemas de esterilidad y prefería no arriesgarse. No quiso escucharlo. Dejó de tomar pastillas y lo retó a ponerse cada vez un condón.

Al mediodía, Román logra convencer a Claudia de que hable por teléfono con el doctor con quien finalmente ella hace un pacto. El ginecólogo le dará dos días más, pero si cuando le hagan el ultrasonido el bebé siguiera sentado, en ese momento se internará a que le hagan una cesárea. Román no regresa a trabajar. Se acuesta con ella en la cama y la abraza tratando de hacer más cómoda su espera.

Pasarán muchos años antes de que su esposa le cuente sus terrores de ese día. No era la causa natural y sicoprofiláctica la que la impulsaba. Al contrario. No quería que naciera el bebé. Planeaba encerrarlo, para siempre, dentro de su cuerpo.

Ximena cumplió su parte: se volteó, encajó la cabeza y provocó el trabajo de parto. Una hora después, Claudia pidió que la bloquearan. Como la anestesia tardó unos minutos en hacer efecto, durante una contracción estuvo a punto de romper la mano de su marido, mientras exigía, a gritos, que la durmieran por completo.

Para satisfacción de Román, fueron expulsados del sicoprofiláctico de las madres perfectas. Cuando Claudia se embarazó de Águeda, prefirieron ver la televisión en las noches.

Aún se identifica con aquel joven de 32 que no quería tener familia. Sin embargo, ¿quién dice públicamente que no hubiera deseado los hijos que ya tiene? Aunque sí se les ame, socialmente es incorrecto dudar sobre la paternidad consumada. En los claroscuros del deber ser está terminantemente prohibido. Román conoce otro tipo de hombres. Tiene amigos para quienes la familia es el centro automático de su matrimonio. Les regalan a sus hijos, justamente lo que él no les quería dar: su mujer.

Cuando nació Ximena, Román trató de ignorar el deseo creciente de que Claudia fuera sólo suya. Una parte de él, escondida, hubiera querido ser la bebé, el objeto de esa atención ininterrumpida, de esa entrega sin condiciones. Por amor, la acompañó en su metamorfosis. Como a ella le aterrorizaba bañarla, se volvió el experto en enjabonar ese pequeño cuerpo susceptible de resbalarse y desaparecer bajo 20 centímetros de agua.

Como si fuera un castigo, la noche que Claudia al fin se volvió a acostar con él, quedó embarazada. Román sintió que la perdía. Huyó de la casa y se encerró en su trabajo. Comenzaron 15 años de saber que primero iban las niñas y sólo al final él. Román insiste en este tema, no importa que no sea cierto. No hay nada que su esposa pueda hacer para sacarlo de ese berrinche. Justifica así sus ocasionales huidas.

—¿Extrañas a las niñas? —le pregunta a Claudia.

—La verdad no.

Ella está concentrada en *Punto muerto*. Román regresa al programa. El fracasado, el de las camisas floreadas, está participando en un *talk show*. Fue el último en salir del banco pues no

se podía mover por la herida de bala en el brazo. Pasó dos horas solo con el ladrón.

—Es un imbécil. Se cree un héroe, pero si hubiera podido huir lo hubiera hecho.

—Quién sabe. No tiene nada en la vida. Ni trabajo, ni esposa, ni hijos. Dice que estaba pensando en suicidarse. Igual se hubiera quedado.

—Es confusa esta parte —dice Román.

—Es otro nivel de significado. Me gusta. Otro programa adentro del programa. Pobre. El conductor del *talk show* lo está destruyendo. Piensa lo mismo que tú, que en realidad es un cobarde.

Cuando comienza el anuncio, Román toma la botella de tequila y dos vasos.

—Vamos a verlo desde la cama.

—Mejor en el cuarto de la tele. Nos vamos a quedar dormidos —le dice Claudia.

—¿Vas a tomar conmigo?

—Encantada.

Román y Claudia casi no usan el cuarto de televisión que es principalmente de sus hijas. Está en el segundo piso, encima del antecomedor, así que también da al jardín. Ahí está la tele más grande y moderna de la casa, en medio de dos amplios sillones. Román se sienta en el de enfrente y Claudia se recarga sobre él.

—Te vas a quedar dormida.

—El que se quedaría dormido serías tú. Lo bueno es que estás sentado.

—Llámale a las niñas.

—¿Para qué?

—¿Conoces a las familias con las que se fueron?

—A los papás de la amiga de Xime, sí. Tú también los conoces. Fuimos a Cuernavaca a comer, ¿te acuerdas? A la amiguita de Águeda, no. Sólo vi a la mamá una vez. Si quieres te doy los números.

—Me gustaba cuando tú hacías todo. Me preocupa Ximena, quisiera saber que está contenta.

A las seis de la mañana que despierta Ximena, Román se termina de vestir para ir a entrenar. Corre en la madrugada porque necesita por lo menos dos horas diarias para hacer ejercicio. Se inscribió al maratón de Chicago y quiere terminarlo. Le parecería ridículo ir hasta allá y hacer la mitad. Claudia, embarazada y cansada de levantarse cada cuatro horas en la noche, le pide de mal modo que vaya por el biberón a la cocina. Como si él tuviera tiempo.

El ejercicio lo salva de estar ahí. Su esposa está desarreglada y de un eterno mal humor. Le gritó cuando le dijo la fecha del maratón. A Claudia le enojó que corriera el 31 de octubre cuando el nacimiento de Águeda estaba programado para el quince. Román se quita el problema ofreciéndole una enfermera de tiempo completo, quien va a hacer más por ella que lo que él jamás podría.

Atraviesan un momento difícil. Cuatro meses antes, Román puso su negocio propio; aparte del de su padre. Trabaja demasiado y cuando regresa a casa su esposa le pide que le ayude. Con la bebé primero y después con el embarazo nunca puede salir. Corre y olvida la presión. Se libera de sentimientos

negativos durante el amanecer en el bosque. Las endorfinas le dan energía por horas. Le gusta convivir con otras personas que lo entienden. Sudoroso y lleno de polvo, desayuna y se baña en su casa. En el instante que termina, sale a trabajar.

Claudia quisiera que viniera a comer, pero Román insiste en que no le da tiempo. No le dice que es el momento en el que puede ver a sus amigos. No quiere oír cómo ella, desde que se dedicó a la maternidad, no tiene amigas. Las pocas veces que va a comer, ve a Ximena escupir las papillas que su mamá pacientemente le da en la boca.

Su esposa lo chantajea pero él no se da por aludido. A Román le desespera que ella sufra y no se apoye en la ayuda que tienen, que esté invadida por terrores incomprensibles. Claudia piensa que si deja a Ximena con la nana algo le va a pasar. Se ensaña con él diciéndole que, como fue un niño abandonado con el servicio, no entiende la importancia para un bebé de estar cerca de su madre.

Román trabaja para el futuro de su familia pero, sobre todo, corre. Cada zancada lo aleja de su gris realidad. Chicago es la promesa, la invitación a un mundo donde sí puede triunfar.

Nunca se lo ha dicho a Claudia, pero recuerda con nitidez cada instante de la carrera en Chicago, mientras que del hospital sólo se acuerda de los pleitos entre su esposa y su suegra por el nombre de la bebé. Su llegada a la meta ocupa el lugar que debería tener el parto. Con Águeda siente culpa por haber sumergido en un pantano perdido de su memoria cualquier detalle de su nacimiento. Quizás por eso la consienta tanto.

Sobre los sillones están mucho más cómodos que sentados en las sillas. Sin embargo Román preferiría estar en la cama. Pronto convencerá a Claudia de hacerlo.

—Los detectives que investigan el asalto también ven el *talk show*. Nos absorbe un remolino —dice Claudia cuando comienza el anuncio.

—El remolino de tu locura —se ríe él.

—Piénsalo. Estamos frente a la televisión viendo *Punto muerto*, donde sale otro programa, el *talk show* ficticio. Ahora los personajes del primero están frente a la televisión viendo el segundo donde también aparece un personaje. Nosotros estamos sentados observándolos, convirtiéndonos en parte de lo que sucede. Los reflejamos.

—Estás inventando.

—Sí es un programa inteligente. ¿Sabías que sólo ocho millones de personas lo vemos? Somos demasiado pocos, quizás no continúe. Como pasa en una cadena y no en un canal de paga, sí importan los *ratings*. Tendremos que inventarnos el final. Hay un chat en internet sobre este tema.

Como cualquiera, él usa diario una computadora. Sin embargo, su esposa está más avanzada tecnológicamente y disfruta navegar durante horas buscando noticias insólitas como, por ejemplo, el *rating* de *Punto muerto*. Cuando la oye hablar sobre esos temas se da cuenta que tiene otra vida que él no se imagina y que no sabe hasta dónde llega.

—¿Platicas con esas personas?

—No es platicar. Escribes tus comentarios y otros miembros pueden darte su opinión. Es un *fan club* cuya meta es que

no saquen el programa del aire. No tiene mayor complicación, no te claves...

—¿A qué horas haces eso?

—Puedo hacerlo hasta en la madrugada, hay miembros de todo el mundo —ríe Claudia—. En tus dos horas de entrenamiento matutino, por ejemplo, me sobra tiempo de intimar con mis amigos los fans.

—Es un pésimo ejemplo para las niñas. Siempre les decimos que se cuiden en internet.

—No me compares con ellas. Te lo estoy contando a ti porque eres mi esposo y te tengo muchísima confianza —se burla Claudia al notar su seriedad.

Román llega a la fiesta de cumpleaños de sus niñas con dos horas de retraso. Los problemas con Claudia alrededor de la celebración comenzaron cuando él dijo que le parecía pésima idea que fuera en sábado y desde tan temprano. Peleó con ella que eran demasiadas horas, que habría que dar de comer, de beber. Propuso que fuera en viernes en la tarde, así los papás no tendrían que ir. Ella quería que luciera la fiesta, pues estaba juntando dos cumpleaños, los cinco de Ximena y los cuatro de Águeda. Román no está hecho para este tipo de episodios infantiles eternos.

La decoración del jardín de su casa es confusa. Es típico de Claudia escuchar los deseos de sus hijas y no preocuparse por la estética. Cada una de las niñas escogió personajes y adornos sin importar la película. Unas semanas antes, la exagerada de su cuñada Graciela contrató a un decorador que transformó un salón de fiestas en la iglesia de Notre Dame y a una actriz

profesional que convirtió a su hija en una Esmeralda idéntica a la de la película. El único que faltó fue Francisco, su hermano, y el papá de los festejados. Aunque a Román el estilo de su esposa le parezca simpático, preferiría hacer algo pequeño y no invitar a su familia que sólo viene a criticar. Claudia no entiende la necesidad de que los eventos sociales sean perfectos.

Él nunca tuvo una fiesta infantil, a su mamá no le gustaban. El sábado de la semana de su cumpleaños le horneaban un pastel para cantarle las mañanitas después de la comida y que él soplara las velas. Sus papás le regalaban juegos simples como serpientes y escaleras. Los recuerdos cambian con los años, pero Román está seguro de que para él no fue traumático. Sabe que fue a fiestas infantiles de otros niños, pero se confunden en su memoria. Los niños cedían sus deseos ante las necesidades de los adultos, a lo mucho había piñata y mago, no existía toda esta parafernalia. Ni siquiera eran dueños de la televisión de su casa. Él valoraba que le tocara una noche a la semana ver *Disneylandia*. Hoy que es padre, se siente limitado por las necesidades de sus hijas.

El jardín podría estar listo para una boda de pueblo. De los árboles cuelgan lunas y soles brillantes. Las sombrillas azules esconden mesas de diferentes tamaños. En las pequeñas, las de los niños, sobre manteles de colores dispares, hay vasos de Pocahontas y John Smith revueltos con platos decorados con los personajes del *Rey León*. Sus hijas siguen la línea estridente. Ximena es una Pocahontas de pelo corto pero la dejaron escoger una piñata de la Sirenita. Águeda es un Simba que llora ininterrumpidamente porque no quiere romper nunca su piñata de Barney. Cuando ve a su papá se abraza de su pierna y le

mancha el pantalón con maquillaje dorado, color cachorro de león. Claudia se acerca y lo saluda con enojo: quedaste de llegar hace dos horas.

Se acerca el chofer que lo sigue con los regalos de las niñas. A Águeda le compró un cachorro y a Ximena un DVD: una novedad en México. A Román le sorprende que Ximena no aprecie su regalo empacado en una enorme caja. Quiere que su hermana la deje acariciar al perrito, dorado y peludo, bautizado inmediatamente Simba. Claudia mira a Román con desesperación. Una vez más le diste el mejor regalo a Águeda. El perro tiene que ser para las dos. Arréglalo. Román abraza a Ximena y le dice que Simba también es de ella. Su hija quiere, entonces, que se llame John Smith. Él, desesperado, le entrega el cachorro al chofer y lleva a sus dos hijas a la mesa donde está su familia. La mamá de Román las abraza como si las salvara de un naufragio. Suavemente les dice, mis pobres bebés.

Las niñas son de la misma estatura, pero no se parecen. Ximena es idéntica a su abuela paterna y a su familia. Tiene facciones rectas, tan perfectas que se vuelven duras, y usa el pelo oscuro corto como si fuera niño. Con chicles enredados y piojos se ha defendido de traerlo largo. Águeda tiene un aire de Claudia, pero repite en colorido a la bisabuela Úrsula. Es extremadamente rubia y sus ojos claros le dan luz a una cara con facciones dulces. Ella sí se deja peinar todos los días, menos hoy que luce una melena enredada digna de un león.

Para la abuela Águeda, especialista en dramas, es una muestra del desamor de su hijo que Ximena, la primera y la que se le parece, no lleve su nombre. Durante cuatro años ha repetido que le hubiera gustado más si no se hubieran esperado hasta

la segunda hija. ¿Qué hubiera pasado si nacía un niño? Ximena es un nombre simpático que se pudieron haber ahorrado: no es de la familia. Su obsesión es hacer suyas a sus nietas. Que llenen el hueco que le quedó por no tener hijas. Su rivalidad con Claudia se agudiza porque su nuera prefiere dejárselas a su propia mamá.

Cuando Ximena y Águeda al fin se calman conviven con los niños que su mamá reunió. Román acompaña a Claudia, quien lo presenta a los papás de los niños de la escuela. No tarda en encontrar, aun entre ellos, conocidos con los que toma cerveza. Con su habilidad social, pronto es el centro de esa fiesta. Cuando al fin sirven de comer, él casi ha olvidado que está en el cumpleaños de sus hijas. Las primas grandes, las hijas de Diego, rompen las piñatas entre niños pequeños que lloran en el piso. Román suspira, el martirio casi termina.

Con el paso de los años, esta fiesta infantil adquiere tonalidades místicas. A pesar de sus defectos, tuvo un éxito rotundo en las dos familias. Además, enmarcó el nacimiento simbólico de Simba quien desde entonces vive con las niñas. Román ha olvidado el desgano, las críticas a su esposa por la falta de consistencia temática. En su memoria, a ese día luminoso lo envuelve un intenso olor a otoño. La felicidad define el momento.

Un sábado como hoy, en el que ve *Punto muerto* abrazado de Claudia, hubiera sido su sueño hace 10 años. Entonces tenían compromisos a todas horas. Pasaban de fiestas infantiles a comidas familiares. En las noches se desvelaban con bodas y en las mañanas madrugaban para ir a bautizos. Los domingos, durante varios años, fueron a comer a casa de sus abuelos. Al fin

le tocó sentarse en la mesa de los adultos. Sus hijas, con la nana, comían en el jardín. Cuando murió la abuela comenzaron a ir todos los domingos a casa de sus papás. Claudia, hoy, se siente sola y abandonada. Antes, se quejaba de no descansar los fines de semana.

Suena el teléfono y su mujer ni siquiera se mueve. Ha perdido el interés: últimamente sólo llaman equivocados o vendedores. La vida social se activa con el celular. Sus hijas tienen en sus computadoras un mundo virtual totalmente ajeno a ellos. Román se separa suavemente de su esposa, se levanta y contesta.

—Hola... Estamos viendo la tele... Las niñas no están, comimos solos... Diego pasó un rato. Sí, sí podemos ir al cine...

—Román tapa la bocina y mira a su esposa—. Es Francisco...

—Dile que no podemos. —Claudia mueve la cabeza enfáticamente.

—¿No querías salir?

—No sabía que pasaban este maratón.

—¿Qué le digo?

—No sé. De todos modos mañana lo vemos en casa de tus papás.

—Paco, no podemos ir. Claudia se siente un poco mal... Ok. Está bien.

Román regresa al sillón a sentarse junto a su esposa. Espera un anuncio para hablar con ella. Está clavada en el programa.

—Al rato viene Francisco a vernos. Nos quiere decir algo —dice cuando comienzan los anuncios.

—¿Le dijiste que sí? —dice Claudia—. ¿Y el maratón?

—Lo puedes grabar...

—Nunca vemos lo que grabamos. Tan feliz que estoy viendo la tele —se queja.

—Con Diego no estuvo tan mal, hasta nos divertimos.

Claudia no dice nada. Él sabe que ella tiene que corresponder y aceptar la visita. Román sí quiere ver a su hermano. Sólo se encuentran en casa de sus papás y ahí las conversaciones están limitadas. Todos los domingos se habla de lo mismo. Lo primero es preguntar por la enfermedad semanal de su mamá, sin que se mencione ningún detalle desagradable. Sus hijos y su marido la compadecen un rato, antes de pasar a otros temas. El favorito es la lista de virtudes de sus cinco nietos. Los niños Fuentes, en una conversación dominguera, siempre son perfectos. Aunque la abuela Águeda piense que Claudia no educa bien a sus hijas, sentadas a su mesa son Fuentes y superan a cualquiera. Como si construyeran un castillo de naipes, avanzan carta por carta en los asuntos que la hacen feliz. Ahora que los nietos han crecido, la estabilidad peligra. Hace varios domingos Ximena le preguntó al tío Francisco cómo estaba la tía Graciela. La abuela Águeda tuvo un dolor fulminante en el oído. Ella no menciona, jamás, el divorcio de su hijo. Es capaz de invitar a una prima solterona lejana para ocultar el vacío permanente de la silla de su exnuera. Francisco tiene la obligación de traer a sus tres hijos y de nunca mencionar lo que sucedió. Su mamá ensució la imagen de su nuera para conseguir la dispensa papal, la adicción del hijo no existe. Tratándose de la familia, es capaz de tapar el sol con una pestaña.

A Román le interesa que Claudia y su hermano se acerquen. Su esposa no puede seguir del lado de Graciela. Francisco es su familia política: su cuñada ya no existe.

Punto muerto repentinamente cambia de ritmo. Después del *talk show*, el fracasado, que ya se comporta como un hombre exitoso, concede una entrevista a un noticiero. El entrevistador quiere saber qué sucedió en el banco y el entrevistado le cuenta sobre su esposa. Describe a una mujer gorda, desarreglada, que le reclama su fracaso cada segundo. Como si fuera el pastor de una secta, invoca exaltadamente su renacimiento.

—Qué ridículo —dice Román distraído—. Pensé que le habías cambiado de canal y que veíamos un noticiero.

—A partir de este momento, él será el centro del grupo. Los convoca, los reúne. Es interesante que el asalto le da sentido a su vida, incluso a su pasado.

En el siglo XXI el público —lector, televidente— acepta la mezcla de diferentes lenguajes que conforman uno nuevo, más globalizado. Una novela, una película, un programa de televisión pueden transcribir un noticiero, un *talk show*, un *mail*, un mensaje vía chat. Se multiplican los medios para comunicarse, se expanden los posibles registros. El mundo se acerca y compartimos códigos universales.

Román y Claudia voltean cuando entra Francisco. Es cuarentón y alto como su hermano. No heredó los párpados caídos de la rama paterna de su familia. Cuando eran jóvenes, el consenso femenino siempre fue que era más atractivo y seductor que Román. Sin embargo, ha engordado y su cara siempre está hinchada. Román ha envejecido mucho mejor, tiene una vida más saludable.

—No nos avisaron que habías llegado— dice Román.

—Les dije que no lo hicieran. Quería sorprenderlos —les informa Francisco.

Claudia le quita el volumen a la televisión, se levanta y besa a su cuñado. Él toma cariñosamente su cara entre las manos. La abraza.

—Toma. Me piden que te avise que no deja de sonar —dice Francisco entregándole su celular—. ¿Están viendo *Punto muerto*?

—¿Quién te llama? —interrumpe Román.

Claudia toma el celular y se dirige a la puerta del cuarto.

—No he visto este episodio. Cuñada, no te vayas, súbele al volumen —pide Francisco.

Claudia regresa al sillón y se sienta junto a Francisco. Román los observa. Son como dos niños viendo la televisión. En realidad, él es uno más, sentado junto a ellos.

—Aquí sólo tenemos tequila, déjame pedirte otra cosa —dice Román nervioso.

—Una café estaría bien. ¿Les importa que fume?

—Ahorita te pido un cenicero —dice Claudia sin obedecer las señas de su esposo—. Puedes fumar, porque no están las niñas. Nosotros estamos tomando —le dice a su esposo.

—Los otros lo van a odiar por ir al noticiero —comenta Francisco.

—¿Te gusta este programa? —pregunta Román.

—Me encanta.

—A mí también. Es mi favorito —dice Claudia.

—*Lost* es mi favorito.

—Se parecen, ¿no?

—Sí. Cuentan historias complicadas que no avanzan. El tiempo está detenido.

— *Punto muerto* es más lento —dice Claudia.

—Se siente así, pues gira alrededor de las horas que duró un asalto. En *Lost* transcurren meses. Siempre parece que los días no pasan.

—De ese presente sacan el pasado y el futuro de los personajes en los dos programas.

—*Lost* por lo menos es una locura —interviene Román.

—Ese es el chiste —dice Francisco y Claudia asiente—. Si te gusta aceptas lo que sea. Movieron la isla de lugar. Le dieron vuelta a un volante de metal como de los cincuentas y desapareció. Sólo quedó el mar azul. Eso es lógico únicamente si estás adentro de esa realidad.

—No hay que cuestionar la historia —dice Claudia—, es como una novela. Tengo una amiga que se enoja cuando está leyendo y la sorprende el autor con un cambio de perspectiva, o cuando un *flashback* toma un camino inesperado.

—En la nueva temporada los seis que lograron salvarse regresan a la isla, interesantísimo —explica Francisco—. Lástima que *Punto muerto* no vaya a seguir.

—Mandé un mensaje exigiendo que continuara —dice Claudia.

—Eres una fanática —se burla Francisco.

—Apóyanos, cuñado. Lo van a sacar del aire y nos vamos a quedar sin final —ríe ella.

Román no reconoce a su propio hermano profundizando sobre un programa. Francisco estudió comunicación, pero sus relacio-

nes con el mundo televisivo han sido siempre pragmáticas. Con sus comentarios parece pariente de su esposa. Su Francisco, el que él recuerda, jamás se interesaría por *Lost*. Cuando eran niños, él le tenía que explicar *Perdidos en el espacio* porque a su hermano menor le parecía complicadísimo que cada programa empezara en otro lugar de la galaxia, en otro tiempo. Cuestionaba cada episodio, pues su realismo extremo lo torturaba. Hoy, el cambio de su hermano es generalizado. Está menos ansioso que las últimas veces que se han visto. Son insólitos su relajamiento frente a la vida y su aceptación de la isla movable de *Lost*. Francisco solía estar inquieto, buscando la siguiente fiesta, la justificación para seguir drogándose.

Los dos crecieron en la ceguera extrema. Los integrantes de la familia Fuentes ocupan muchísima energía en inventar otras vidas. Su mamá no sólo le mentía a los demás, sino que se envolvía en su propia mentira. Exigía escrupulosamente el cumplimiento de rutinas para así poder tapar, aunque fuera con un velo, la realidad. Por eso, sus dos hijos y su marido están en casa de los abuelos los domingos religiosamente a la hora de la comida. Ahí, acompañada por ellos, elabora nuevas historias en las que son perfectos. No se da cuenta de las miradas de lástima cuando presume que su marido es un hombre tan responsable que trabaja hasta los sábados por la noche. Ignora la incomodidad que provoca el relato de cada una de sus nuevas enfermedades y, sobre todo, la lista de medicinas. Hoy, todavía no acepta esa adicción que hasta el sobrino más lejano conoce. Le parece normal abrir una cajita en la comida y tomarse más de diez pastillas.

Cuando Francisco entró a la universidad se unió a su hermano y a su papá en la huída permanente de los viernes y los sábados. Su mamá obviamente nunca notó el problema de drogas de su hijo menor. En apego estricto al espíritu familiar, Román sólo se enterará de esa pesadilla 15 años después, cuando Graciela se lo platique a Claudia. Resulta que las estancias de su hermano en Europa eran falsas. Por eso nadie lograba ver jamás los programas que supuestamente producía. Su mamá todavía describe los viajes de Francisco en reuniones familiares. Seguramente jamás se enterará que fueron inventos para ocultar su encierro en programas de desintoxicación.

Francisco toma el control de la televisión y baja el volumen. Se endereza para platicar con ellos.

—Graciela me perdonó. Vamos a regresar. La convencí.

—Felicidades. Te va a matar tu mamá.

—Gracias, cuñada —dice Francisco—. Espero que me apoyen mañana cuando lo diga en la comida. Román, ¿qué piensas?

—No te entiendo. Dejas que mamá te organice una anulación matrimonial, cuando tu mujer siempre trató de ayudarte —dice Román, irritado—. ¿Qué te dijo Graciela?

—Dice que me ama. Supongo que eso quiere decir que va a volver a estar conmigo.

—No estés tan seguro —insiste Román—. No puede ser tan tonta.

—Me ama...

—Vas a llevar a Graciela los domingos como si nada hubiera pasado. Le dijiste a mamá que ella había promovido que

tomaras en sus reuniones sociales. Le echaste la culpa hasta de tus propias infidelidades.

—Ese era mi momento, realmente lo pensaba. Me faltaba hacerme responsable de mis actos, perdonar a mamá, quería escandalizarla. Ni modo, Román, sé que actué pésimo, pero necesito tener una vida estable.

—¿Extrañas a Graciela? —interviene Claudia.

—Extraño el matrimonio. No sé ordenarme, no sé estar solo. Me empiezo a deslizar por una resbaladilla sin fin en la que no puedo detenerme. Temo volver a caer en las drogas.

—Cásate con otra.

—Mi problema no se resuelve con otra esposa. Ya tengo a Graciela.

—Es tu exesposa, no tu esposa —dice bruscamente Román—. Te anularon el matrimonio...

—Me volveré a casar por la iglesia y todos felices.

—Su mamá le va a volver a encontrar sentido a la vida con esta nueva preocupación. Va a organizar otra boda de uno de sus bebés.

—¿Cómo crees?

—Podemos apostar —se ríe Claudia.

—Que haga lo que quiera —dice sonriente Francisco.

Claudia está tan divertida con el giro que ha tomado la conversación que no se da cuenta que han terminado los anuncios.

—Cómo te imaginas tu nueva vida —dice Román—. Cuando te corrió por borracho la demandaste. Le quitaste la casa, te gastaste el dinero de la venta. No te mides, Paco. La dejaste con tus hijos en un departamento minúsculo. ¿Te irás a vivir con ellos? ¿Por qué querría ella regresar contigo?

—Así es Graciela. Está envuelta, como mamá, en su rollo religioso. Yo soy su misión en la vida. Ella sí sigue asistiendo a las reuniones de Alanón. Dice que completan su espiritualidad. Hace un mes que yo no voy a una reunión de AA, hasta para eso la necesito.

—¿Sigues sin tomar nada?

—Es alcohólico. No puede tomar nada de alcohol, regresaría al alcoholismo activo —dice Claudia sorprendida.

—Venimos de una familia llena de adicciones —le dice Francisco a su hermano—. Mamá y su exceso de pastillas...

—No exageres, Francisco. No le eches la culpa —interrumpe Román.

—Quieres que cambiemos de tema, como mamá.

—Sí, estamos discutiendo tu ridículo regreso con la exmujer a quien destruiste. Te garantizo que no va a suceder.

—No la conoces. La familia es lo único que para ella tiene sentido y sólo existe si tiene marido. Creo que hasta me quiere...

—Pobre Graciela —lo interrumpe Claudia—. Bueno, ella tampoco es tan fácil, tiene sus detalles.

CAPÍTULO 5

“El corazón esconde secretos.”
Investigador del asalto en Punto muerto.

Claudia ha olvidado quién era Graciela, que la suma de sus peculiaridades llenaría un libro entero. La terminó defendiendo cuando Francisco la dejó porque se dio cuenta que los Fuentes podrían unirse en contra de ella, aun sin razones. Los imaginó un domingo alrededor de la mesa aplaudiendo que Román la despojara económicamente. Graciela fue el espejo de su propia fragilidad, comprobó la regla de que nadie conoce a su cónyuge hasta que se divorcia de él.

—Mañana avisas y el siguiente domingo la llevas a comer —se burla Román.

—No sé si va a ser así, pero tengo que decirle a mamá.

—Te convendría preparar a tu papá antes —interrumpe Claudia.

—No creas que vaya a estar de su lado. Mi papá está harto de los enredos económicos de Francisco —señala Román.

—Van a estar felices, no seas amargado —dice su hermano alegremente.

—Tú aquí preparando la estrategia y seguramente Graciela ya les avisó —lo interrumpe Claudia—. Acuérdate, a ella le encantan las bodas.

Para Claudia, la organización de su boda es un campo de batalla. Al aceptar casarse con Román, se encuentra en una situa-

ción para la que no ha sido educada. Ella elegiría un trámite civil de media hora en cualquier juzgado y en su lugar debe planear una fiesta con la que nunca soñó. Las tradiciones rotas de su familia se unen a las de otra que está frágilmente anudada por excesos. Los Fuentes siguen un manual de reglas para el matrimonio sumamente estricto, al que Graciela quisiera agregarle más detalles.

A Claudia le agobia escuchar nimiedades cuando sólo tiene una idea fija: no pisar una iglesia. Sorprende a Román con la falta de conocimientos espirituales y, también, con la carencia de ritos esenciales: no está bautizada, no hizo la primera comunión. En el exceso de preparativos, conocerán peculiaridades de sus nuevas familias políticas. Las expectativas de cada uno nacerán de un contexto ininteligible para el otro.

No sellar su compromiso en una iglesia, es lo que se espera de ella. Le platica a Román que únicamente su papá tuvo una fe de bautizo y que la destruyó cuando se volvió comunista. Todo en su familia es al revés. Fue un drama para el padre que Diego se uniera a su esposa dentro de la mejor tradición católica mexicana.

En cambio, para Román lo que ella le propone implica lanzarse a una guerra sin reglas que lo ahogará durante los próximos meses. No cede. Está seguro de que es la mujer que quiere como esposa.

La boda será en octubre. Apenas es julio, faltan cuatro meses más de quejas de las dos familias. Hasta para Román, que es más relajado que Claudia, será complicado negociar. Hoy los dos estarían seguros de decir la verdad si repitieran que

su amor creció en los vanos intentos de encontrar soluciones. En ese entonces, se sentían a punto de perderlo.

Los Bilbao insistirán en un festejo pequeño de no más de 50 personas. Su mundo social es minúsculo y además Manuel se rehúsa a agasajar a unos capitalistas insaciables. Se le antoja que su hija organice un día de campo en la casita en Xochimilco de uno de sus primos. La furia domina a Claudia y a Larisa. Su mamá, quien trata de enfrentarse lo menos posible a su marido, se exaltará frente a lo ridículo de esa idea. La abuela Úrsula y la familia americana vendrán a México. Van a pagar boletos de avión para ver a su nieta casarse, no para ir a un día de campo. Por primera vez en años, Larisa remodelará su casa para recibir a todos sus parientes.

Los Fuentes no tienen hijas y las bodas de los hijos son su única oportunidad para lucirse. El punto de referencia obligado será la de Francisco y Graciela. Perseguirán a Claudia las místicas historias del desbordado lujo, los 800 invitados, el vestido español hecho a mano. Todos los excesos auspiciados por los Mancera, la familia de su cuñada.

Claudia acepta que Román pague la boda y le concede un triunfo a su familia política. Todos sabrán que es el dinero de sus suegros el que patrocinará la sencilla fiesta en casa de los abuelos: habrá 400 invitados.

Graciela aprovechará la confusión para erigirse como la doctorada en el tema y para tratar de hacer sentir a Claudia menos. Su concuña viene de una familia que se cree de alcurnia, que cuida todos los detalles de su vida. Su mansión en las Lomas tuvo un decorador de planta que la iba adaptando a las modas del momento. En su boda, cuando los Mancera lanzaron

la casa por la ventana, ya no tenían nada. Su precaria situación económica fue saliendo lentamente a la luz. Durante años, el papá de Graciela le vendió helicópteros al gobierno, hasta que otra compañía lo sacó de la jugada. Él siguió gastando como si nada pasara, hasta que las deudas lo hundieron y sus hijos se enteraron. Cuando Claudia conoció a Román, todavía nadie sabía que la familia Mancera había perdido hasta la famosa casa. La boda de Claudia, tan modesta en comparación de la suya, le funcionó a Graciela para sentirse bien un rato más.

Para Claudia fue difícil aprender a moverse socialmente, aun viviendo con un hombre como Román. Cumple al pie de la letra la orden, infancia es destino. Es hija de su madre desarraigada y de ese padre a quien sólo le importa el calendario imaginario de la URSS.

A Graciela le gusta insinuar frente a la familia política que su concuña proviene de un origen social más bajo. Resalta que no sepa nada sobre el protocolo de ninguna ceremonia, no deja pasar un detalle. Que si Claudia no está combinando los manteles y los centros de mesa, que si no ha hecho el esquema de cómo se van a sentar los invitados. En el momento que un asunto se resuelve, su concuña la tortura con otro tema. Da órdenes, hay que decidir cuál será el tema musical que bailarán los novios. A Claudia la invade la depresión cuando oye las cursis instrucciones de su concuña: una nota de tu canción te trasladará al instante más hermoso de tu vida.

Claudia canta mentalmente: *once upon a time I was falling in love, but now I'm only falling apart*. Las palabras de "Total Eclipse of the Heart" describen su situación. Organizar la boda la rompe. Se siente inferior, la niña pobre entre los ri-

cos. Alucina que no se merece ese príncipe. En momentos tan dramáticos, duda que tenga futuro con un hombre atrapado por esas demandas sociales. Robando palabras a la canción, le reclama a su novio que antes había luz en su vida y ahora sólo encuentra el amor en la oscuridad. Lloro las noches que están solos. Él se da cuenta que su novia está en un viaje personal cuando elige como tema de la boda esa canción.

Román no habla inglés tan bien como ella, pero lo entiende y la letra no plantea una esperanza amorosa. La música triste y desesperada funcionaría para un beso sin testigos. Para tomar la decisión, la convence de que la traduzca.

Se sientan en un sillón a tomar las dos cubas que Román ha preparado. Claudia anota en una libreta: “Date la vuelta. De vez en cuando me siento sola y tú nunca llegas. Date la vuelta...”

Eso no lo voy a volver a traducir, dice, *turn around* en inglés tiene profundidad. Además esa parte la canta un hombre. La odio en español, suena horrible. En inglés es poesía, esto es una basura, insiste. Lo sé, dice Román pacientemente, sólo queremos saber si es un buen tema para que lo bailemos en nuestra boda. “De vez en cuando me siento cansada y escucho el sonido de mis lágrimas”, traduce Claudia. Amor, no suena muy optimista, dice él mientras la abraza. Quizás tengas razón, acepta ella, la mujer se rompe y sueña con algo salvaje. Pero mira, esta parte es padrísima y así me siento. “Sí necesito más que nunca que me abracés para siempre”. En inglés hay una rima, *ever* y *forever*, que se pierde, por eso suena tan brusco. Estoy de acuerdo, susurra Román, pero nuestra boda tendría que tratar el amor como algo de los dos, no como una tragedia de una de las par-

tes. La canción es sobre un eclipse total del corazón, queremos más luz, ¿no?

Claudia aceptará ser tan frívola como para brincar “Si no es ahora” cantada por Timbiriche. Un homenaje a su primer encuentro. Le ayuda la certeza de no hacer feliz a Graciela, quien odia al grupo. Es más fácil el mensaje de los ojos que fueron un destello de amor, que el del desgarramiento del eclipse total del corazón. Una boda es una esperanza, aunque la suya parezca un colapso. Decide no pensar en nada que la lleve a complicar los próximos cuatro meses.

Durante los preparativos descubre que Graciela y Patricia, concuña y cuñada, son lo que ella nunca va a ser: la esposa correcta. Si piensa en Esposa con “mayúscula” está segura de fracasar. Es incapaz de perseguir a un hombre hasta moldearlo en el ser perfecto que cualquier mujer desea. Le es imposible porque no sabe qué es eso, ni siquiera tiene claro qué quiere. Le parece tan extraño que Román esté convencido de casarse con ella. ¿Por qué la amaré? Aun en medio del ataque invasor de inseguridad, sabe que él la adora.

Lo abraza con fuerza. Es capaz de aceptar con aplomo no casarse en la iglesia. Lo besa en la boca. La emborracha la suma de las dos cubas. Tienen que pasar por esto, piensa, pero no será eterno. Las interrogantes se terminan cuando le dan la oportunidad a sus cuerpos. Hacen el amor, quizás sí tengamos futuro.

Hoy, sus amigos recuerdan su boda como una de las más divertidas. La música de los ochenta mantuvo en la pista brincando a los amigos de la novia y del novio, en apariencia irreconciliables. La orquesta, una sorpresa contratada a escondidas por Román, les levantó el ánimo desde el principio. Claudia,

en su corto vestido blanco, bailó con él toda la noche. Dejaron de obedecer órdenes y pedidos. Las canciones elegidas por la suegra nunca se escucharon. Como los jóvenes se adueñaron de la fiesta, los novios se divirtieron en esa ocasión en la que únicamente anticipaban problemas. A sus papás y parientes más formales sólo les quedó anotar mentalmente sus críticas.

Claudia y Román se enterarán hasta que regresen de la luna de miel del sufrimiento de muchas mujeres, la mamá de Román, Graciela y Patricia, frente a la destrucción del orden planeado. Con los años se erige en mito su recuerdo amargoso de la comida reseca porque Román pidió cuatro veces seguidas “Baño de mujeres”, el éxito de Manuel Mijares. En la emoción del baile colectivo nadie quiso sentarse y la sopa se enfrió. Graciela no puede ocultar su desprecio cuando recuerda que fue esa canción tonta y vulgar la que echó a perder la cena que ella ayudó a ordenar.

Ximena y Águeda juran que las mujeres del video de la boda, con pelo ultrasponjado y vestidos de fiesta cortos, brillantes y ajustados, están disfrazadas. Será la letra de la canción de Mijares la que con los años se convertirá en el tema de la boda. En su último viaje a Acapulco, la familia completa cantó, acompañada por un DVD, “salió del baño de mujeres y mi reputación voló, si hablan de ti mañana mueres, es otra dimensión, ¡lo juro!...” Lo que más disfrutaban es repetir los “o-es” acentuados por el coro. El futuro de una historia nadie lo controla. La boda sí fue un éxito. Un éxito insospechado.

En segundos Francisco olvida sus preocupaciones y se concentra en la televisión. Abraza a su cuñada y le hace piojito. Nunca sufre un segundo más de lo necesario. Claudia se relaja.

—Lástima que no me ha tocado un asalto, podría ser famoso —dice Francisco.

—La caricia de la violencia es la fama del siglo XXI.

Claudia quisiera proteger a su cuñado, aunque ignora qué le convendría para su problema con las adicciones. Sólo él sabe si ha roto la abstinencia. ¿Graciela será la solución? Vivían juntos cuando él se deslizó hasta el fondo del que apenas salió hace unos pocos años. Una parte de Francisco la odia con una violencia fulminante. Sólo así se entiende que permitiera que su madre anulara el matrimonio y que él despojara a sus propios hijos de su hogar. Claudia sospecha que la señora Fuentes va a despertar de su medicado sopor mañana que su hijo le cambie la jugada. Como en sus mejores momentos, atacará.

—El asalto le dará sentido a la vida del fracasado —dice Francisco—. Él, que antes no hablaba, ahora organizará las reuniones.

—¿Tú querías ver a los otros rehenes con los que pasaste momentos tan horribles?

—Los personajes eran rehenes de su propia vida antes del asalto —explica Francisco—. Por eso se reúnen, por eso se aman. Es la misma idea de *Lost*. Viven en la isla los que estaban perdidos antes del avionazo.

—Inventas profundidades —interrumpe Román.

—Tú no pones atención —dice Claudia.

—Lo escribió un guionista posmoderno. La ventaja es que hasta el televidente más primitivo, como tú, lo puede ver desde su propio nivel de ignorancia.

—Son payasadas.

—Román, hago programas. A eso me dedico —se enoja Francisco.

—Yo ya perdí la esperanza de que se acuerde que estudié una maestría en comunicación —dice Claudia.

—Recordemos que la sofisticación intelectual se encuentra vendiendo persianas y cortinas.

—No empieces, Francisco —dice Román enojado.

—Miren, el fracasado se quería suicidar antes del asalto —cambia el tema Claudia.

—Puras tonterías —farfulla Román.

El celular de Claudia vibra dos veces. Ella lo abre y lee el mensaje de “Rosana”, Sergio le ordena: *No me escribas, no me hables.*

Águeda ya cumplió dos meses y Claudia todavía no logra salir sola de su casa. La absorbe el cuidado de la bebé y cuando escapa de la recién nacida, carga con Ximena, quien llora todo el tiempo. Trata de hacerla feliz cantando en el super, jugando en las eternas filas del banco.

Román es el gran ausente en las imágenes de esa época. Duerme en casa pero no le interesa cómo transcurre el día. Si piensa en esos años, recuerda más a Sergio, quien la llama religiosamente por teléfono. Incluso, la alcanza en la sección infantil de la librería que visita con Ximena. No hubiera pensado que

llegaría el momento en el que sus historias sobre la Inquisición le parecerían divertidas.

Cuando regresa a su casa, estaciona el coche en el garage y vive una metamorfosis instantánea. Se convierte en dos enormes pechos hinchados de leche. En los brazos de la enfermera, Águeda la huele desde lejos y no deja de llorar hasta que su boca la atrapa y succiona.

Día tras día, a las cinco de la mañana comienza la lentitud solitaria de sus minutos. El clímax matutino es a las doce, con el inicio del capítulo de *All My Children*. Claudia no se pierde un segundo pues, además, le toca alimentar a Águeda. Ximena sigue su propia rutina en otro cuarto donde ella y la enfermera ven el video de *La sirenita*.

En ocasiones, Larisa ve con ella la telenovela. Su mamá se conserva bien a sus casi 60 años. La excentricidad ha ido en aumento y viste huipiles y blusas regionales. El cabello rubio, demasiado largo, no tiene canas y las arrugas que rodean ojos y boca le dan un gesto de felicidad. El papá de Claudia con los años se ha vuelto inofensivo y pasa el día sentado en un sillón escuchando el radio, esperando que su esposa regrese. Ella trabaja poco, revisa algunos libros fuera de la editorial y se da el tiempo de estar con su hija y sus nietas.

Claudia se enterará de que su abuela, sus tías y sus primas americanas son, desde hace más de veinte años, asiduas de *All My Children*. En la tradición familiar se dice que lo hacen a escondidas de sus maridos, aunque después se echen de cabeza y platiquen durante las cenas de los personajes como si fueran sus amigos. Como Manuel no pagará jamás para que el imperia- lismo entre en su casa, Larisa no tiene Cablevisión y depende de

Claudia que está orgullosa de haber programado la videocasetera para grabar todos los episodios. Con el cable ven la cadena al mismo tiempo que en Estados Unidos.

El argumento de la telenovela las envuelve en el sueño americano. Susan Lucci, envejeciendo como Erika Kane, es una tradición. Pine Valley, mítico suburbio de super ricos de la East Coast, evoca el rumbo clase mediero de Baltimore donde vive la familia materna. Los personajes se diferencian de su familia judía inmigrante, en que todos son malévolos *wasps*, política y religiosamente muy correctos.

Antes de que nacieran sus hijas, para Claudia y Román la televisión era una actividad de pareja. Ahora, él ni siquiera sabe que su esposa la enciende antes de la comida. Ella brinca una raya simbólica e ingresa a un terreno pantanoso donde se podría sospechar su falta de salud mental. Claramente va más allá del entretenimiento nocturno tan merecido después de un día de trabajo.

Claudia ejecuta una doble escapatoria: de su matrimonio y de su país. La verdadera fantasía americana es la *soap opera*. Le gusta el nombre. Es mucho más misterioso decir suspiro con las óperas de jabón que, como soy la reina de la liga de la leche, veo telenovelas en la mañana. Si su mamá está con ella, siguen otra hora con *One Life to Live*. A Larisa le gusta más; le parece culta y demócrata. Dice que ésta sí es abierta en temas como el aborto o la homosexualidad. Claudia no discute la falsedad del argumento, sabe que necesita esa justificación para perder más tiempo. Las historias se parecen tanto que llega un momento en que se le confunden. A Claudia, sumergida en una esterilidad intelectual aguda, le parece profundo el título “Una vida para

vivir”. El miedo de que su vida se le escape de las manos, la lanzará con Sergio. La soledad hará que vea atractivo a ese hombre canoso y pasado de peso.

En el cuarto de junto, Ximena, ansiosa, espera que terminen las *soap operas* para ver por segunda vez *La sirenita* con su mamá en la tele grande. Las horas que faltan hasta el mediodía se sumergirán en las cavernas donde Úrsula atrapa a los muertos en vida. La letra de “Bajo el mar”, cantada por Sebastián el cangrejo, azuzará en automático el odio de Claudia por su marido.

Odia que Román huya. Es mentira que no tenga tiempo. Podría dejar de correr, desayunar tranquilo. Sólo me invita a salir cuando no le queda otra. Nunca vamos al cine o a ver amigos. Me toca lo más aburrido. Asiste formalmente con él a las bodas, a las primeras comuniones, a los bautizos y, por supuesto, a la comida del domingo con su suegra. Desvelada y pasada de peso, Claudia lo acompaña. Estoy fea, soy tonta. Se imagina como mutante de su suegra. Hipocondríaca, chantajista. El epítome de la mujer sacrificada. La que da todo por sus hijos: cuerpo, cerebro, salud, vida.

Pasa tantos meses con su cuerpo cotidianamente destruido que el sexo escapa de su vida. Apenas hace pocos días se le ocurrió que su marido pudiera andar con otra. Repite, no me importa, me da igual, tengo celos de su libertad.

Román no está atrapado entre cuatro paredes con una bebé colgada de la pierna y otra del pecho. Su cerebro no está concentrado mañana, tarde y noche en la ingestión, digestión y defecación de unos cachorros humanos, tan frágiles que parecerían de vidrio. Su posibilidad de dormir no está relacionada con

los virus o bacterias que circulan por esos pequeños cuerpos y que pueden llegar a interrumpir su noche más de 10 veces. La agrede cada uno de sus ronquidos. No controlo nada en mi vida. ¿Y las caricias, la risa? Hace meses que no se peina y ha olvidado cómo se siente el aire caliente de una pistola de pelo y la emoción de observar el resultado.

All My Children le regala una hora de intenso placer. Escapa del aroma a pañales sucios para sumergirse en el pantano de un triángulo amoroso. Los hermanos más ricos del este de Estados Unidos se despojan mutuamente de su fortuna. La fantasía última, vivir en un pueblo donde las mujeres sean más exitosas que los hombres y, además, los torturen.

En la noche está tan cansada que ve lo que sea. Un jueves silencioso descubre *ER*. La arrastra el ritmo innovador, la unión de forma y fondo. La prisa del *emergency room*. La urgencia. Ella se desliza en un aburrimiento supremo y los doctores se lanzan a un abismo vertiginoso. Hombres y mujeres superdotados cargan pacientes, empujan camillas, colocan agujas, suturan heridas sangrantes. Se identifica más con ellos que con los millonarios de Pine Valley. Chicago le entrega a la sala de emergencias una violencia parecida a la de la Ciudad de México. Claudia comparte con los médicos la falta de tiempo para peinarse e ir al baño. Descubre, al mismo tiempo que las otras mujeres del planeta, la guapura extrema de George Clooney. Soñará con el doctor Ross, el más atractivo de los pediatras.

Es el único día de la semana que sus dos hijas estarán siempre dormidas a las nueve de la noche. Román nunca llegará antes de que termine. ¿Corre con linterna en la noche? ¿Tiene un segundo empleo como velador? El cuerpo de Claudia se abrirá

a todas las enfermedades que describe el programa, hasta que súbitamente la sorprenderá el deseo ineludible de una caricia. Sentirá excitación imaginando el cuerpo de George Clooney. Se debatirá tomando whisky. Sergio quiere acostarse con ella. Podría decirle que sí. No puede sacar de su mente la sequedad del cuerpo marchito de su suegra quien en las noches toma pastillas para acompañar la soledad y disfrutar del desamor.

Una mañana dejará grabando *All My Children* y aparecerá sola, sin Ximena, en la librería. Sube al coche de Sergio y, como si no hubieran transcurrido más de seis años, van al mismo hotel de paso. Nota la torpeza olvidada del amante y se da cuenta que con Román han mejorado sus gustos sexuales. Los cuerpos chocan sin ritmo, moja su cara al besarla. No le importa, por primera vez en meses, alguien la acaricia. Huérfana de comunicación, agradecerá que él la escuche.

Román y Claudia se traicionaron el mismo año con unos cuantos meses de diferencia, en términos de su matrimonio fue al mismo tiempo, por eso ninguno vio lo que hacía el otro. Sin este párrafo, quizás ni siquiera el lector se hubiera dado cuenta, en *Punto muerto*, la novela, hay demasiado desorden temporal.

En un programa de televisión, las escenas de infidelidades se verían perfectas. Los protagonistas serían guapos, con cuerpos delgados y musculosos. Román y su primera amante físicamente son perfectos, corren maratones en Chicago, cerca del hospital de *ER*. Al que habría que sustituir es a Sergio, es demasiado viejo y está muy gordo. Claudia presentaría también ciertos problemas, dos embarazos seguidos dejan huella. Cuando comienza el desliz está pasada de peso y su abdomen todavía

está deforme. En pantalla los cuatro tendrían que ser bellos y las escenas transcurrirían alternadas, como si sucedieran exactamente al mismo tiempo.

En la novela, si los *affaires* aparecieran de forma sucesiva, el lector lo consideraría un lugar común. Aburridísimo, diría, ridículo. De por sí ya es un exceso que el autor quiera igualar moralmente a los dos personajes. Mientras, Román y Claudia, ignorantes de la lógica compartida de sus acciones, tendrán que vivir sus culpas solitarias. No podrán leer *Punto muerto* y, quizás, entender al otro.

Queda claro, los dos se traicionaron. Pero en una competencia de culpas, ¿quién ganaría? Se suceden las opiniones. Román, él comenzó. No, él es hombre, su mujer se obsesionó por sus hijas y lo abandonó, dirían los machistas. Ella es la responsable, continúan. Además es demasiado complicada, lleva años acostándose con el mismo y ni siquiera le gusta. Ni a las mujeres les gusta demasiado este personaje. Román cambia continuamente de amante, les aclaramos, insisten, entonces la relación sexual tiene menos importancia. Es un promiscuo. La competencia no tiene sentido.

Claudia se levanta del sillón y se acerca a la ventana. Pretende ver el jardín. Abre el celular y escribe rápidamente: *¿Qué pasa? ¿Por qué no quieres que te escriba?* En seguida suena un timbre. “Rosana” contesta. *Laura sospecha. Hablamos lunes.*

En la pantalla hay una imagen agradable. Los rehenes cenan en un restaurante. Han pasado cuatro meses. La luz es cálida, la música ligera. Parecería que dejaron el trauma atrás. Sonríen, se abrazan. Los televidentes están informados de que

el doctor es amante de la mesera y el detective, novio de la abogada. El embarazo de la enfermera transcurre sin complicaciones. El cuasi suicida, el fracasado, ha triunfado en los medios. Inevitablemente, el corazón esconde secretos aun de sí mismo. Aunque sonrían, los sigue torturando el misterio de lo que sucedió en el banco.

En la sala de televisión se escucha la música de siempre: termina otro episodio.

—¿Vemos el siguiente? —pregunta Claudia.

—Sí.

—Ya me aburrí —dice Román.

—Te explicaremos todo —contesta Francisco.

La primera escena retoma el presente televisivo y es, como siempre, una del asalto. El asaltante juega con el pelo de la abogada, ella lo mira con miedo.

—¿La va a violar? —pregunta Román.

—No, pero parece, ¿verdad? —dice Claudia.

La abogada trató de llamar a *nine one one*. El asaltante está enojadísimo con ella, pero no sabe bien qué hacer. No quiere matarla. Los demás personajes están sentados en el suelo. La imagen pasa de la gris oscuridad del asalto a la luminosidad que caracteriza las escenas del futuro. La abogada besa al detective en el atardecer de una playa de Los Ángeles.

—Qué cursi.

—Es antes, todavía tienen a sus parejas y están viéndose a escondidas.

—Con el asalto comienza su camino de liberación —termina Claudia.

—Todos somos rehenes —se burla Román—. Acuérdate de Diego con Patricia.

—Quiere que acepte a la novia de Diego. Era amiga de una de sus hijas —le explica Claudia a Francisco.

—Cuñada, relájate. Estás entre puro loco, no nos lances piedras.

Suena el teléfono de la casa. Lo miran. Nadie quiere contestar.

—Te toca, Claudia. Ha de ser alguna de las niñas.

Ella se levanta por el aparato. Mira el identificador.

—Es un celular... Bueno... Hola, señora —le hace señas a Román y a Francisco que no la voltean ni a ver—. ¿Francisco?... Aquí está, señora. Se lo paso.

Francisco niega con la cabeza cuando se da cuenta de que va a hablar con su mamá. Claudia le pasa de todos modos el aparato.

—¿Qué?... No... ¿Qué? ... Sí, mamá. —Apaga el teléfono y los mira con cara de preocupación.

—A que Graciela ya le habló. Te dije que se te iba a adelantar —se burla Claudia.

—Sí, mamá está enojadísima de que me quiera volver a casar con ella. Lo peor fue que Graciela le dijo que todavía me drogaba.

—¿Es cierto? —pregunta seriamente Claudia.

—Hace unos meses me metí un poco de coca en una fiesta. Por el programa le dije a Graciela y le confesé que cuando le entro me acuesto con otras mujeres. Lo que más le afectó fue que dije que no usaba condón. Me lo preguntó y contesté

la verdad, debí de haber mentido. Te prometo cuñada que hace muchos meses que no toco nada, estoy en una buena época.

—Francisco, la única respuesta posible es que no te has metido nada. Eres un adicto.

—Estoy luchando, Claudia. Cuando regrese con Graciela me interno.

A Claudia le duele que Francisco, en ese estado de fragilidad convulsa, tenga tantos problemas. Sin embargo, una parte de ella, silenciosa y escondida, goza del drama. Todos —hasta Román y ella— acabarán salpicados de ese sufrimiento, pero su suegra vivirá una tortura social extrema. Anuló un matrimonio que ahora quieren repetir. Es el mayor de sus temores: sentir los ojos de la humanidad juzgando uno de sus propios dramas familiares.

Claudia ha pasado comidas completas escuchando críticas minúsculas. La hija de no sé quien que se acostó con su novio antes de casarse. La esposa de un primo es una coqueta y se operó los pechos porque la obligó un amante secreto. Lo peor son los constantes discursos indirectos sobre la inmoralidad de los ateos, como ella. Es irrelevante si Román ha sido feliz con ella, Claudia jamás recibirá un halago.

Las historias se repiten. En cada una el bastión de las buenas costumbres y la ganadora del premio a la generosidad suprema es la mamá de Román. Los chantajes son constantes, cambian ligeramente según la época: a Francisco y Graciela porque dependen económicamente de ella, a Román y a Claudia porque no le dan el gusto ni de bautizar a sus hijas y por lo tanto la privarán de la primera comunión. Es por ello que paga

la primera comunión de Chelita. Francisco y Graciela no la podrían hacer a la altura de las circunstancias.

La misa es un sábado a las 10 de la mañana. A esas horas sólo estarán afuera de la iglesia Graciela, Claudia, su suegra y todos los niños. Los hombres serán los grandes ausentes. Claudia creerá estar diciendo la verdad con su propia mentira: Román fue a correr y a trabajar. Su suegra sabe que anda con la corredora sin nombre. Ella dirá que el avión en el que venía su marido de un viaje de negocios se atrasó por mal tiempo. Graciela y Claudia se voltarán a ver disimuladamente porque su suegro falta a dormir los viernes. Graciela les informará que Francisco está en el sastre recogiendo el pantalón que se pondrá. Claudia está segura de que su concuña no tiene idea dónde está su marido. Francisco transita por una época de inmersión profunda en la droga.

Veinte minutos después, tres hombres sonrientes reciben a los invitados. A Román, quien dice venir de su oficina, le escurre agua del pelo. Francisco despide alcohol fermentado. Su papá, oloroso a perfume, no parece recién bajado de un avión. Pequeños detalles que no impiden que las tres mujeres crean en su propia verdad.

Durante la fiesta, la suegra de Claudia tratará como reina a su consuegra Mancera, venida a menos y empobrecida, pero siempre tan elegante. Apenas saludará a Larisa quien, heroica, hace el esfuerzo de entrar a una iglesia católica. La señora Fuentes hoy todavía recuerda la primera comunión más bella de San Ángel. Su malhumor, sus quejas y, sobre todo, el retraso masculino nunca son mencionados.

Hoy comenzará a inventar otra historia para justificar lo que está pasando. Quizás mañana la nueva historia oficial esté desarrollada. Graciela será un personaje maligno, sólo los Fuentes pueden ser buenos. Claudia sospecha que su suegra no querrá retractarse de la anulación matrimonial que consiguió para su hijo. No le cuenta a los hermanos sus conjeturas, son ciegos frente a la maldad de su madre. ¿Su suegra sabrá que miente, o hasta a sí misma se oculta la verdad?

Francisco y Claudia se recuestan en el sillón. Ven un flashback sobre la relación de la abogada con su novio, el futuro *D.A.* de Los Ángeles. Román ronca ruidosamente. En una escena interminable, el novio de la abogada la obliga a cambiarse varias veces de ropa para asistir a una cena. Ella avienta sobre la cama vestidos largos, de cocktail, trajes de pantalones.

Román despierta sobresaltado cuando se asoma la sirvienta.

—Señora, doña Águeda está abajo. La pasé a la sala. Viene a hablar con el señor Francisco.

—Estoy aquí, Claudia, no hace falta que bajen —dice irrumpiendo en el cuarto—. Gracias, niña.

La mamá de Román se ve radiante por los efectos de la guerra que se prepara a ganar. Alta y elegante, a sus más de 70 años está perfectamente arreglada. Viste unos pantalones grises oscuros de lana y un suéter azul claro. La blusa camisera es blanca, perfectamente planchada. El cabello corto blanco-plata es perfecto y producto de un peinado de salón. A pesar de su cutis terso, un gesto le tuerce la boca hacia abajo. Impetuosa, invade el espacio de su hijo sin siquiera disculparse.

Es una paradoja que una mujer que toma pastillas a todas horas y que aparenta no darse cuenta de nada, dirija la vida de sus hijos adultos. La hija de Claudia y Román se llama Águeda, pues no aguantaron los meses continuos de crítica al nombre de Ximena. Es quizás el único tema en que las dos abuelas estuvieron de acuerdo: el odio a la “x”. Por la presión de la señora Fuentes, Román y Claudia sí le pusieron su nombre a su segunda hija. Un nombre pasado de moda y cargado de significados.

Como los papás de Román les compraron la casa, ellos tuvieron que elegir sin ninguna libertad. Cada vez que les gustaba alguna tenían que convencer a la señora Fuentes de que fuera a verla y esperar su decisión. El Pedregal estaba prohibido, así como todas las colonias nuevas del otro lado del Periférico, pues a su suegra no le parecían finas. A Claudia le gusta San Ángel, es difícil encontrarle defectos a una de las colonias más elegantes del sur de la Ciudad de México. Sin embargo, ella hubiera preferido un rumbo más céntrico, mejor comunicado, sobre todo, más moderno. La señora Fuentes escogió la casa y ellos tuvieron que pasar meses remodelándola. Resultó que hubiera convenido tirarla.

Vive donde quiso su suegra, tiene una hija que se llama como ella y un marido que trabaja en el mismo tipo de negocio que su papá, Hoy, la tiene sentada en su sala de televisión dando órdenes.

Es la primera vez que la mamá de Román llega a su casa sin anunciarse. Parecería que el posible regreso de Graciela sí le afecta.

—Señora, qué sorpresa —dice Claudia amablemente mientras toma el control remoto para apagar la tele—. Vamos a la sala, ahí estaremos más cómodos.

—Por favor, déjala encendida. No quiero que nos oigan mis niñas.

—Ximena y Águeda salieron de fin de semana.

—Tampoco quiero que nos escuche el servicio.

—¿Qué te ofrecemos, mamá? —interviene Román, cortante.

—Para mí, nada.

—Los dejo platicar —dice Claudia.

Se levanta del sillón y trata de abandonar el cuarto. Román la imita.

—Por favor, quédense. Tenemos un problema familiar.

—No se vayan —les dice Francisco.

La señora Fuentes espera a que Román y Claudia se sienten.

—Tienes que respetar la decisión de nuestro Santo Padre —le dice pausadamente a su hijo—. No te puedes volver a casar con Graciela.

—Mamá, no exageres.

—No es...

—Me equivoqué —la interrumpe Francisco—, necesito el orden que Graciela me daba.

Los distrae el grito de la abogada. El ladrón le arranca de la mano el celular y le da una cachetada. El eco retumba unos segundos.

—Qué programas tan horribles ven —dice la señora Fuentes.

Nadie le contesta.

CAPÍTULO 6

“¿Cómo evadir los tentáculos de una madre ociosa?”

Anuncio del programa Punto muerto.

Román examina a su mamá, sentada en el centro, dirigiendo la conversación. La conoce tan bien que puede predecir sus palabras. Es como ver un mal programa de televisión por quinta vez, hasta *Punto muerto* es divertido en comparación.

—Te apoyé cuando me lo pediste. Ahora no voy a hacer el ridículo —dice la señora Fuentes.

El detective y la abogada hacen el amor en un coche. Los gemidos suben de intensidad e invaden el cuarto. Todos voltean a ver a la pareja que está casi desnuda. La señora Fuentes los mira con desagrado. Román le quita el control remoto a su esposa e intenta apagar la televisión.

—Déjalo, a Claudia le interesa —ordena su madre.

—Es a mí a quien le gusta —dice Francisco.

—Señora, ¿le sirvo algo? —Su suegra niega con la cabeza.

Claudia se levanta y sirve dos tequilas. Le da uno a Román y comienza a tomar del suyo.

—¿Llevan tomando toda la tarde? —dice la señora Fuentes con desagrado.

Claudia no le contesta y se sienta junto a Román.

—Preferiría estar en el banco —le susurra él.

—Somos rehenes de tu madre —le contesta ella.

—Eso sí es peligroso.

—Mamá, trata de entenderme.

—No te casarás con Graciela.

—Mamá, estoy solo...

—Pues cástate con otra, hay muchas mujeres —dice interrumpiendo a su hijo.

Después de tantos tequilas a Claudia y a Román la conversación les da risa. Contagian a Francisco que no ha tomado nada. La señora Fuentes los observa con una mueca de desagrado. La música de un anuncio de yogures acompaña sus carcajadas.

—¿De qué se ríen? —pregunta ella ofendida. Nadie le contesta—. Sólo quiero que seas feliz.

—No creo que sea la solución que me case con quien sea.

Todos guardan silencio y observan a la señora Fuentes que mira la televisión. Terminan los anuncios y en *Punto muerto* la madre de la abogada la regaña por cambiar un novio político exitoso por un policía.

—Tiene razón esa señora —insiste la señora Fuentes—. En la sociedad hay reglas.

Los tres voltean a ver la escena.

—No entiendes el programa, Graciela sería ese político exitoso —dice Román—. Mamá, lo importante es que Francisco tiene que internarse. Otra vez.

Claudia y Francisco lo miran asombrados. La señora Fuentes se levanta y toma su bolsa.

—Mamá, no te vayas —dice Francisco que también se levanta—. Román está exagerando, estaré bien cuando regrese con Graciela. Me ayudaría estar otra vez con Graciela. Por eso tengo que volver a casarme con ella.

—Los dos tienen que aceptarlo —dice Román—, Francisco tiene un problema con las drogas.

—Somos Fuentes, nunca lo olviden —dice su mamá mientras sale del cuarto de televisión.

La primera noche que pasa en Monterrey, Román cena con la familia del tío Güilebaldo, uno de los hermanos de su mamá. Se quedará con ellos, pues los Treviño decidieron que estaría más contento con Javi, el menor de los primos, el único que también tiene 16 años. En el comedor, donde las aspas del ventilador no logran romper el calor, comen tortillas de harina y machaca. La tía Dalia, gorda y alegre, lo alimenta como si viniera de un orfanato. Cuando se enteran que es la primera vez que prueba la comida nortea, se desata una intensa crítica a su madre. El tío Güilebaldo está enojadísimo. Le hablaron a su hermana, a Águeda, para que viniera a visitar a su padre, no para que mandara a un niño en su lugar. Javi le reclama. Parece que no quieres que Román esté con nosotros. Están felices de conocerlo, aclara el tío, pero Águeda está loca. ¿Por qué no vino ella? Román explica que está muy enferma.

No les puede contar que cuando le llamaron por teléfono, su mamá instantáneamente se comenzó a sentir mal. En horas, su dermatitis nerviosa se le convirtió en pústulas y resequedades que, según ella, cubrieron todo su cuerpo. Esa noche esperó a su esposo para explicarle que no podía ir a ver a su papá moribundo porque estaba muy enferma. Sin ninguna lógica, agregó que era muy importante su asistencia a la boda de una conocida el siguiente fin de semana. Román, quien hasta ese momento no

sabía que en Monterrey tenía familia, escuchó quejas sobre el calor, críticas a la comida grasosa y a la gordura de sus cuñadas.

Al día siguiente, su mamá le informó que él iría. Tendría la oportunidad de conocer al abuelo y la podría disculpar con sus hermanos. Sería una vacación educativa, aprendería de la vida de campo y apreciaría sus privilegios. Hasta su papá lo defendió, no le parecía justo mandar a un niño a una ciudad desconocida con parientes a los que nunca ha visto. Calló cuando su esposa le propuso que fuera con ella.

La casa de los tíos es pequeña, desde la sala se escucha: “con la actuación especial de Lee Mayors”, la voz con acento de doblaje que cualquiera que vea el canal cinco reconoce. Su primo dejó la televisión prendida, pues esa noche pasa su serie favorita y no se quiere perder el principio. Javi se levanta de la mesa y Román voltea a ver a su tía quien le da permiso. Llegan a los sillones a tiempo de ver la entrada del programa: el hombre nuclear está en la mesa de operaciones después del accidente. Cuando escucha “Steve Austin, astronauta, su vida está en peligro. Lo reconstruiremos, poseemos la tecnología para convertirlo en un organismo cibernético, poderoso, superdotado” se siente en su propia casa. Sólo le falta Francisco.

A Román nadie lo ha preparado para ser parte de esta nueva familia e integrar la nueva información sobre el pasado de su mamá. Le parecía obvio que ella era parte de los Fuentes. Los Treviño, hasta hace dos días, no existían.

Salió de México muy nervioso, pero se relajó cuando Javi lo recibió en el aeropuerto con su sombrero norteco. Le cayó bien ese primo que le arrebató la maleta como si él fuera un niño y que lo trataba como si siempre se hubieran conocido.

En *El hombre nuclear*, Steve Austin —el héroe de todos los adolescentes de los setenta— persigue a un gigante que deja una huellas enormes, una mezcla entre animal y hombre peludo. Aunque vivan en ciudades lejanas y los primos se acaben de conocer, desde que nacieron ven los mismos programas. Comparten su lenguaje, saben que la cámara lenta significa velocidad, reconocen el sonido de la fuerza biónica.

Román quisiera unos pants azul claro como los del hombre nuclear, aunque sospecha que no lo dejarían ponérselos sin camisa. A Javier también le gustan y está seguro de que su mamá sí le daría permiso. Lo que le preocupa es ser demasiado flaco, no tener un estómago musculoso. Le promete a su primo llevarlo en McAllen a una tienda donde venden ropa idéntica a la de Steve Austin, quien en ese momento le arranca un brazo al gigante. Por alguna extraña razón se quema y sale humo. El gigante regresa, se lo arrebató y corre con el brazo arrancado en la mano que le queda. Steve Austin lo persigue en cámara lenta. Román y Javier, que ya son mejores amigos, se acuestan en los sillones.

Los días pasan a toda velocidad. Román visita las huertas de naranjos y los ranchos de caballos de los Treviño. En un speedo, la burla de sus primos en bermudas, aprende a lanzarse en la corriente del río y a esquivar las piedras. Con la ayuda de Horacio, el hermano mayor de Javier, monta a caballo como si lo hubiera hecho toda su vida. Finalmente va al hospital y conoce al abuelo Nemesio.

Román entra al cuarto con sus tías. Ve a un anciano encogido en la enorme cama hospitalaria quien al verlo mastica susurros ininteligibles. Román, preocupado de que no le entienda,

lentamente le dice su nombre. Le explica que es hijo de Águeda. Román, murmura el anciano, antes de ponerse los dientes postizos hundidos en un vaso sobre el buró. Tienes los mismos ojos que tu papá. ¿Lo conoce? Hasta el abuelo se ríe. Fueron a la boda a México.

Regresa al hospital cada vez que puede. Ahí desfilan primos y los otros cuatro tíos. Algunas tardes hay tanta gente que se organiza una fiesta en la sala de espera. Conviven con los acompañantes de otros enfermos de cáncer. Con la generosidad que surge en situaciones extremas, comparten abanicos, comida, bebida, cigarros. Román se entera de que el abuelo tuvo cáncer de colon y le hicieron una colostomía. Defeca en una bolsita, pero en la siguiente operación le unirán, otra vez, el intestino. Todos los tíos critican a Águeda por no venir a visitar a su padre. Román escucha sorprendido las diferentes teorías sobre la ausencia de su madre en Monterrey: todas parten del amor posesivo de un esposo que no quiere compartirla con su padre. No puede decirles la verdad, que sus padres llevan distanciados muchos años, que Águeda pasa sus días en el desamor. Le sorprende que los cinco hermanos recuerden a su mamá como una niña sencilla, adaptable, simpática.

Román le platica al abuelo Nemesio de Francisco, de su escuela. Él le cuenta que quisiera ver a su única hija, la extraña hace 15 años. Tu tocayo, le dice, me robó a mi niña. El abuelo piensa que Águeda es muy feliz con su esposo, que por eso no lo visita. El nieto le explica que está un poco enferma.

Cuando regrese a su casa, Román tratará de contarle a su mamá sobre el abuelo. Quisiera convencerla de que lo vaya a ver, ella no lo dejará ni hablar. Como siempre le dolerá la

cabeza. Él no logrará explicarle a Francisco el shock de que su mamá para sus hermanos y su padre sea otra persona. Con los años se distanciará de esas semanas, olvidará a los Treviño. Sólo unos cuantos recuerdos lo acompañarán. Después de Monterrey, lo definitivo será la separación de su madre, nunca más volverá a defenderla.

Una semana después de su llegada, ven el siguiente episodio de *El hombre nuclear*. Román no pone atención, quiere platicar con Javi, pero los rodean varios primos. Aumenta el calor con tantos jóvenes amontonados sobre la tela brillante. Román mira las imágenes sin seguir el argumento. Steve Austin en shorts, calcetas y tenis, sin camiseta, luce la fuerza de su estómago, mientras corre en el lecho seco de un río. Pasan minutos en la velocidad de la cámara lenta. Román ignora que muchos años después, uno de los recuerdos más intensos de ese verano serán las calcetas blancas del hombre nuclear.

Está distraído porque unas horas antes Javier lo llevó a Montemorelos, el pueblo de las huertas de naranjos. Entraron a una casa rosa, muy sencilla y Javi lo empujó a uno de los cuartos. Ahí, Román encontró a una joven sentada sobre una cama matrimonial. Era alta, blanca, con un cuerpo muy agradable y unos ojos negros que se esforzaban por mirar a otro lado. Sin preámbulos se desnudó, se acostó de espaldas sobre la cama, abrió las piernas y permitió todo. Él terminó su primera relación sexual en un minuto. No hubo posiciones difíciles, contorciones para lograr el disfrute, nada. Javi, quien jadeó felizmente en el cuarto de junto con otra joven casi idéntica, salió de ahí tranquilo, como si visitara la casa continuamente. En la camioneta le explicó que las dos jóvenes eran mujeres del pueblo que antes

de casarse ganaban un poco de dinero siendo novias fijas, sólo adentro de esa casa, de algunos de los Treviño. Era un buen arreglo para todos, así ellos no tenían que ir con prostitutas.

Esa noche, Román se confunde en su madurez con Steve Austin. Si pudiera correr tan rápido como el hombre biónico iría a platicar con Angélica. Como no sabe su nombre, así la bautiza, Angélica. Quiere que termine el programa para pedirle a Javi que lo lleve a Montemorelos. Su primo, amable, se burlará de su obsesión y le explicará que no pueden ir diario y menos a platicar.

Por la distancia, por la novedad, por su inocencia, Román amará intensamente a la falsa Angélica. Lo invadirá la sensación de ser capaz de morir por ella. Su fantasía será que ella quiere liberarse del contrato feudal que la obliga a acostarse con los primos. Lo ama sólo a él. Román, transformado en un *Six Million Dollar Man* defeño, enamorado de la princesa muda de un pueblo neolonés, luchará por su libertad. En la Ciudad de México todavía escuchará durante varios meses “Make It With You”, pensando en ella.

Compra el disco de Bread, *On the Waters*, el fin de semana que lo llevan a McAllen. A sus primos les da tanta risa que escuche música de mujer que cada vez que pasan junto a él entonan: *I want to make it with you*. Román tiene que esperar hasta que regrese a su propia recámara, con su tornamesa, para disfrutarlo.

Javi cumple su promesa y lo lleva a la tienda donde venden camisas entalladas, pantalones acampanados y pants como los del hombre biónico. A Francisco le compra lo mismo, pero de otros colores. Los hermanos pasarán el resto del verano

viendo la tele mientras comen los kilos de dulces que Román consiguió en Estados Unidos.

Hoy, Román quisiera platicar con sus hijas de cuando conoció a los Treviño. Le gustaría poder transmitirles lo que significó. Como su mamá, ha guardado silencio y ellas no saben que una parte de su origen, aunque sea minúscula, está en Nuevo León. Ni siquiera a Claudia le ha contado sobre esas semanas que lo marcaron para siempre. El origen de su madre se convirtió en un secreto involuntario. Unos cuantos días de su vida esperan latentes a ser nombrados.

Tres veces más verá *El hombre nuclear* con los primos. Dos veces visitará a Angélica. La última tarde se despedirá del abuelo, lo abrazará y prometerá volver. Seis meses después el abuelo Nemesio morirá en la operación para revertir la colostomía. Águeda no irá a Monterrey: ese fin de semana tendrá una cena en su casa y una migraña que no le permitirá el viaje.

En el aeropuerto de la Ciudad de México aterriza un Román que ha dejado atrás la niñez. Lo recogen su papá y Francisco porque su mamá está demasiado enferma.

La música de un anuncio de pastillas adelgazantes es tan fuerte que Román le baja el volumen a la televisión.

—Me atreví —dice Román—. ¿Cómo ven? Lo importante es que somos Fuentes, la realeza del Distrito Federal.

—¿Y ahora qué? —contesta Francisco—. Tendría que perseguirla, la dejamos irse.

—Odio esa obsesión de ser Fuentes, no significa nada. Nunca te he contado —le dice Román a Claudia—, que cuando tenía 16 años me mandó a Monterrey en su representación porque ella no quería ver a su papá moribundo. Conocí a los Treviño, su verdadera familia.

— ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Sentí que era un secreto. Imagínate, mi mamá no fue al entierro de su papá. Al entierro del abuelo que conocí en esas vacaciones.

—¿Por qué no iría? —pregunta Francisco.

—No sé, no creo que haya tenido ningún problema concreto con su papá. Es como si quisiera ser de otra familia. Le pregunté varias veces, siempre cambió el tema.

—No los invitó a nuestra boda —interviene Claudia.

—Ni a la mía —dice Francisco.

—Lo bueno de casarte por segunda vez es que ahora los puedes invitar tú —dice Román.

Se oyen los pasos de la sirvienta en la escalera antes de que se asome.

—Señora Claudia, doña Águeda salió corriendo. No supe qué hacer, creo que lloraba, prefiero avisarle.

—Gracias, Mari.

—¡Se fue llorando! —dice Francisco.

—Se la buscó —contesta Román mientras le sube el volumen a la televisión.

—Creo que de todas formas alguien la debió de haber acompañado —dice Claudia.

En la televisión transcurre una de las escenas iniciales del asalto al banco. Es cuando el ladrón amarra lentamente a los rehenes.

—Ya volvió a empezar su programa.

Claudia ríe y abraza a su esposo.

—Mamá se fue llorando —insiste Francisco.

—Tiene razones para llorar —contesta Román con dureza.

—Ni modo, su mamá llora casi diario —interviene Claudia—. Cuéntame del viaje a Monterrey.

—Fue emocionante. Conocí primos y tíos, pude platicar con el abuelo Nemesio que yo ni siquiera sabía que existía. Me trataron muy bien.

—Además perdió la virginidad —interrumpe Francisco.

—¿Angélica fue en Monterrey?

—Exacto —contesta Román quien sólo le ha contado esa parte de la historia.

—Se la pasó padrísimo. Me daba tanta envidia que tú sí los conocieras —le dice Francisco a Román.

—¿Qué escondería tu mamá?

—Que tenía pasado, que su familia era normal, que no eran elegantes. En realidad, nada.

—¿Javier es de los Treviño?

—Vino a México hace como diez años con su esposa Marta —le cuenta Román a Francisco—. Mamá no quiso verlo. Como siempre, dijo que estaba enferma.

—No me acuerdo.

—Estabas en alguna clínica.

—Tendríamos que ir a Monterrey —dice Claudia.

—Es un pasado demasiado lejano.

—Hay que llamar a mamá —interrumpe Francisco nervioso—. Le dijiste que era drogadicto.

Claudia se para con dificultades, está a punto de caerse, y se cambia al sillón en el que está Francisco sentado. Mira a Román antes de hablar.

—Tienes que arreglar tu vida. Tu mamá sabe la verdad y prefiere irse. Ese es su problema.

—Olvídate de mamá —agrega Román.

Román y Francisco se encuentran continuamente en fiestas y discotecas. Esa noche, los dos están en un baile en casa de una de sus vecinas. A Román lo acompaña Rocío, la única novia que le gustó a su mamá. Su hermano baila, feliz, con una amiga de la anfitriona, una joven con 20 kilos de sobrepeso. Francisco y su amiga toman y toman y toman. Se emborrachan tanto que se acarician y besan escandalosamente en la pista, se tambalean sobre las otras parejas que ya no pueden bailar y mejor se sientan. Todos los observan. Muchos saben de la relación con Graciela.

Román escucha las palabras de su madre. Esa mujer te conviene, esa no, asistir al compromiso es lo correcto, faltar es incorrecto. Se cansa de escucharla. Su mamá es inflexible, nunca hay más que una sola opción. Siempre la suya. Control, control, control. Todo y todos bajo su control. Hasta que la tumba el dolor de cabeza y el abandono de la causa se convierte en obligatorio. Llega la siguiente inyección de energía y la historia se repite. Desde el principio, Graciela fue para ella la novia correcta, presionó a Francisco para que la conservara. Román recuerda a su hermano siempre con ella.

Francisco cumple al tener una novia formal y llevarla a los compromisos familiares, pero Román se lo encuentra acompañado de todo tipo de mujeres: jóvenes y maduras, guapas y feas, casi siempre muy incorrectas. Román no critica. Él también se divierte, huye de la presión familiar.

Esa madrugada Román habla con él: mezcló estrepitosamente sus dos mundos. Con esa borrachera, con el espectáculo grotesco, cruzó una frontera. Lo encierra en la sala de tele, sube el volumen para que nadie los escuche. Le pregunta por qué le gusta fajar públicamente con una mujer que no es su novia a la que, además, le sobran 20 kilos. Francisco no ve el problema. Aunque Graciela se entere, no va a hacer nada. Lo hace por lo obvio, las lonjas y las chichis gigantes son deliciosas. Román cree que es una broma, pero su hermano le sigue explicando con toda seriedad. Le fascinan sus ganas de que él la quiera, el amor de una gorda es lo máximo, no te lo pierdas, le dice. Le gustan las mujeres bellas, pero también todas las demás. Insiste, si una mujer fuera coja, me gustaría por eso. ¿Por qué fijarse en detalles irrelevantes? No es como si fuera a casarse con alguna de ellas.

Román se atreve a preguntar si ya tuvo relaciones con Graciela. Francisco responde que no le interesa acostarse con ella. Además, le aterroriza que su mamá se entere. Le platica que un día le desabrochó la blusa y encontró, en vez de brasier, una armadura de costuras color carne de un poliéster que sacaba chispas. Se ríe cuando le cuenta que le propuso usar uno negro, más sexy, y ella se enojó. A Román no le gusta escuchar esas confesiones. Comprende que no se quiera acostar con su novia, pero no que le resulte tan desagradable. Entenderá menos cuan-

do Francisco, instalado en la distancia y en la frialdad, se case con ella. Siempre hablará mal de Graciela. ¿Por qué pagaría su hermano un precio tan alto? Ni siquiera con ese sacrificio hizo feliz a su mamá.

Román siempre supo que su hermano prefería mujeres que jugaran a arriesgarse en el reventón, que su corazón buscaría siempre la intensidad. Pasarán unos años y Francisco engañará a Graciela con Ana. Hoy, Román piensa que Ana fue el amor de su vida. Haberla perdido, la razón de tanta violencia y autodestrucción en la vida de Francisco.

En mayo de 1985 los padres de Román viajan a Europa. El señor Fuentes acepta lo que nunca había querido: convivir un mes completo con su esposa. Mientras que para su mamá fue el viaje más maravilloso de su vida, para su papá fue difícil. Le platica a su hijo que en cada ciudad conocen a un doctor, cada vez para una dolencia distinta.

La otra historia es la que narrarían los que se quedaron en la casa de San Ángel. Ana, la otra, la que no es novia de Francisco, vive un mes con ellos. Con la convivencia, Román la conoce. Es chilena y le recuerda a Madonna. Usa el pelo rubio largo y esponjado con rayos casi blancos y pulseras, collares y aretes con motivos religiosos. Su color es el negro total. La pieza de su vestuario más notoria, el brasier que asoma por los calados y escotes de sus vestidos y blusas. Usa chalecos y chamarras de cuero y medias con bordados que parecen tatuajes. Se pinta los labios de rojo y rodea sus ojos verdes con delineador y espesa sombra negra. Es delgada y voluptuosa.

Parece que Ana no tiene pasado, familia o amigos, pues se adapta sin problema a los horarios de Francisco. En esa época de centralismo telefónico, no recibe llamadas. Todo el día está con él, aunque insista que está ocupadísima y sólo desaparezca los domingos que Francisco coma con la familia de su novia. Ana estudia sociología, pero casi no va a la universidad. Su actividad principal, se supone que es organizar los compromisos de un grupo de rock que ese mes olvida. Poco tiempo después, cuando acepte que Francisco nunca va a dejar a Graciela, se casará con el cantante del grupo.

Ana y Francisco pasan las tardes sudando bajo una cobija en el cuarto de la tele. Él no la puede dejar de tocar, sus manos se escabullen bajo su ropa. Román está seguro que veían hora tras hora *La isla de la fantasía*. Debe ser un falso recuerdo porque en esos años todavía no existían los DVD's con temporadas completas, ni los maratones. El televidente se encontraba a expensas de lo que pasaran. Además, hubiera sido un programa muy infantil para una pareja como ellos. Sin embargo, en la memoria de Román, la voz chillante y doblada del pequeño Tatú avisando que llega el avión se mezcla con la imagen de las piernas que Ana le enseña acostada sobre el sillón.

A Román ella le fascina. No le enoja que su hermano se la haya ganado, sino que sea tan estúpido como para seguir con Graciela. Ya no quiere verlos juntos, así que deja de ver la tele. Diario, huye de su casa. En la noche, cuando regresa, están encerrados en la recámara de Francisco, escondidos por el volumen extremoso, que nada esconde, de "Life on Mars" de David Bowie.

Francisco no la ha vuelto a ver e insiste que ya no la recuerda. Román está seguro que miente. Nunca le contó a su hermano que se sentó junto a ella en un avión. Todavía es rubia y usa el negro intenso, le volvió a encantar. Platicaron, se pusieron al día, sigue casada con el roquero. Logró lo que quería: producir anuncios de televisión.

Lo curioso es que, hoy, Ana sería feliz de ver el maratón de *Punto muerto*. Ella defendería con Claudia y su hermano lo inteligente del argumento de *Lost*. Han pasado los años y todavía Francisco y Ana tienen los mismos gustos.

Esa tarde de sábado frente a la televisión, Román se da cuenta de lo obvio: que con ella su hermano pasó de la mariguana a la coca. Recuerda a Francisco y a Ana, casi desnudos en el calor de mayo, siempre despiertos y de buen humor.

No le gusta ser una persona que necesite que pasen más de 25 años para ver la realidad. ¿Será tan ciego como su mamá? A ese ritmo, pasará un cuarto de siglo hasta que entienda lo que sucede frente a *Punto muerto*. Entonces, quizás verá a Claudia como una mujer que es más que su esposa y la madre de sus hijas, comprenderá la tristeza solitaria de su madre y la desesperación de Francisco.

¿Por qué se perdió su hermano? Esconde un miedo que no le permite moverse. Amó a Ana, pero nunca se atrevió a cortar con Graciela, a separarse de su madre. ¿Por qué ella ejercerá tanto poder sobre él? Su padre es el que lo mantiene y él lo juzga menos y no le pide sacrificios a cambio. Es cierto que tampoco lo defendió nunca frente a su esposa. ¿Será porque fue el menor? ¿Por qué no la conoció antes de que se volviera una mujer triste? Román no puede responder a esas preguntas.

Él también tuvo una novia fresca y tampoco trató de acostarse con ella. Duraron pocos meses. Hoy, Román duda, ¿por qué querría Rocío vivir limitada? Esas mujeres supuestamente vírgenes, ¿no serían idénticas a ellos? La falsa Angélica de Montemorelos engañaba al novio formal con su virtud y cobraba por acostarse con los primos. Rocío, ¿se acostaría con todos menos con él?

Con Claudia conoció la intensidad que se activa con una mirada. Desde el primer día la quería, aunque fuera distante y difícil. La persiguió durante meses, sin preguntar nada, oprimido por el miedo a perderla.

Sentado junto a su esposa frente a *Punto muerto*, encuentra el recuerdo matizado de su obsesión. Román ha estado con otras mujeres, ha alimentado el deseo durante las semanas que dura la cacería, ha disfrutado huir a otros mundos. Aunque le sigue interesando lo desconocido, hoy es feliz con Claudia viendo la tele. Tan feliz como al principio, pero tranquilo, seguro.

Francisco no tiene nada. Román siente dolor al recordarlo entregado a su amor por Ana. Sólo para, después, casarse con una joven estirada y rígida que tampoco es culpable de que ellos hayan tenido una mamá que nunca pudo quererlos. Su pobre mamá. Atrapada en el miedo a que no la quieran. En buscar, buscar y no encontrar. ¿A quién le da cada quien su amor? Él se casó con Claudia porque la amaba, como Francisco a Ana. Aunque fuera inconveniente.

Extraña a la mamá que nunca tuvo. Control, control, control. Nadie la obedecerá nunca lo suficiente. No importa cuánto los torture, cuánto los someta. Nada. Ella espera tanto que sólo la toca el desamor.

El vidrio los refleja azules y ojerosos. Acaba la tarde y afuera los pájaros cantan. Claudia se sostiene en los muebles tratando de llegar a la ventana. Hace mucho ruido cuando cierra las persianas.

—¡Cómo nos comportamos sin la vigilancia de nuestras hijas! —dice dándole un trago al tequila.

—El día que estamos solos, nos emborrachamos —se ríe Román.

—El único en sus cinco soy yo, el drogadicto.

—Por ti se nos apareció mamá —le reclama Román—. Yo también voy a tener un problema con ella, por explicarle la realidad.

—A ti no te afecta.

—Tienes razón, me da igual —piensa unos segundos—, nos la hemos pasado recibiendo invitados. A la hora de la comida Claudia sufría porque estábamos solos.

—Hace tanto tiempo de eso. Ya se me está olvidando que vino Diego a convencernos que ha encontrado el verdadero amor.

—Ténganle paciencia. A ustedes les parece fácil porque tienen la suerte de estar juntos.

Se escuchan gritos. Ven un *close up* de la abogada. Es uno de los *flashforwards*. Se lee en las pancartas que ella compete para ser fiscal de distrito. Hay imágenes de los rehenes que aplauden. Mediáticamente están frente al banco en el que pasaron juntos tantas horas. Los rodean cámaras de televisión.

—El chiste —explica Claudia—, es que el fiscal de distrito que se quería reelegir era su horrible novio. Él que la dominaba.

—Muy interesante —se burla Román.

Cuando termina la escena comienza un anuncio de otra dieta milagrosa narrado con acento venezolano.

—Es interesante. Eso que vimos pasa varios meses después y ya todos andan con alguien nuevo que conocieron gracias al asalto.

—Todos son tan felices. ¡Qué envidia! —sonríe Francisco.

—¿Qué tal su mamá con *Punto muerto*? —ríe Claudia—. Aprovechó para insultarme un poco.

—¡Como a ella no le gusta la tele! Ve telenovelas a escondidas —dice Román.

Se escucha el timbre del teléfono.

—Hoy sí que ha sonado. ¿Román, contestarías?

—Bueno... ¿Qué pasó Ximena? Contéstame...

Cuando escucha ese “Paaaa” tan largo, Román imagina accidentes, secuestros. Todavía no se acostumbra a que ese sea su estilo telefónico.

—No te entiendo... Es Ximena —le explica a su esposa—, ahora platica con alguien que está junto.

—Siempre hace eso —le dice Claudia a Francisco—. Nos llama y parece que está muy angustiada: Oigo uno de esos maaaaa y muero del susto, después ella se distrae con lo que está pasando alrededor.

Román escucha a su hija por el teléfono. Tapa el auricular con la mano.

—Quiere que vayamos por ella a Cuernavaca. Le duele el estómago.

—Déjame hablar con ella... ¿Qué pasa, hijita?... Aguántate, al rato se te pasa... Estamos con el tío Francisco. Vinieron la abuela y el tío Diego... Mira, nos hablas en media hora y de-

cidimos... Acuérdate que quedamos de que esta vez no íbamos a ir por ti —Claudia voltea a ver a Román que le hace señas de que quiere el teléfono—. Te paso a tu papá. Nos llamas en media hora. No se te vaya a olvidar si ya te sientes bien.

—Xime, si te sigues sintiendo mal en media hora, yo voy por ti —le dice Román.

—Carmen, nos suben por favor agua y café —pide Claudia por el interfón—. Para ir a Cuernavaca, necesitamos bajárnosla. Siempre te convence...

—Padres que se comportan como tapetes —se burla Francisco.

—¿Cómo?

—Los papás nos aventamos como un tapete al suelo para que nos pisen. Queremos que nos quieran. A todo les decimos que sí.

—Nosotros sí practicamos el tapetismo —se ríe Claudia—. Ximena lo espera en todo momento. Se va a algún lado y después se arrepiente. Tiene 15 años y lo sigue haciendo. Quedamos que esta vez se iba a quedar el fin de semana completo.

—¿Y Águeda?

—Ella no se acuerda ni de hablar por teléfono —dice Román—. Otra personalidad. Totalmente diferente. ¿Te habló cuando llegó a Valle de Bravo?

—No, ¿a ti? —lo molesta Claudia—. ¿Cómo eran tus hijos, Francisco?

—No sé. Tendríamos que preguntarle a Graciela.

Punto muerto transcurre otra vez en el banco. El presente del que arrancan todas las historias, ya sean pasadas o futuras.

El equipo SWAT intenta entrar al banco. El ladrón dispara al aire. Se retiran.

—Nunca va a terminar —dice Román.

—Ese es justo el problema —contesta Claudia—. Si no suben los ratings, el próximo episodio sería el final. ¿Tú viste el de la mesera?

—No me acuerdo —responde Francisco.

—Yo no.

La sirvienta entra al cuarto con una bandeja. La pone en la mesa de servicio.

—Nos sirves por fa tres cafés. Déjalos en la bandeja, ahorita nosotros los tomamos.

Los integrantes del equipo de SWAT rodean el banco. En el edificio de enfrente, sus jefes discuten un nuevo acercamiento.

Claudia le echa varias cucharadas de azúcar a su café.

—Bien dulce —dice dándole un trago—. Vengan por su café, si se los pasara se los tiraría encima.

—No, gracias, cuñada.

—Yo aunque no quiera. Si Ximena se sigue sintiendo mal, tendré que manejar —dice Román—. ¿Te has aburrido en este sábado tan solitario?

—Nada.

—Voy con Graciela —dice apesadumbrado Francisco.

Se para del sillón y camina alrededor de ellos. Angustiado pasa las manos por su cabello. Suspira.

—Tengo que explicarle lo que está pasando con mamá.

—Vas a hacer lo que quieras, pero por favor piénsalo —dice Román observándolo preocupado.

—Cuñado, quédate otro rato, estás confundido —dice ella que no quiere dejarlo ir—. Quédate a ver *Punto muerto*.

—No puedo, Claudia. Necesito saber que Graciela me apoyará.

Román se levanta del sillón.

—Te acompaño a la puerta.

CAPÍTULO 7

“Siempre fueron rehenes.”

Anuncio del programa Punto muerto.

Claudia suspira y le da el último trago al café. Los fantasmas de Francisco se han ido con él. Se sirve otro vaso de agua, lo toma lentamente. Tanto tequila le dio mucha sed. En la pantalla, el detective y la abogada cenan en un lujoso restaurante. Felices, brindan con champaña. Se besan. Celebran que será la nueva fiscal de distrito tras arrollar en la elección al ex novio.

Escucha a Román subir la escalera y entrar a la recámara. Abre el último mensaje de Sergio, lo lee: *Laura sospecha*. Lee el nombre de la esposa de su amante. Ella lo llamó en sábado y ahora él invita a su esposa a la conversación. Rápidamente escribe: *No quiero verte. NUNCA*.

Después de enviar el mensaje de texto, cambia su visión de la relación. No entiende por qué fueron amantes tanto tiempo, tantos miércoles.

En un instante es otra vez miércoles. Es como si las otras mañanas, cuando sí está con sus hijas, no existieran. Claudia está preparada: la videocasetera graba rítmica y religiosamente *All My Children*. Se despide de Ximena y Águeda que, sumergidas en el mundo de *La sirenita*, no le contestan.

Llega al hotel unos minutos antes de la cita. Los empleados la saludan con entusiasmo, ¿se habrán dicho hola 100 veces? Gracias a las buenas propinas de Sergio, el recepcionista

les da siempre el mismo cuarto. Todos son idénticos, pero ella prefiere el suyo, dice que está más limpio.

Entre paredes y cortinas color crema, se acuesta sobre la colcha verde y enciende la televisión. Abraza unos minutos la soledad. Disfruta de la ausencia de su amante, el cariño semanal garantizado. Claudia repite, su amante. Le gusta nombrarlo —amante— aunque no haya nadie más lejano a lo que describe esa palabra que él. Es demasiado conocido, una especie de pariente. Un pariente incestuoso. Apaga la televisión cuando escucha que gira la llave en la cerradura.

Lo nota envejecido, como si en una semana hubiera perdido cabello. El poco que le queda, se ve reseco. ¿Ya no vas a usar lentes de contacto? No le dice que el aumento de los vidrios de sus anteojos empequeñece aún más su mirada.

Sergio se acerca y la envuelve en sus brazos. La sostiene. Tengo que apagar el celular, casi no he trabajado, no hago nada bien, odio mi cuerpo, él engordó, estoy panzona, debo de acordarme de decirle a Lucy que Águeda no puede tomar leche. Su abrazo le da paz y poco a poco elimina el ruido.

Lo huele. Sergio siempre huele delicioso. Con cuidado la desviste, la dirige hacia la cama. Ella lo espera desnuda. Él es torpe. Con trabajos se quita el pantalón. La abraza y la moja con sus besos. Quisiera que Román se acostara con ella. Sus labios con los de ella son dos piezas de un rompecabezas. Sus lenguas bailan, con él la saliva no existe. Su olor es ella. Imagina el cuerpo sólido de su marido, ese cuerpo que ya no la desea. Le pasa siempre, hace el amor con Sergio y acaricia a un Román imaginario. El real es ausencia, no lo puede tocar. Es Sergio el que está acostado junto a ella, preocupado por su orgasmo. Ese

orgasmo al que persigue con palabras. Con Román el placer la invadía, la abría, la arrancaba hasta los confines del universo. Con Sergio aprende a fingir cada vez mejor. Gime. La excita ese eco sexual que inventa. Sergio se viene y ella lo acompaña. Después platican. Ximena estuvo enferma, la llevé al pediatra, él le acaricia suavemente los pechos. Águeda comenzó a caminar, su mano sobre el estómago, la persigo todo el día, le acaricia la espalda, Ximena está celosa, toca sus nalgas. Claudia se arquea. Suspira.

Claudia impone reglas: el encierro, el orden de la cita semanal. Él quisiera salir a comer, a comprar libros, a caminar al parque. Quisiera hablarle por teléfono cuando se le antoje, como si fueran solteros, como cuando ella era su alumna. Laura, su esposa, la que hoy sospecha, nunca se enteró cuando la presumía en reuniones sociales como si él no estuviera casado.

Sergio sufre el encierro en el cuarto cremoso. Ni modo, te gusta acostarte conmigo, vamos al Four Seasons, seguro está más bonito y es más espacioso. Él odiará cada día más el hotel de paso y conseguirá un departamento. Disminuirá su energía, desaparecerán las otras mujeres de las conversaciones. Desde entonces, trae libros y revistas que discuten. Llega el día que llevan sus computadoras. Claudia se actualiza, pierde el miedo de trabajar. Él se enoja cuando ella se inscribe a una maestría en comunicación. Tendría la obligación de estudiar historia, trabajar con él, ser un poco más suya.

Hoy, es la primera vez que le dice a Sergio que no lo quiere ver. Claudia está cruda, toma más agua. Extraña la borra-

chera, la compañía de Diego y Francisco, el sábado que no estuvieron solos.

Falta únicamente una escena de ese episodio de *Punto muerto* que le ha parecido eterno. Van muchos minutos de anuncios, repetidos, son los mismos en cada corte. Está cansada, quiere que comience el último, el que no ha visto.

¿Tendría que mandarle a Sergio otro mensaje? No se decide, quiere olvidarlo. ¿Por qué escribir el nombre de la esposa en un mensaje? No entiende, lo necesita a él para interpretar lo que sucede.

Muda, se ahoga en palabras. La pérdida le duele, le recuerda a la muerte de su madre. Con esa muerte perdió la incondicionalidad, se escapó su origen. ¡Tantas conversaciones que nunca empezaron! Claudia extraña a Larisa.

La noche huele a verano. Ximena y Águeda al fin logran salir del coche y corren hacia los árboles. Gritan estridentemente. Pasaron el día encerradas en aviones, aeropuertos y coches. Persiguen a las luciérnagas que fugazmente las iluminan. Entre risas, llaman a su madre, Claudia se acerca, les dice que no corran, que no griten. Se mantienen inmóviles y ella rápidamente atrapa una. Se la entrega a Ximena. Le pide que se la enseñe a Águeda, que no importa si se escapa o muere aplastada. Les prometo ayudarles mañana. Soy buenísima para atrapar luciérnagas, tan buena que el tío Diego se enojaba. Llené muchos frascos, tuve muchas linternas. Les oculta el fracaso. No les dice que los insectos sobreviven el encierro, pero nunca más se encienden. Luz oscura. Le falta, todavía, sacar las maletas de la cajuela.

Entre luciérnagas, extraña más a su esposo. No quiso viajar con ellas. Le pidió a Claudia el itinerario y ella le dio un folleto arrugado del acuario de Baltimore. Como si quisiera truncar la vacación idílica con su mamá, insistió que hasta Águeda se aburriría de pasar días y días en el mismo lugar. Decía que tantas semanas sin planes concretos eran una locura. Ella sentía que le iba a faltar tiempo para asar carne en el jardín y andar en bicicleta. La solución de Román era pasar varios días en Washington, ir a los museos, a la Casa Blanca. Solos, los cuatro. Ella no quiso, se enojó: le bastaba el olor a campo domesticado, a calor húmedo que hizo feliz su infancia. Román se rió, te vas a aburrir en la casa de una anciana. Mientras Claudia saca maletas de la cajuela piensa que ella se equivocó: cuatro semanas con Larisa y su familia sí es demasiado.

Cuando era niña, Claudia pasaba ocho semanas en Maryland. Viajaba con su mamá y con Diego. Su papá conoció Baltimore una vez, antes de casarse con Larisa. Nunca regresó. Manuel Bilbao repetía lo mismo cada verano que se despedían. Los gringos dominan al mundo y ustedes, subyugados, van y gastan. Para que no compren nada no les doy dinero. ¿Qué chiste tiene la ropa gringa? Lo hecho en México está bien hecho. Esa casa está junto a Washington, si Moscú lanza un misil, morirán. Mexicanos pendejos procapitalistas. Si nos sobra el dinero, viajemos a la Unión Soviética, conozcamos Cuba, apoyemos a Fidel. Qué importa que nos sellen el pasaporte. Sólo nos falta obedecer a los gringos. Si no nos permiten entrar a Estados Unidos, mejor.

Su mamá le contó que la única vez que su esposo fue a Baltimore sufrió un ataque de pánico en el avión: le aterrori-

zaba volar. De regreso, Larisa lo llenó de pastillas, lo durmió y lo bajó en silla de ruedas en la Ciudad de México. Como le encantaba viajar sola, lo dejó criticar a los gringos, ponerlos como excusa. Cada verano, entraba a la casa de la abuela Úrsula y rejuvenecía. Aparecían personajes de su pasado: la visitaban cuáqueros pacifistas, hippies eternos. Como si fuera un secreto, ella nunca le platicó a su papá.

A Claudia la sorprendió la nostalgia. Omitió el paso del tiempo y no calculó que estaría rodeada de ancianos. Fue una caricatura del pasado, cuando en el aeropuerto de Washington, las recogieron la abuela Úrsula, Larisa y el tío Alfred. Como la abuela apenas podía caminar, además de cargar las maletas tuvieron que ayudarla. No aceptó que la llevaran en un carrito o que les prestaran una silla de ruedas. Claudia se tardó en entender que su tío Alfred, que casi no veía, era el único que manejaba y lo hacía pésimo. Era lento y se cambiaba de carril continuamente, los otros autos les tocaban el claxon y les echaban las luces encima. Se molestó con su mamá, era ridículo que trajera a toda la familia en un coche de cinco plazas y no se le hubiera ocurrido que si venían a pasar todo el verano traerían más de una maleta. Pasó la hora del trayecto a Baltimore furiosa consigo misma, apretada y con Águeda encima. Mejor rentará un coche. Su única esperanza es que, como ella, sus hijas adoren la campiña de Maryland.

Atrás de varios fresnos y maples paralizados por la falta de viento veraniego, la casa de los abuelos sí resiste el paso del tiempo. La piedra y el estuco están hechos para durar siempre. El deterioro sólo se nota en la madera, barnizada de verde, que rodea las ventanas y las puertas.

Los abuelos la rentaron cuando llegaron de Alemania a principios de la década de los treinta. Era barata porque el techo del segundo piso dejaba pasar la lluvia. Varios años después la compraron. Vivieron una eternidad en medio de una remodelación interminable. El suburbio de principios de siglo nunca perdió su prestigio y hoy preciosos jardines y casas impecables la rodean.

Claudia sube lentamente la escalera principal detrás de su mamá y de la abuela. Sí huele a verano. El tío Alfred arrastra ruidosamente una de las maletas y ella tiene que subir, otra vez, con la tercera. Adentro, la recibe el olor que recuerda: una mezcla de humedad, comida y madera. En la sala amplia, con tres ventanas adornadas por un sauce llorón, están los mismos muebles. El sol se ha comido la tela de los sillones y ha devorado la luminosidad de los cuadros. En las mesas crecen las pilas de revistas y periódicos. Cobijas de diferentes estilos cubren los lugares donde el tapiz se ha desgastado. Las niñas se emocionan cuando descubren una vieja gata que se deja acariciar, pero no voltea a verlas. En el centro brilla una enorme televisión.

Ayer la compré para que todas veamos *All My Children*, dice Larisa. Hace mucho calor, contesta Claudia, ¿no sirve el aire acondicionado? Tu abuela está obsesionada con ahorrar dinero y casi no lo prende, susurra su mamá. No nos deja cambiar ni los tapices de los sillones rotos de la sala. No le avisé cuando compré la televisión. Está feliz aunque no lo diga.

Las niñas corren por el comedor excitadas. Encuentran las fotos del tío Diego y su mamá de niños, muy peinados, frente a la pequeña casa de la colonia Narvarte donde todavía vive su abuela. Desaparecen. Claudia oye que suben las escaleras y

se asoman por los balcones. Bajan gritando. Queremos nadar. La abuela Úrsula les promete nadar con ellas al día siguiente.

El tío Alfred intenta ayudar a Claudia a subir las maletas al segundo piso. Ella y las niñas se quedarán en las habitaciones donde, hace 40 años, él tenía su recámara y su estudio. En esa sección de la casa sí está prendido el aire acondicionado. La temperatura es perfecta. La ropa de cama es nueva. El clóset y los cajones, muy limpios, vacíos, esperan su llegada. Nota el sello de su madre quien llegó varias semanas antes para preparar la casa. Se asoma al baño. Lo han remodelado desde la última vez que vino. Es demasiado amarillo, pero está perfecto. Sonríe cuando ve las toallas nuevas, esponjadas, en una pila sobre un banco junto a la tina.

En la cocina, Larisa les prepara un sandwich a las niñas. Ella acepta uno. Con su espeso acento alemán la abuela Úrsula le platica novedades de primos que ella apenas recuerda. Claudia quisiera platicar con ella, conocer su historia, disfrutar sus recuerdos.

Las tres viajeras están cansadas, despegaron muy temprano de la Ciudad de México. Claudia no se puede quejar, sus hijas se portaron muy bien en el avión. Águeda, en medio de las dos sacaba ordenadamente de su mochila crayolas, libros para iluminar, su walkman. En el instante que terminaba de usar algo, lo volvía a guardar. Ximena, sentada junto a la ventana, desde los primeros minutos estuvo rodeada de libros, comida, y lápices que cuando se movía caían al suelo. Disfrutó del paisaje en medio de una nube de preocupaciones, preguntó qué pasaría si caían sobre la montaña, si serviría el salvavidas si se desplomaban sobre el mar. Cuando llovió se le ocurrió que el

avión se partiría en dos si lo alcanzaba un rayo. Dos veces investigó qué iban a hacer si la abuela Larisa olvidaba recogerlas en Washington.

Claudia saca las pijamas de la maleta y se las lleva a sus hijas. Las encuentra dormidas sobre la misma cama. Apaga la luz.

Llama por teléfono a Román. Oye su voz y se relaja. Miente, estoy feliz, pero sí me encantaría viajar contigo. Quiero ir a Nueva York con las niñas. Juntos imaginan el primer encuentro de sus hijas con Manhattan.

Román se equivoca y la estancia en Baltimore sí será un éxito. Las tres semanas pasarán volando. Claudia no logrará platicar con la abuela Úrsula. En cambio sus hijas, que diario nadarán con ella en el agua helada, sabrán todo sobre su infancia en Berlín. El tío Alfred, que se ofende y no la deja rentar un coche, las trasladará en cámara lenta al super, al centro comercial. Tendrá que comprar una cuarta maleta. Tres veces se sumergirán en la pesadilla oscura y húmeda del acuario.

Todos los días verá *All My Children*. Cumpliendo el ritual, se sentará con su mamá, su abuela, y, a veces, las tías y las primas, frente a la tele. Ha pasado los últimos años viendo la telenovela por Cablevisión, así que como gringa se integrará a esa costumbre.

Atraparán luciérnagas en la oscuridad para cumplir la ilusión de sus hijas de una lámpara viva. Una nueva generación de insectos cumplirá su destino y morirá en un frasco. Sus hijas conocerán el placer de seguir a la luna, de observar las estrellas.

Abrazada del teléfono, pasará las noches con Román. Él se enterará de todo lo que hacen sus hijas. Llevan años sin pla-

ticar con tanta intensidad. Con la distancia, estimulan un deseo casi olvidado.

Las vacaciones culminan en el calor extremo de Nueva York. En shorts, sudados, caminarán felices por las calles ardientes. Tratarán de no reírse de las preocupaciones de Ximena. La pobre cree que no van a volver a encontrar el hotel, le apuntan en un papel la dirección. Teme que se les acabe el dinero, guardan dólares en la caja fuerte del cuarto. Renuncian cuando piensa que le va a hacer daño lo que come en restaurantes. Tratan de tener paciencia, les da tristeza que sufra tanto. Ignoran de dónde sacó esa personalidad. Quizás la culpa la tenga la “x” de su nombre, que tanto molestó a sus dos abuelas.

El episodio de *Punto muerto* está terminando. La abogada se reúne con su ex novio en un sórdido bar. Román tarda en regresar al cuarto de la tele y Claudia sospecha que se quedó dormido en la recámara. Quita el volumen: no oye ningún ruido. Claudia regresa el sonido, el terrible ex novio dice tener información sobre un acto de corrupción: por eso estaba ella ese día en el Banco. La amenaza. Si la abogada aceptara su triunfo como fiscal de distrito, él destruiría su carrera. La siguiente imagen es un *flashback* oscuro y misterioso. En el banco, el asaltante y el detective esposado susurran en un rincón. La escena salió filmada desde otro ángulo en el primer episodio, el que se centró en el detective.

Comían cuando vieron la escena por primera vez. Claudia, ignorante de su relevancia, no le prestó ninguna atención. Sin embargo, la repetición, casi idéntica de la imagen, la lleva a revivir la sensación de agobiante soledad de entonces.

En unas cuantas horas la ha olvidado. El tiempo suspendido del programa se confunde con la eternidad de ese sábado que aún no termina.

Sola, le aburre *Punto muerto*. Quisiera que regresara Román para decirle que prefiere ver la tele con él. Extraña las críticas que la obligaban a defender el programa. Siente sueño y teme dormirse. Está obligada a ver el último episodio de la temporada, espera que le explique los misterios que han quedado flotando en la tarde. Además, conviene que se mantenga despierta por si Román insiste en ir a recoger a Ximena a Cuernavaca. Se sirve otro café y le echa varias cucharadas de azúcar.

Román, vestido con una camisa limpia de rayas moradas, regresa al cuarto y lo impregna con el olor de su loción. Claudia le sirve un café.

—Te tardaste. Pensé que te habías dormido.

—Me lavé la cara, los dientes.

—¡Qué bien te ves! Hueles delicioso.

—Quiero estar listo cuando llame Ximena. ¿Tú vas a ir así? Estás un poco despeinada.

—No debemos ir por ella —dice. Se acerca a él—. Si se sigue sintiendo mal, hablo con la mamá de su amiga y se la encargo.

—Voy a estar más tranquilo si está aquí con nosotros.

—Lo sé, amor, pero ella tiene que aprender a ser responsable de sus decisiones. También nosotros. Con lo que tomamos no deberíamos manejar en carretera.

—Veremos —sonríe él—. Me siento perfecto.

Escuchan música, miran hacia la televisión. Comienza el último episodio de *Punto muerto*.

—Amor, ¿lo vemos? —le pregunta a Román.

—¿Qué pasaría si dijera que no? —sonríe su esposo.

—Tengo que verlo, aunque muero de sueño. Es el último.

—Cómo tú quieras.

—Te va a gustar. Vi un anuncio. Resulta que la mesera es clave para entender el asalto.

—¿Hay algo más que entender?

—El anuncio sugiere que el asalto quizás no sea una casualidad.

La primera escena, como siempre, transcurre en el banco. Es repetida: el ladrón habla en voz baja con el detective esposado, aunque ahora con fondo musical.

—La escena sugiere que se conocían antes —le explica Claudia—. El ex novio de la abogada piensa que el detective es un corrupto. La amenazó.

Cambia la escena a un *close-up* de la mesera. Es una joven guapa, con aspecto latino. Desayuna en un pequeño departamento con otra mujer parecida con la que discute.

—¿Quién es ella?—pregunta Román.

—Su hermana.

—¿La hermana de quién?

—De la de azul que va a ser amante del doctor que está casado con la enfermera embarazada.

—Una telenovela.

—La verdad, sí. Fíjate, la hermana tiene un aspecto misterioso. Salió antes, cuando estaba tu mamá. Teníamos la tele sin volumen y no pusimos atención.

—Nunca lo sabremos —ríe él, dándole un trago a su café.

Se ilumina el cuarto con la luz de una escena del futuro. En la sala de una casa elegante están reunidos los rehenes. El doctor y la mesera comparten un sillón. El detective y la abogada son los anfitriones. El fracasado cuenta sus progresos en el mundo de la televisión. Se hace un silencio cuando entra la ex esposa del doctor con un bebé en brazos. Todos ganaron con el asalto, todos menos mi hijo y yo.

—Están metiendo demasiadas ideas nuevas. En un episodio no les va a dar tiempo de terminar —se queja Claudia.

—¿No?

—Es culpa de los *ratings*.

En la literatura la consistencia es necesaria, en la televisión no. Los guionistas son súbditos de los resultados de los *ratings*. La meta, darle gusto a millones. Sólo unos cuantos espectadores, irrelevantes, distinguen los giros insólitos de un guión. Ese es el peligro de los maratones y de las series en DVD: las inconsistencias se magnifican. Claudia tiene razón: los productores de *Punto muerto* hicieron trampa.

En una novela, el escritor está encarcelado en reglas que se impuso en los primeros párrafos. Páginas y páginas de obediencia. Que si se cuenta la historia en *flashbacks*, que si el presente son unas cuantas horas de un sábado. Si Claudia y Román fueran por Ximena a Cuernavaca, ¿qué pasaría con el último episodio de *Punto muerto*? Los lectores sí son exigentes, notan cualquier cambio, tienen el libro frente a ellos.

A Claudia le sorprende el *flashforward*. La mesera se reúne en el bar sórdido con el detective. Hablan en voz baja.

—¿Tendrá razón el fiscal de distrito y será corrupto el detective? —se pregunta Claudia mientras en la pantalla comienza un anuncio de detergentes venezolanos—. ¿Qué te dijo Francisco cuando lo acompañaste a la puerta?

—Lo mismo. Que quería que Graciela lo apoyara.

—Es raro.

—Lo raro sería que se volviera razonable. La que no me deja de sorprender es mi mamá.

—Que quiere que se case con otra —ríe Claudia.

—Tendré que hablar con mi papá.

—Ha de ser el único que no sabe nada.

—Mi mamá lo enloquece.

—Me gustó que vinieran nuestros hermanos.

—¿Te divertiste? —dice Román—. Mi amor, qué bueno que seguimos casados.

Regresa el programa, sobre la cama están abrazados la mesera y el doctor. Él le pide que tenga paciencia, que espere a que nazca el bebé. No puede abandonar a su esposa embarazada. La mesera se aleja de él. Le cuenta que hace unos días su esposa, la embarazada, fue a ver a la cárcel al asaltante. El doctor la mira sorprendido.

—¿Qué onda con esta historia? —dice Claudia.

El doctor grita. Quiere saber cómo lo sabe, por qué la acusa. La mesera no quiere decirle. Él se enoja y comienza a vestirse. Su amante confiesa que ella también fue a la cárcel. Cambia la escena, los rehenes cenan. Todos se ven felices, menos la enfermera, la ex mujer del doctor.

Suena el teléfono, Román se levanta a contestar. Claudia llega antes que él.

—Déjame contestar, por fa —le dice mientras baja el volumen—. Seguro es Ximena y no quiero que le digas enseguida que sí pasamos por ella. Hola, mi amor... Perdón... ¿Cómo está, señor? Pensé que era Ximena... Muy bien, gracias... Se lo paso... Es tu papá.

Claudia lee los letreros en español. Sin sonido, las reuniones de los rehenes en las que actúan como grandes amigos son todavía más aburridas. Román sólo dijo hola y ahora escucha lo que dice su padre.

Casi cualquier televidente sospecharía que los guionistas quieren ganar tiempo, ¿ahorrar dinero? Repiten y repiten las escenas del banco, sólo las editan de otra forma. Es obvio que *Punto muerto* sí se va a acabar, nunca habrá otro episodio. Le pondrán un final rápido y eficiente y, en realidad, quedará inconclusa. Nadie recordará todas las historias que no se cerraron. Pronto venderán la temporada en DVD: un engaño para despistados, pagarán por una serie sin final, sin sentido. Su pobreza se nota, aún más, comparándola con las que sí terminan con bombo y platillo. Sus actores son lanzados al éxito, protagónicos en nuevas series, anuncian *shampoo*. Los pobres a quienes les tocó ser protagonistas de *Punto muerto*, tendrán que suplicar para que les den empleo de personajes menores en otro programa que quizás llegue a lo mismo, al fracaso.

Román le sonríe con el teléfono en la oreja. Levanta la cejas.

—Sí, papá... No estoy de acuerdo... Tiene que haber comida. Yo te apoyo con mamá... No, no vengas. Tenemos que ir por Ximena a Cuernavaca... Ok.

—¿Le dijo tu mamá? —pregunta Claudia.

—No, Francisco le llamó. Le pidió dinero para internarse.

—¿Y?

—Ya lo conoces. Se lo va a dar. Está preocupado por el problema de Francisco.

—¿Le dijo de la boda?

—Creo que no, aunque quería cancelar la comida de mañana.

—Estaría bien.

—No lo dejé. Con mi mamá eso no ayuda. Acuérdate que a ti te gusta ver a la familia los fines de semana.

—No te burles, eso fue hace horas. Ya se me pasó extrañar a mi mamá.

Claudia le pone el volumen a la televisión y voltea a verla. En la sala de visitas de la cárcel, la mesera habla con el asaltante. La música no permite escuchar lo que dicen.

—Es el colmo.

—¿Qué es el colmo?

—No podemos entender si a una escena importante le ponen música.

Se corta bruscamente el programa y comienza un anuncio. Román toma el control remoto y oprime *mute*.

—Se está haciendo tarde, le voy a llamar a Ximena.

—¿Ya pasó la media hora?

—¿Tienes el número de Cuernavaca?

—Amor, es ridículo ir en la noche por ella. La conocemos, cuando cuelga el teléfono se le olvida lo que nos dijo. Vamos a ir por La Pera y nos va a mandar un mensaje de que está perfecto y quiere quedarse.

—Le llamo y decidimos.

Claudia abre su celular y busca el número en el directorio.

—Está nadando en la alberca. La van a ir a sacar y se va a enojar...—le dice a Román.

—¿Está en la alberca?

—¿Te la imaginabas acostada en una cama retorciéndose de dolor? —dice ella—. Hola, mi amor, ¿cómo te sientes?... Queríamos que nos llamabas aunque te sintieras mejor... Te paso a papá... —tapa el auricular—. Está feliz.

Comienza el programa, Claudia se contiene de poner el volumen. Los rehenes cenan. Le da la espalda al aparato y escucha la conversación entre Ximena y su esposo.

—Sí, mi amor, discúlpame pero me quedé preocupado... ¿Estás segura?... Nos vemos mañana en la tarde. —Román cuelga y sonríe—. Parece que tenías razón.

—Francisco tenía razón, somos sus tapetes. Hasta nos bajamos una deliciosa borrachera. Veamos el último episodio. ¿Quieres tequila?

—Ya no se me antoja el alcohol. Mañana correré un poco. ¿Por qué no vienes?

—Voy, pero siempre soy lentísima y mañana, además, voy a estar cruda.

CAPÍTULO 8

“Tu vida sólo existe si estás conmigo.”
Ex novio de la abogada en Punto Muerto.

El canto de un grillo escondido debajo de la mesa se estrella contra el volumen de la televisión. Reflejos de *Punto muerto* iluminan a Román y a Claudia, sentados entre cojines desordenados. Él limpio y planchado, ella, con la falda y la blusa salpicadas de café. Román la abraza.

—Corro despacio —dice él sorprendido.

—No confíes demasiado en mí, hace muchos años que no corro.

—Gracias por querer acompañarme —dice antes de besarla.

Le toca con suavidad la cara, el cuello. Ella le acaricia el pelo. Se besan en la boca. Claudia lo mira a los ojos y se separa bruscamente de él, se levanta del sillón, sirve agua, se la toma.

—Estoy cruda.

—Qué exagerada.

—¿En dos años cómo estarán Diego y Francisco?

—En lo mismo y nosotros seguiremos juntos.

—Me gustó estar a solas contigo —repite Claudia.

—Casi no estuvimos solos —sonríe Román—, ven siéntate, ¿por qué te escapas así?

—Tengo que lavarme los dientes —contesta sentada lejos de él.

—Siempre tienes razones para escapar.

—Huelo a alcohol.

—Ese olor es parte de tu encanto. Estás guapísima, no necesitamos esa blusa arrugada —dice él acercándose y tratando de desabrocharla.

—Tenemos que ver esto —Claudia se aleja y busca el control de la televisión.

—¿Tienes que verlo? —Román se lo entrega.

—Es la nueva historia con la que van a terminar el programa.

En la sala de visitas de la cárcel, el asaltante vestido de anaranjado está sentado atrás del vidrio. Enfrente de él está la mesera a quien le informa que la esposa del doctor, la enfermera, fue a verlo unos días antes.

—Por lo menos nos van a explicar a qué fue.

—Ojalá —dice Román.

Me pidió que acusara a su esposo, a tu novio, de ser mi cómplice en el asalto, dice el hombre vestido de anaranjado. Me ofreció ayudarme a escapar si me enfermaba y me trasladaban al hospital. Su risa enloquecida invade el cuarto de la televisión.

—Es una locura —dice Claudia—. La enfermera jamás haría eso, el doctor es el padre de su hijo.

El asaltante le informa que no lo hará sólo porque recibió una mejor oferta. Le exige a la mesera que le avise al doctor que no sea testigo en el juicio. A cambio no se aliará con su ex esposa. Le dice, tú tampoco, es una advertencia. No los quiero a todos acusándome.

—Van a terminar la temporada con el fiscal de distrito encarcelando al detective. No me gusta —dice Claudia.

—A mí menos.

Comienza un anuncio y ella se levanta.

—Voy a regresar oliendo rico —sonríe—. Me cuentas lo que pase.

—No huyas, hay demasiados deportes en otros canales —amenaza Román mientras ella desaparece por la puerta.

A las nueve de la noche, Román abre la puerta de su casa, todas las luces están apagadas. En la oscuridad, sube la escalera y entra a la recámara iluminada por el brillo azul de la televisión: la cama desecha está vacía. Encuentra a Claudia en el baño, en camisón parada frente al espejo secándose la cara. Qué temprano dice ella sin moverse, hace años que no te veo a estas horas. Él la abraza desde atrás e intenta besarle el cuello. Ella se separa con brusquedad y camina hacia la cama. Es jueves y está comenzando *ER*. En una hora te acompaño a cenar, si me hubieras avisado te esperaba. Su esposa lo observa con atención: si ves el programa conmigo te explico de qué se trata.

En la Ciudad de México, la noche del jueves es de *ER*. Román reconoce la vertiginosa música inicial, le encanta el programa, su ritmo. Lo ve con su amante; no, debe decir, lo veía con su ex amante, con Marcela. Se acerca a su esposa, es culpa del amarillo de tu camisón, estás bellísima, no me obligues a esperar una hora. Cállate Román, ya empezó; déjame oír qué le dice Susan a la sicoanalista. Ella se acuesta en la cama y cuando él se acerca se tapa hasta el cuello. Él huye de la oscuridad hacia el vestidor iluminado, se quita la ropa y se pone una pijama de algodón de cuadros azules, tan bien planchada y seria como las de su papá. Tendrá que esperarla y no observará durante una

hora a su esposa vestido de traje, o peor, desnudo debajo de las sábanas. Desnudo esperando a que ella lo rechace.

El domingo, durante la comida familiar, se dio cuenta que a Claudia él ya no le interesaba. Vivía con las niñas en otro mundo, donde él sólo tenía un lugar los domingos. Sin Marcela, la necesita. Le duele la distancia, se siente solo. El domingo extrañó a su esposa.

Sobre la almohada brillan el pelo largo, oscuro, sedoso contra la piel blanca. Añora su mirada trágica y burlona, el amarillo lo llama, intuye el cuerpo firme que conoció tan bien. Es más bella que las mónicas, las marcelas con las que ha buscado la devoción que perdió cuando nacieron sus hijas.

El capullo de luz los envuelve sobre la cama. Toma la mano rígida que sólo quiere escapar. Claudia debe saber que él ha estado con otras mujeres, le afecta que a ella no le importe. Con la mirada fija en la pantalla de la televisión le informa: este capítulo se centra en Susan, Cloe, su hermana, primero le dejó a su bebé y ahora se la quitó.

Le gusta ver *ER* rodeado por los árboles del jardín que lo defienden del ruido de la ciudad. Qué diferencia, la televisión a todo volumen para sacar de la sala-comedor el sonido del tráfico de la avenida que está a dos metros, los claxonazos peleando contra el molesto volumen de la música de los vecinos. Cada ruido provoca otro más fuerte para tratar de silenciar ese barullo infernal dentro del minúsculo departamento de Marcela donde él paga Cablevisión y tantas otras cosas. Dinero a cambio de atención y de un sexo de pachá: todo para él. La rutina que gira alrededor de sus deseos: su satisfacción en el centro de la cama. Meses después, el aburrimiento, la falta de interés.

Pasa las noches en un lugar horrible; si sale, teme encontrarse con alguien acompañado de una mujer que ni le interesa.

Román cumple su parte y colma a Marcela de regalos, viajes, dinero. Viaja a donde sea que no vaya nadie conocido para huir de ese horrible departamento y del olor a sopa recalentada de los vecinos. Ha aprendido a no comprar bienes inmuebles, a evitar la pretensión de algo más, cuando lo único seguro es que pronto acabará. Antes, con otra amante, otro nombre, se hizo la vasectomía. Claudia no quería, decía que le daba ilusión la libertad de poder inventar más hijos. Imposible explicarle que era un seguro para su matrimonio y, sobre todo, que él no quería tener más hijos ni siquiera con ella.

La rutina sexual con Marcela le permite huir de la pesadilla nocturna con Ximena y Águeda. Los llantos, el baño, la cena, el cansancio. El momento más lindo del día cuando tienes hijos, acostarlos. Papá, tú léeme el cuento, otra vez, no te vayas, quédate conmigo otro ratito. Claudia mirándolo con odio vestida con pants, manchada de comida, ojerosa y cansada. Marcela noche tras noche, vistiendo la ropa sexy que él le compra. Termina como con las otras, cuando ella rompe la burbuja de placer con reclamos y chantajes. ¡Quiere pasar con él un domingo en familia! ¡Hay tantas marcelas! Es una escena que se repite, escucha la primera queja y él desaparece, en poco tiempo ya anda con otra. Esta vez no la ha buscado.

Se acerca a Claudia que lo empuja. Él la abraza hasta que la siente relajarse. Su esposa no quita la mirada de la tele. Román quiere descansar en su recámara rodeado de las sombras del jardín, escuchar el silencio, sentir la oscuridad.

Ninguno de los dos lo sabe, pero esa noche comenzará el regreso a la familia. A partir de entonces, los dos volverán a luchar por su matrimonio. Pasarán muchos jueves juntos, viendo *ER*. Claudia sufrirá las despedidas de cada personaje: cambios de ciudad o muertes telenovelescas. Compartirán la presencia constante del doctor Carter quien se convertirá en un viejo amigo del matrimonio.

Hoy, Claudia prefiere ver otros programas. Le hartó la rotación de personajes para sostener el programa en una juventud eterna, las exageraciones para lograr mayores *ratings*. El odioso doctor Romano perdiendo un brazo con la hélice de un helicóptero para morir, temporadas después, aplastado por otro. Como las otras mujeres maduras del mundo, amará en su lugar a Jack Bauer y al doctor House. A Román le da igual, él disfruta la intensidad de su esposa cuando ve un programa que le gusta, su atención detallista en cada escena, su interés en la creación de los personajes.

¡No!, grita Claudia, en este episodio aparece Marg Helgenberger, es la novia de Ross, de George Clooney. La única vez que sale en *ER* y te toca a ti. Román al fin logra abrazarla. Mira ese cuerpo perfecto, me haces esperar viendo a Marg, la besa en el pelo, tú tienes mejor cuerpo. Claudia se aleja, habla, Ross tiene problemas con el compromiso, ella no volverá a salir nunca, la pobre actriz no ha de tener trabajo y el productor de *ER* es el mismo que el de *China Beach*. Amor, le interrumpe Román, te acuerdas cuando pusieron “Reflections” en la fiesta del San Án-

gel Inn. No hablemos de eso, me confundes, tú ya no estás conmigo. No te confundas, aquí estoy, aquí estaré, te lo prometo.

El tiempo se acelera, Román la consuela cuando llora porque Susan recuerda el nacimiento de su sobrina. Durante los anuncios, ella le cuenta el pasado de todos los personajes y él finge no conocerlos. Los guionistas, le explica, son escritores de primer nivel, es una historia de Michael Crichton. Mira, el set es siempre el mismo, la sala de emergencias nunca cambia, pero su congestión le da fuerza a la historia y los extras que la cruzan su constante movimiento. Es un programa rápido, tiene que serlo, cada caso es urgente. Claudia lo deja acercarse.

Hacen el amor durante las escenas de la siguiente semana. Te beso las orejas para que no oigas. Déjame escuchar, ¿Susan se va a ir? Te abrazo para que no puedas ver la televisión. Luchan, rien. Hay que cerrar la puerta. Olvídalo, las niñas están dormidas. Román le quita el camión amarillo, le acaricia los pechos que tuvo que regalarles tantos meses a sus hijas para que ella las amamantara. La siente defenderse, relajarse, abandonarse. Hacen el amor cuando ella lo pide, lentamente. Después de su orgasmo, él se permite el suyo. Claudia, estos años... ella lo besa en la boca. ¿No quiere saber?

Román mira la televisión, los rehenes visitan al prisionero y sostienen con él conversaciones secretas. *Punto muerto* sin Claudia no le interesa, ni siquiera le entiende.

—¿Qué ha pasado?

—Qué bien te ves.

—Me lavé los dientes.

—Y te cambiaste de blusa y te peinaste.

—Gracias, no estoy impecable como tú, pero mejoré —sonríe ella—. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué me dejas solo? No tengo idea, todos fueron a ver al secuestrador.

—¿Todos?

—Creo que sí.

—¿El detective?

—No tengo idea.

Claudia se concentra en el programa. El ex novio de la abogada visita al asaltante en la cárcel. La música con la que comienzan los anuncios cubre la voz del fiscal de distrito.

—Es justo lo que te decía, le van a echar la culpa al detective. Ahora va a decir que tuvo algo que ver con el asalto —dice Claudia bajándole al volumen y tomándolo de la mano.

—Amor...

—Perdón por todo —lo interrumpe ella.

—¿Por qué?

—Por estar contigo y extrañar a mis papás. Por todo—. El celular de Claudia comienza a brincar cuando le entra un mensaje.

—Quizás sea de Ximena, velo.

Claudia abre el teléfono. Lee el mensaje, mira a su esposo.

—Es la ridícula mujer de la ropa. No la quiero volver a ver nunca —le explica Claudia alterada—. Ya le mandé un mensaje, me gustaría poderla bloquear como en el mail.

—Está bien, no tienes por qué comprarle ropa —dice Román sorprendido.

Terminan los anuncios, Claudia aumenta el volumen, la abogada frente a una multitud da una conferencia de prensa.

Informa que renuncia a la fiscalía de distrito que ha ganado a favor del segundo lugar, su ex novio. Sigue un *flashforward* en el que ella y el detective se besan, no me arrepiento de haberlo hecho, estamos juntos.

—Parece que en el futuro el detective ya no la quiere.

—¿Tú crees? —ríe Román.

—Que payasada, están llegando a un final que no viene al caso —se exalta Claudia—. ¡Qué pérdida de tiempo! Semanas tratando de entender un programa sin final. ¡Perdimos el sábado viendo esto!

—No lo perdimos. Te enteraste de la vida de Diego, le dije a mi mamá de Francisco. Hoy pasaron muchas cosas... —dice Román quien se distrae cuando por primera vez en todo el día suena su celular. Lee el mensaje de Marisa: *En la mañana no traía mi agenda. El miércoles puedo comer a las tres.*

A la siete de la mañana Román llega al gimnasio, los sábados hace ejercicio dos horas y le gusta bañarse a las nueve en punto. Hoy extrañó a Ximena que está en Cuernavaca y a Águeda que se fue a Valle de Bravo. Desde que sus hijas crecieron, Claudia duerme hasta tarde.

Cada sábado tiene la ilusión de ver a Marisa. Llega a la entrada del gimnasio donde hay un cuarto con repisas de madera que a esas horas sólo sostienen tres maletas. En el rincón hay un tubo de metal donde Román cuelga un gancho de tintorería que cargó desde su coche. Acomodada con pulcritud, una chamarra de gamuza beige deja ver la camisa de rayas azul y verde y un pedazo del pantalón azul oscuro.

Durante varios meses ha ocupado los aparatos del gimnasio para fortalecer los ligamentos de la pierna que se lastimó en el maratón. El ortopedista sólo lo deja usar la bicicleta de los ancianos en la que se sienta recargado en un respaldo como si estuviera en una silla. Esa mañana, correrá por primera vez desde que regresó de Boston.

Es tan temprano que el sol entra horizontalmente por los ventanales, los espejos que cubren las paredes reflejan el enorme círculo amarillo. Román sonríe cuando ve que Marisa corre en la única caminadora prendida. Su corto pelo rojo brilla bajo el sol y le detiene el sudor una banda del mismo azul que su camiseta. Las licras negras resaltan sus piernas musculosas, la camiseta brillante sin mangas la hacen verse muy joven, aunque sea aún mayor que Claudia. En el otro extremo del gimnasio, dos hombres no menores de 60 años ven *Two and a Half Men* en la televisión, mientras mueven lentamente unas pequeñas pesas.

Román se sube a la caminadora que está junto a la de ella, le encanta que siempre huela como si acabara de bañarse y no al sudor que le escurre por la cara. Marisa le sonríe, baja la velocidad de la máquina hasta que puede caminar, se quita los audífonos y lo saluda. Hoy al fin vas a correr, ¿ya planeaste el siguiente maratón? Quiero ir a Berlín, contesta él.

Diario llega a la siete esperando verla, por ella ha aguantado el encierro. Marisa viene cuando se levanta, a las seis de la mañana, a las nueve o tan tarde que él no la ve. Sus horarios dependen del insomnio, si se despierta a las cuatro de la mañana y se toma una pastilla se vuelve a dormir y se levanta tarde. Si no, abre el gimnasio con los policías del club. Román sabe todo

sobre su insomnio y ella sobre el de él. Él jamás tomaría pastillas para dormir y la critica a ella por tomarlas. Para Marisa, él es un moralista.

Ella le hizo tantas preguntas, que él, a quien no le gusta platicar, acabó contestándole todas. Lleva años viniendo al gimnasio y amablemente lo ayudó, mientras hablaban, a acomodar los máquinas para las piernas. Sin quererlo, le platicó su vida y la escuchó. El único tema jamás mencionado, sus conyuges. Marisa tiene dos hijos mayores que las de él. A Román le gusta mucho aunque no sea tan guapa ni joven, le atrae la mezcla de mujer seria y aventada. Puede alabar los músculos de su espalda y en seguida explicarle que está haciendo un estudio de mercado para Walmart. Román le sigue la corriente aunque no entienda nada, le recuerda a Claudia.

No le debió de haber hablado nunca, incumplió la regla principal que tiene con las mujeres. Podría ser amiga de Claudia si ella viniera al gimnasio, están en un club familiar, su marido podría haber sido su amigo en la infancia. Es una conocida inconveniente y es de pésimo gusto que él haya permitido que avance esa especie de intimidación matutina. Lo malo es que disfruta hablar con ella, que lo obligue a ser otro, un hombre sin reglas. Los días que la ve, los pasa sonriendo, una vez más ha regresado a la adolescencia.

A Román le preocupan otros peligros, son socios de un club de chismosos. Desnudos en las regaderas, los hombres critican a sus esposas o a las de los otros cuando son coquetas y ellos no están. A Marisa es difícil no conocerla, es la única mujer, que no es una anciana, que llega temprano los fines de semana. No ayuda que le guste reírse a carcajadas con los más jóvenes

y metrosexuales tan arreglados y perfumados. Para Román son medio putos, para Marisa un ideal de hombre pulcro que a ella ya no le tocó. Lo único bueno es que Claudia jamás va al club: odia a la gente, le da flojera, nunca tiene tiempo. Nadie le contará que su esposo hace pesas, mientras habla con una mujer.

A Marisa le platicó paso por paso el maratón de Boston, lo que Claudia no quiso escuchar. El temblor de su cuerpo cuando se rompió el ligamento, el dolor intenso hasta que se acostumbró y lo olvidó. El trabajo mental para aguantar el viento y la lluvia sobre los largos puentes brumosos. El reto de llegar arrastrando una pierna, horas después de lo planeado, a la meta. A Marisa ningún detalle se le olvida. Sabe lo que significa que él se proponga ese día correr por primera vez 6 kilómetros. ¿No te duele?, le pregunta, cuando él aumenta la velocidad en la caminadora. A Claudia no le dijo, hubiera escuchado que ella no quiere que él vuelva a correr nunca otro maratón, la historia repetida del regreso de Boston en la silla de ruedas. Ese sábado, durante la comida, le propondrá a su esposa que venga a Berlín con él. Escogió esa ciudad para convencerla, seguro se le va antojar conocer dónde crecieron sus abuelos.

Marisa comenta sobre los shorts que por primera vez lleva al gimnasio en vez de los pants. Me gusta cómo te ves, estás muy guapo. En la madrugada pensó en ella cuando combinó la gorra verde con la chamarra que tiene ese tono exactamente. Nunca olvida la gorra, aunque no haya sol, le detiene el sudor y tapa el pelo que últimamente está perdiendo. Marisa no pasa de los 5 kilómetros, sólo corrió una vez medio maratón y no le interesa volverlo a hacer. Durante unos minutos, corren juntos hasta que ella se baja a hacer su larguísima rutina de pesas. Gra-

cias a los espejos la ve recorrer el gimnasio mientras él corre. Aguanta el dolor hasta que llega a los 6 kilómetros.

Sudoroso la alcanza en la zona donde estiran. Se escucha decirle, puedes contestar que no, pero me gustaría invitarte a comer. ¿Por qué te diría que no?, contesta ella enrojeciendo, ¿cuándo?, ¿a qué horas? Se ponen de acuerdo para el miércoles temprano, a las dos de la tarde, en un restaurante escondido atrás del World Trade Center, aunque ir a un lugar público siempre es un riesgo. Intercambian celulares, es tarde, mucha gente los ve, el gimnasio ya no está vacío.

En la televisión la serie termina abruptamente. Román y Claudia ven un *flashforward* extremoso, los ex rehenes ven el juicio del asaltante en la televisión. Ninguno de ellos es testigo y de todos modos logran condenarlo por robo y asesinato: pasará el resto de su vida en la cárcel. El detective y la abogada cuchichean, ¿el fiscal de distrito no le cumplió?, ¿los engañó a todos?

Román contesta rápidamente el mensaje de Marisa: *A las tres me queda muy bien. Nos vemos el miércoles.* Claudia no lo ha volteado a ver.

—Mañana corremos en el Bosque de Tlalpan —propone Román—. Los árboles ya tendrán hojas y a ti no te gusta el club.

—Vamos a dónde quieras.

—Lo bueno es que me vas a acompañar a Berlín

—Hoy te quiero tanto, que sabes que voy a decir que sí.

—Perfecto —dice Román abrazándola.

En la televisión transcurren escenas de los rehenes en el futuro. El doctor abraza a la mesera en su casa; el detective besa

a la abogada en una playa desierta; el fracasado experto da otra entrevista. Al final, hasta la enfermera sonríe con su bebé.

—Es el horrible final de toda la serie —dice ella—. Un final feliz.

—Está malísimo.

—Nuevas series nos acompañarán otros sábados —concluye Claudia.

FIN

Impreso en México
por Impresora Múltiple
Saratoga 909, Col. Portales,
C.P. 03300, México, D.F.

La presente obra se terminó de imprimir el día 16
de octubre de 2013 en México, Distrito Federal.

